

DIRECTIVA DEL
ATENEO DE EL SALVADOR
PARA 1941

<i>Presidente</i>	<i>Doctor</i>	<i>Lisandro Villalobos</i>
<i>Vice Presidente</i>	<i>Doctor</i>	<i>Nazario Soriano</i>
<i>1er. Vocal</i>	<i>Profesor</i>	<i>Manuel L. Escamilla</i>
<i>2o. Vocal</i>	<i>Doña</i>	<i>María de Baralta</i>
<i>3er. Vocal</i>	<i>Don</i>	<i>Julio César Escobar</i>
<i>Tesorero</i>	<i>Profesor</i>	<i>Baudilio Fuentes</i>
<i>Fiscal</i>	<i>Doctor</i>	<i>Aristides Palacios</i>
<i>Secretario</i>	<i>Don</i>	<i>Juan Felipe Toruño</i>
<i>Pro - Secretario</i>	<i>Profesor</i>	<i>Francisco R. Osegueda</i>
<i>Bibliotecario</i>	<i>Don</i>	<i>Manuel Alvarez Magaña</i>



DIRECTORES DE ATENEO

Lisandro Villalobos

Juan Felipe Toruño

MIEMBROS DEL ATENEO DE EL SALVADOR

ACTIVOS – SAN SALVADOR

Alcaine, hijo,	Ingeniero	José
Aguilar,	Doctor	Salvador
Alfaro,	Ingeniero	Simeón Angel
Alfaro Jovel,	Profesor	Jorge
Arévalo,	Señor	Adrián M.
Alvarez Magaña,	Señor	Manuel
Avila,	Doctor	Julio Enrique
Avilés Pereira.	Doctor	Hermógenes
Ayala,	Doctor	Victorino
Baratta,	Doña	María de
Brito,	Doctor	José Ciro
Calderón,	General	José Tomás
Cardona,	Señor	Rubén
Castro,	Profesor	Celestino
Claros,	Doctor	Rafael F.
Chávez y González,	Rvdmo.	Luis
<small>Arzobispo de San Salvador</small>		
Durán v. de Arango	Doña	Victoria
Escamilla,	Profesor	Manuel Luis
Escobar,	Señor	Julio César
Espino,	Lic.	Miguel Angel
Espino,	Bachiller	Alfonso
Fernández,	Profesor	Juan José
Fuentes M.,	Profesor	Ricardo
Fuentes,	Profesor	Baudilio
Funes,	Doctor	Ricardo Adán
Hurtarte M.	Profesor	Jorge
Ibarra,	Profesor	J. Esteban
Jule Gálvez,	Doctor	Joaquín
Liévano,	Doctor	Carlos Alberto
López,	Doctor	Vidal Severo
Mejía Robledo,	Señor	Alfonso
Molina,	Profesor	José Lino
Monterrosa	Profesor	Carlos

Orantes Osegueda,	Profesor Profesor	José Andrés Francisco R.
Palacios, Pérez Marchant,	Doctor Señor	Arístides Braulio
Reyes Henríquez,	Señor	Salvador
Soriano, Sutter,	Doctor Doctor	Nazario Víctor Arnoldo
Toledo, Toruño,	Lic. Señor	Francisco E. Juan Felipe
Valencia Robleto, Vega y Aguilar, Vidal, Villalobos,	Profesor Pbro. Dr. Doctor Doctor	Gilberto Vicente Manuel Lisandro
Zúniga Idiáquez,	Doctor	Manuel

HONORARIOS

Araujo,	Doctor	Miguel Angel
Arrieta Rossi,	Doctor	Reyes
Benavente,	Señor	Jacinto
Gavida,	Señor	Francisco
Guerrero,	Doctor	J. Gustavo
Hernández Martínez,	General	Maximiliano
Mistral,	Señora	Gabriela
Orantes,	Profesor	José Andrés
Paredes,	Doctor	Juan Francisco
Stéfano,	Doctor	Habib
Vasconcelos,	Lic.	José

CORRESPONDIENTES EN EL SALVADOR, C. A.

S o n s o n a t e

Alas,	Señor	Ciriaco de Jesús
Escalante,	Doctor	Luis A.
Larín Zepeda,	Señor	Lisandro
Rivera,	Doctor	Abraham
Sifontes,	Señor	José María
Zepeda,	Señor	José Santos

S a n t a A n a

Barrios,	Doctor	Gerardo
Court,	Doctor	Anacleto
Escalón,	Doctor	José
Reyes,	Doctor	Franco, Antonio
Turcios,	Doctor	Secundino
Vides,	Doctor	Federico
Vides,	Bachiller	Ricardo

Ahuachapán

Argüello	Señor	Agenor
----------	-------	--------

San Miguel

Osegueda,	Señor	César Augusto
Peccorini	Doctor	Atilio

Santa Tecla

Barba Salinas,	Bachiller	Manuel
Núñez,	Doctor	Rogelio

Juayúa

Jerez	Doctor	Máximo
-------	--------	--------

San Martín

Román Peña,	Pbro.	Miguel
-------------	-------	--------

Ilobasco-Cabañas

Navarrete,	Doctor	Vicente
------------	--------	---------

Morazán—(San Francisco)

Turcios,	Dr Inf.	David
----------	---------	-------

Quezaltepeque

Rodríguez Canizalez,	Señor	Saturnino
----------------------	-------	-----------

Usulután

Osegueda,	Señor	Napoleón
-----------	-------	----------

CORRESPONDIENTES EN EL EXTERIOR

Argentina—Buenos Aires

Busto,	Señor	Gumersindo
Díaz,	Señor	Leopoldo
Gissott,	Señor	Emile
González Arrilli,	Señor	Bernardo
Laudet,	Señor	Enrique
Marasso Roca,	Doctor	Arturo
Peña'	Doctor	David
Ugarte,	Doctor	Manuel

Alemania

Bjorkman,	Doctor	C. V. E.
Bjorkman,	Señora	María de

Bolivia

Arguedas,	Señor	Alcides
-----------	-------	---------

Diez Medina.	Señor	Eduardo
Jain Freyre,	Señor	Ricardo
Villa os,	Señor	Rosendo

B r a s i l — R í o de Janeiro

Aranha,	Señor	Gracca
Bocanera, Júnior,	Ingeniero	Silio
Diniz,	Señor	Américo
Neumayer,	Doctor	Maximus
Ruiz,	Señor	Gustavo A.

C h i l e — Santiago

Bórquez Solar,	Señor	Antonio
Lillo,	Doctor	Samuel A.
Lisoni	Doctor	Tito V.
Prado,	Señor	Pedro
Vega,	Señor	Daniel de la

C o l o m b i a

Girón Camargo,	Señor	Gabriel	Bogotá
Grillo,	Señor	Max	"
Guerrero,	Señor	Pascual	"
Londoño,	Señor	Víctor M.	"
Morales,	Señor	J. Angel	"
Prado,	Señor	Manuel A.	"
Sanín Cano	Señor	Baldomero	"
Solano Guzman,	Señor	Gustavo	"
Nieto,	Señor	Ricardo	Calí
Valencia,	Señor	Guillermo	Popayán

C o s t a R i c a

Barrionuevo,	Señor	Joaquín	San José
Cruz Meza,	Licdo.	Luis	"
Valle	Doctor	Miguel del	"
Jiménez Oreamuno	Licdo.	Ricardo	"
Sotela	Licdo.	Rogelio	"
Zeledón (Bill),	Señor	José María	"
Zúñiga Montúfar,	Licdo.	Tobías	"

C u b a

Cañellas,	Señor	Francisco	La Habana
Catalán,	Doctor	Ramón R.	"
Ollacarizqueta,	Señor	Juan J.	"
Peralta,	Señor	A.	"
Vitier,	Doctor	Medardo	"
Byrne,	Señor	Bonifacio	Matanzas

E c u a d o r

Andrade Coello,	Señor	Alejandro	Quito
-----------------	-------	-----------	-------

Barrera,	Doctor	Isaac J.	..
Campos,	Señor	José Antonio	..
Muñoz,	Señor	José E.	..
Viteri Lafrontera,	Señor	Homero	..

E s p a ñ a

de Ori,	Señor	Eduardo	Director de la Revista «España y América».
			Madrid
Figueras,	Ing. Pbro.	José	..
García Ontiveros L.,	Doctor	Luis	..
Jiménez,	Señor	Juan R.	..
Rueda,	Señor	Salvador	..
Vehils,	Doctor	Rafael	..

Estados Unidos de Norte América

Brainerd,	Miss	Heloisse	Washington D. C.
Cáceres,	Señor	Julián R.	..
Cerón Camargo,	Doctor	Tomás	..
Fortuol Hurtado,	Señor	P.	..
Rowe,	Doctor	Leo S.	..
Recinos,	Licdo.	Adrián	..
Tablada,	Señor	José Juan	..
Urbizo Vega,	Señor	Benjamín	..
Estrada Orantes,	Licdo.	Félix	New Orleans
Gregg,	Doctor	John Robert	New York
Haller,	Doctor	H. P.	New York

F r a n c i a

Calderón García,	Señor	Ventura	París
Coll	Señor	Pedro Emilio	..
Zumeta,	Señor	César	..

G u a t e m a l a

Aguirre Velásquez,	Doctor	Eduardo	Guatemala
Arévalo Martínez,	Señor	Rafael	..
Castañeda,	Licdo.	Ricardo C.	..
de Jongh Osborne,	Señora	Lily	..
Górriz v. de Morales,	Profesora	Natalia	..
Figueroa,	Señor	Salvador M.	..
Mathus,	Profesor	J. Conrado	..
Rodríguez Beteta,	Licdo.	Virgilio	..
Rodríguez Cerna,	Licdo.	José	..
Tresseras,	Hermano	Buenaventura	..
Contreras B.	Doctor	F.	Cobán

H o n d u r a s

Coello,	Doctor	Augusto C.	Tegucigalpa
Cruz Sologaistoa,	Señor	José	..
Díaz Chávez,	Ing.	Rafael	..
Durón,	Licdo.	Rómulo E.	..

Gómez Romero,	Señor	Antonio	..
Guardiola,	Licdo.	Esteban	..
Mejía Colindres,	Doctor	Vicente	..
Mejía,	Señor	Vidal	..
Morazán,	Profesor	Miguel	..
Navas.	Señor	Alejandro	..
Ochoa Alcántara,	Señor	Antonio	..
Pineda H.,	Licdo.	Nazario	..
Salgado,	Licdo.	Félix	..
Urrutia,	Licdo.	Ricardo de J.	..
Zúniga	Licdo.	Luis Andrés	..
Zúniga,	Doctor	Manuel G.	..
Escalante,	Doctor	David	San Pedro Sula

Gamero de Medina,	Señora	Lucila	Danlí, Paraíso
Padilla,	Señorita	Visitación	Ciudad Gracias
Turcios,	Señor	Salvador	Comayagua

H o l a n d a

Dausted,	Doctor	Antonio Pietri	Amsterdam
----------	--------	----------------	-----------

H u n g r í a

Thot,	Doctor	Ladislaó	
-------	--------	----------	--

I n g l a t e r r a

Angell,	Señor	Norman	Londres
---------	-------	--------	---------

M é x i c o

Gravioto,	Tcnel.	Adrián	San Pedro de Los Pinos, D. F.
Cisero,	Ing.	Raúl	México D.F.
Madero,	Ing.	Julio I.	"
Núñez y Domínguez,	Doctor	José de J.	"
Pavía,	Doctor	Miguel	"
Prado,	Doctor	Enrique E.	"
Rosado Vega,	Señor	Luis	"
Torrea,	General	J. Manuel	"
Valenzuela,	Doctor	Samuel	"
Valle,	Señor	Rafael Heliodoro	"
Palavicini	Ing.	Félix	"

N i c a r a g u a

Avilés,	Señor	Juan R.	Managua
Barquero,	Doctor	Antonio	..
Evertsz,	Señor	Luis H.	..
López Pineda,	Doctor	Julián	..
Miranda,	Doctor	César Virgilio	..
Olivares,	Doctor	José T.	..
Rivas,	Señor	Gabry	..

Robleto,	Señor	Heren	"
Barreto,	Doctor	Simón	Matagalpa
Mendieta,	Doctor	Salvador	Diriamba
Barreto P.,	Señor	Mariano	León
Pallais,	Pbro. Dr.	Azarías H.	León
Terán,	Señor	Ulises	León

P a n a m á

Porras	Doctor	Belisario	Colón
Geenzier,	Doctor	Enrique	Colón

P a r a g u a y

Báez,	Doctor	Cecilio	Asunción
Campos,	Profesor	Alfonso A.	Asunción

P e r ú

Barreto,	Señor	José María	Lima
Callorda,	Doctor	Pedro Erasmo	Lima
Palma,	Señor	Clemente	Lima
Tovar y R.,	Señor	Enrique D.	Lima

P u e r t o R i c o

Abril,	Señor	Mariano	San Juan
Balbas Campo,	Señor	Vicente	San Juan
Muñoz Morales,	Señor	Luis	San Juan
Torres,	Señor	Luis Llorena	San Juan

R e p ú b l i c a D o m i n i c a n a

Freites Roque,	Señor	Arturo	Sto. Domingo
Henríquez Ureña	Doctor	Max.	"
Henríquez y Carbajal,	Doctor	Federico	"
Lugo,	Doctor	Américo	"
Morel,	Señor	Emilio	"

U r u g u a y

Ferreiro y P.,	Señor	Eduardo	Montevideo
García Santos,	Señor	Francisco	Montevideo
Martínez,	Señor	Alfredo E.	Montevideo
Pérez Petit,	Señor	Victor	Montevideo
Vaz Ferreira,	Doctor	Carlos	Montevideo

V e n e z u e l a

Blanco Fombona.	Señor	Rufino	Caracas
Carbonel,	Doctor	Diego	Caracas
Dávila,	Señor	Vicente	Caracas
González,	Doctor	Eloy G.	Caracas
López,	Señor	Castro Fulgencio	Caracas
Parra,	Doctor	Caracciolo	Caracas
Revollo y Sámper,	Señor	Andrés	Caracas

ATENE O

ORGANO DEL ATENE O DE EL SALVADOR

— Ubi Scientia, Ibi Patria —

DIRECTORES — REDACTORES:

Doctor Lisandro Villalobos — Juan Felipe Toruño

Tercera Epoca. No. 150

San Salvador, El Salvador, Enero de 1941

Año X X X

PROPOSITOS

El Ateneo y la Cultura Nacional

EL «ATENE O DE EL SALVADOR», es una de las instituciones culturales de mayor existencia en nuestro país, y como todas las cosas de este mundo, ha tenido épocas distintas, en las cuales la prosperidad y la decadencia, han ido alternándose al impulso de las circunstancias favorables o adversas, que sobre élla gravitaron. Todo ha dependido del entusiasmo de sus componentes y del esfuerzo común, siempre variable en intensidad, que se ha venido desarrollando en la prosecución de sus fines colectivos.

Sin embargo, próspero o desgraciado, el Ateneo, tiene hoy el singular mérito de haber logrado conservar su propia vida en un terreno poco fértil para la siembra y vendimia de los viñedos espirituales. Y esta tésis no es para ser discutida, puesto que su evidencia se traduce en convicción desde el momento en que se formula.

Ciertamente, no puede propiciar labores de cultura un medio, que carece de las macizas tradiciones del pensamiento, que inmortalizadas en los monumentos artísticos y científicos de un país, sirven a los pueblos de estímulo, de enseñanza y de ideal. No puede tampoco alentar obras del espíritu, una nación como la Salvadoreña, que no ha logrado todavía darse una definitiva expresión política ni ha conseguido aún cristalizar en su alma nacional los cánones eternos de una doctrina pública que tenga el prestigio de ser respetada y querida por todos y por cada ciudadano a manera de fe que simbolice los supremos anhelos del corazón.

Caminamos por senderos desconocidos tanteando la seguridad del paso con adelantos y retrocesos, que nos llenan alternativamente de esperanza o de temor según las manifestaciones fatales del azar; y así iremos hasta el día en que nos compactemos a la sombra de una conciencia de

comunes intereses y de aspiraciones conjuntas, en donde levantemos el altar del espíritu para las consagraciones máximas del Arte, la Ciencia y el Derecho.

Por eso es que, la supervivencia del Ateneo, es digna de encomio y de gratitud hacia quienes han sido ejecutores de semejante empresa.

1940, fué un año de actividades para el Ateneo iniciándose una nueva era en la institución.

Un empeño atractivo desarrollado por la Junta de Gobierno, ha fortalecido con recientes adquisiciones de miembros la estructura de la Academia, de quienes es de esperar eficaces aportes, habida cuenta de la importancia y renombre de todos ellos.

En todo caso, la labor de la presente Directiva será más bien de organización, siguiendo el pensamiento de la anterior, pensamiento fácilmente comprensible, si partimos de la realidad fundamental, de que el Ateneo inició el año pasado un período de trabajo subsiguiente a otro inmediato de paro casi total de actividades.

La organización cabal de las entidades colectivas, asegura su estabilidad y sus resultados; pues se ha observado, que los cuerpos sociales integrados por elementos de heterogéneas tendencias, sobreviven poco al motivo originario que decidió su constitución orgánica.

Si la Directiva actual logra consolidar la existencia del Ateneo mediante una adecuada organización de su estructura y plan de acción, ya podríamos esperar los opimos frutos que necesita el porvenir de la Patria.

En El Salvador las organizaciones sociales, han carecido, hasta hoy, de espíritu de compenetración íntima debido, principalmente, a la carencia de principios definidos anímicos de la voluntad, y a la confusión de tendencias, que lleva a los individuos a esperar resultados distintos de los que en realidad son propios del organismo creado con miras de superior alcance espiritual.

En nuestro ambiente ha fracasado la disciplina organizadora de asociaciones que en otros países han transformado radicalmente la fisonomía de aquellos pueblos, sólo porque no se ha podido, entre nosotros, hacerse una clara diferenciación entre el provecho personal que satisface las necesidades inmediatas de la grosera materialidad individual, y el esfuerzo filantrópico que mejora y engrandece la vida armónica de la sociedad.

Necesitamos, antes que todo, infundir una fé en el corazón de nuestro pueblo, que sea la fuerza de cohesión que mantenga unido en un solo ideal y en un solo empeño al patriotismo de hondo y auténtico sentimiento. Sólo cuando tengamos una doctrina política y social unánime, habremos desterrado de nuestro pueblo la ponzoña del logrerismo, que destruye los más nobles intentos de la cultura nacional.

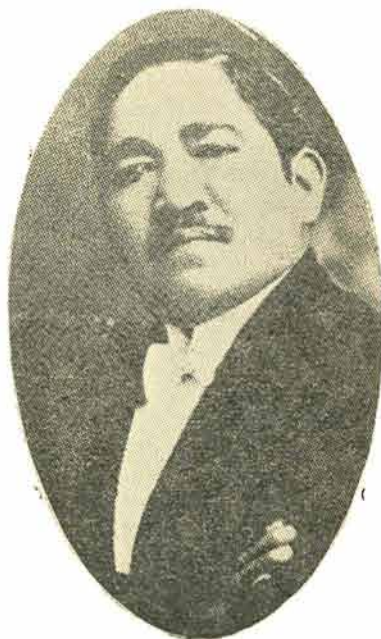
El Ateneo de El Salvador, quiere hacer Patria, cuajando convicciones regeneradoras en el alma de nuestro pueblo, frente al panorama de otros países que construyeron su propia cultura al golpe certero de una fe, que refleja nitidamente en el alma la imagen del Destino.—L. V.

Influencia en Algunos Autores de Música en Centro América

SALVADOR REYES HENRIQUEZ

Señores:

Las primeras palabras de quien, sin mérito ninguno ocupa este lugar en el seno de la Universidad Nacional, han de ser de agradecimiento para la honorable Junta Directiva del «Ateneo de El Salvador», por su gentileza al aceptarme por unanimidad como miembro activo de esta institución que, en los muchos años que lleva de existencia, ha laborado intensamente en pro del desarrollo cultural en el pueblo salvadoreño, ora admitiendo en sus filas como un estímulo a cultivadores de las ciencias y de las bellas artes, ora promoviendo manifestaciones del pensamiento a fin de difundir patrióticamente en las diferentes capas sociales la luz esplendorosa de la civilización. Al tener la honra inmerecida de ingresar a la sociedad de tan ameritada intelectualidad, no puedo menos que prometer fidelidad y buena voluntad para cooperar, a medida de mis facultades en todo aquello que tienda al engrandecimiento de la Institución a la cual de hoy más perteneceré. Como es condición disertar sobre algún tema, al ingresar como Miembro al «ATENEO», y siendo yo un humilde, pero ferviente amante del arte divino, trataré de la influencia que en compositores centroamericanos ha ejercido las distintas escuelas o tendencias técnicas de la composición musical, de ese arte tan antiguo como el mundo, pero tan in-



El 13 de abril del año próximo pasado, este artista fue incorporado al ATENEO DE EL SALVADOR. Es Salvador Reyes Henríquez uno de esos temperamentos estudiosos y de honda fuerza creadora. Compositor de renombre, en cuatro o cinco concursos en que ha tomado parte, ha obtenido primeros premios, medallas y condecoraciones que honran su prosapia artística.

Su disertación acerca de la influencia habida sobre algunos compositores en Centro América, tiende a la discriminación exacta de los valores positivos de esta parcela de tierra centroamericana. Hombre de grandes impulsos, aviva con su característica musical la fisonomía de su personalidad emotiva. Conocedor de los recursos de técnica y de composición, ha tenido que vérselas en más de una polémica con hombres europeos, de conservatorios y de grandes públicos que quisieron imponer un sentido estético en desacuerdo con los cánones que rigen contexturas musicales.

Llegó al ATENEO DE EL SALVADOR, en

dispensable por ser una necesidad del alma. Y entro en materia.

* * *

Siendo el arte musical la más alta manifestación de la belleza, no puede en manera alguna permanecer estacionario imponiendo determinada escuela o modalidad, pues, su inmaterialidad y multiplicidad, no se presta a decretar tiránicas obligaciones. A pesar de la insistencia de la Historia en hacerlo aparecer en conocidas épocas aceptando y patrocinando cánones inflexibles, siempre se le contempla en continua acción, algo así como una rebeldía contra lo estancado y arcaico. Así y todo, el arte no consiente en su seno la anarquía que es sinónimo de desorden y extravagancia, pues su divina misión de amor y de cultura no degenerará jamás en «debaques» envilecidas. Por eso con notable acritud condena la organización del «Jazz-band»; e instrumento antiestético que responde al nombre de «MARIMBA». Al primero por estrafalario y aturdidor; y al segundo, por su eterna monotonía, consecuencia fatal del ruido ensordecedor que acompaña de manera intolerable la inestabilidad del sonido. Por el atento examen de la historia del arte, se llega al conocimiento de la manera como ha orien-

tado a sus cultivadores en los distintos aspectos de la técnica compositiva musical. Y así es como el arte habla a los clásicos, y dice: «rica o pobre vuestra idea creadora, embellecedla con la pureza de la forma que es la fiel observancia de la aplicación o sometimiento a las reglas inmutables de la técnica severa, para que a manera de irisada pedrería deslumbren vuestras obras a la contemplación de los años que son la enciclopedia inmensa de la vida». Habla el arte a los románticos, y dice: «vuestra misión civilizadora es igual a la de vuestros hermanos los clásicos, con esta diferencia; dadle vigor al genio inventivo por medio de la riqueza melódica elevando el canto a las regiones de la naturaleza. Recordad que la idea, pobre de elevación y ataviada con el artificio, puede por momentos herir la imaginación; pero quitados tales artificios y puesta la idea a la luz del sol, se van las ilusiones y queda la realidad mostrando la pobreza inventiva.» Habla el arte a los modernos, y les dice: «ha llegado vuestra hora: surgid al conjuro de la innovación que os faculta para introducir armónicas libertades. No olvidéis la dualidad del canto y la poesía para que resulten armoniosamente absorbidas en la unidad del drama». Y así el arte tiene para todos palabras de enseñanzas y de estímulo, a cuyo eco palpitan de entusiasmo los corazones, no sólo de los artistas de pujante vuelo, sino también de aquellos que ni siquiera han tenido la felicidad de tocar el ala de la fama. Ahora bien, en nuestra amada América Central, hay compositores clásicos

aquella noche de la Universidad Nacional pleno de propósitos. Prepara un concierto en que se ejecutará música de autores centroamericanos que él dirigirá, como sabe hacerlo, acertadamente cual ya ha podido apreciarse en diferentes ocasiones.

Al distinguido nuevo Miembro Activo, le contestó el profesor don Francisco Osegueda y ambos fueron muy felicitados por esas piezas de apreciación justiciera.

cos, románticos y modernos? Al contestarme esta pregunta, hablaré de manera relativa, pues, un pueblo joven como el nuestro, claro está que hace gala de una civilización a luz del alba. Sí, compositores centroamericanos de antaño y hogaño, tienen marcadas tendencias a las tres escuelas en referencia, y si es verdad que la mayor parte de los compositores que citaré no tuvo escuela rigurosamente científica en centros educativos europeos, es de justicia reconocer en ellos esa selección natural del mérito que se impone a base de lectura. En Nicaragua, son de corte clásico: Osolután, Fernando Luna, Marcelo Soto, Luis A. Delgadillo, Abel Montealegre, y Pablo Vega. Románticos: José de la Cruz Mena, el fecundo Alejandro Vega Matus, Ramírez Velásquez, Gilberto Vega, Demetrio Mendieta, y Antonio Zapata. Modernistas: Luis Velásquez, Juan Delgado, Tucho Montealegre. Leopoldo Urcuyo, Bernardino Turcios y Daniel Cuadra. En El Salvador, son de corte clásico: el célebre violinista y fecundo compositor don Rafael Olmedo, Rafael Herrador, don Miguel Pinto, Pedro J. Guillén, Flavio Pineda, Jesús Alas, Gonzalo Villalta, Adeodato Olmedo, Domingo Santos y Jorge Antonio Mendoza. Románticos: Felipe Soto, el de rica fantasía Wenceslao Carcía, David Granadino, Alberto Merino, Antonio Martínez, Tomás Moreira, Manuel Muñoz, Antonio Azmitía, Dr. Juan Mena, Dr. Víctor Manuel Miranda, Raúl Santamaría, Alberto y José Raymundo. Modernistas: Antonio Alfaro, María de Baratta, Vicente Blanco, Salvador Angel, y Antonio Vásquez Siliézar. Honduras puede presentar

con orgullo, como clásicos, al ilustre literato y músico padre Reyes, autor de famosas Pastorelas; y al no menos ilustre musicógrafo don Manuel de Adalid y Gamero, autor de la lindísima Habanera «Una Noche en Honduras», del precioso Vals «Voces de la tarde», del delicado inter-meso «La Muerte de un Bardo» y del Himno a la Bandera Nacional «Azul y Blanco». Como románticos se pueden considerar: a Rubén Peña, Froylán Ramos, Marcial Maradiaga, Emilio, Chávez, Salvador Cerrato, Rafael Coello Ramos y Leonidas Rodríguez. Como modernistas, figuran: Fernando Varela, Ignacio V. Galeano, Benigno Coello Ramos, Andrés Quiñónez, Ramón Ordóñez y F. D. Zelaya. En Guatemala, tierra de grandes talentos musicales, pueden considerarse como clásicos: a Rafael Vásquez, Raúl Paniagua, Escolástico Andrino y Víctor Manuel Figueroa. Románticos: Julián Paniagua, Germán Alcántara, Arceño Ralón, Angel López y Tomás Valle. Como modernista, Guatemala tiene un verdadero representante: el maestro Castillo, de Quezaltenango. Debido a la falta de información respecto al movimiento artístico de compositores ticos, solamente podré citar, de nuestra hermana Costa Rica, como clásico, al notable maestro don Julio Fonseca, autor de suites y vales entre los cuales merece especial mención el intitulado «LEDA». Debo advertir que solamente he mencionado a aquellos compositores que he conocido por información periodística unos, y otros por haber estudiado sus composiciones. Cuáles son las razones que me asisten para considerar a los compositores menciona-

dos con tendencias a determinadas escuelas? Son las siguientes: en los de corte clásico, por aquella obediencia fiel a la disciplina de la escuela antigua que no sólo prohíbe armonías cacofónicas, octavas reales, quintas ocultas y en sentido directo, etc., sino también que establece disposiciones para el canto que es la esencia de la idea, disposición que divide el canto o melodía en largo, mediano, breve, período y frases. También, por desenvolver el canto con estilo aristocrático como el de la música de cámara. En los románticos: por la diferencia del estilo del canto, pues, en la desenvoltura del discurso melódico, este sobresale por la fantasía de la inventiva, antes que por la forma reglamentaria de la armonización. Y en los modernistas? Ah! aquí influye en ellos la irresistible fuerza de la evolución del arte, que establece la libertad como un derecho del artista, o sea la licencia para hacer música sin ningún género de preocupaciones, puesto que la claridad, diafanidad, transparencia y luminosidad de las escuelas anteriores, sufren la agitación que produce la nueva técnica de Debussy, Puccini, Ravel y otros ingenios del modernismo, quienes se libentan de teorías impuestas, desde el punto de vista de la tonalidad principalmente, y como consecuencia de toda prescripción para la formación y encañamiento de acordes. En confirmación de mis razones, presentaré ante vuestra consideración a los compositores cumbres entre nosotros, con la diferencia de que el uno, con menos suerte que el otro, su nombre y sus obras son completamente desconocidos, no sólo de la mayoría del pueblo, sino también,

¡quién lo creyera! de muchos profesionales músicos. Me refiero a Rafael Herrador, compositor de veras que heredara de su ilustre padre don Rafael Olmedo la fecundidad y sabiduría en el arte de la composición, y a Felipe Soto, autor de obras que han merecido aplausos y elogios dentro y fuera del país, y ha tenido la gloria de que su nombre sea una idolatría para el alma popular del pueblo salvadoreño. Me referiré a dos de las mejores obras de los dos compositores mencionados. Herrador es autor de un Vals admirablemente inspirado y admirablemente armonizado e intitulado «JOSE», por haber sido dedicado al ex-Presidente de la República don Pedro José Escalón. Soto es el autor, como lo sabéis muy bien, del lindo y popular Vals «SIEMPRE SUFRIENDO». Herrador comienza la introducción de su Vals con un precioso contrapunto en Do Mayor Natural, contra punto de género antiguo por la falta de repetición de notas de una misma índole en las partes débiles y por la ausencia de géneros cromáticos, estando dicho contrapunto a cargo de violines primeros, segundos, violas y flautas; continuado tal contrapunto por un movimiento simétrico ascendente en sentido cromático y en terceras a cargo de cornos y violines segundos, mientras los violines primeros sostienen en octavas la Dominante del mismo Do Mayor Natural. Felipe Soto inicia la introducción de su «SIEMPRE SUFRIENDO», con unos pocos compases vivaces de tres por ocho a una sola voz en coro, y los últimos con acordes de preparación para entrar a la misma tonalidad de Mi Mayor Natural, en un dos por cuatro con

una especie de Marcha común. En la primera parte del primer número del Vals, Herrador hace simplemente uso, en el procedimiento melódico, de fragmentos de la escala diatónica de Do Mayor Natural los cuales fragmentos de escala, los armoniza de manera admirable, pues, el violín segundo, viola y cornos, son sorprendidos con novedades armónicas que ponen a los ejecutantes en verdaderas dificultades, toda vez que tienen que cambiar de acordes en cada uno de los compases. Naturalmente, el efecto es irresistiblemente grandioso.

Ahora, veamos la primera parte del primer número de «SIEMPRE SUFRIENDO».

Soto se eleva por la inspiración, y el canto sentimental de violines primeros, violas y cellos, cautivan con una pasión profunda; pero si el motivo del canto es bello, la armonización carece de interés, desde luego que lo viste con armonías largamente repetidas, o sea, de la tónica a la dominante, de la segunda a la dominante y por ahí un corto pasaje de Fa Menor. En el tercer número de «Siempre Sufriendo», Soto nos presenta unos pocos compases de Canon Regular, siendo antecedente los violines primeros, y consecuente el clarinete. Es decir, que inician el motivo los violines y lo sigue en sentido imitativo, a los dos compases de espera, el clarinete; pero Soto, quizás por un capricho, rompe el Canon a los cuatro compases de iniciado y lo convierte en un simple duo en terceras. Herrador también, en la primera parte del número segundo de su Vals, nos presenta un Canon Regular sostenido en ocho compases y a tres voces: Violín, Flauta y Cello. El Canon de

Soto es a la octava, el de Herrador es a la quinta inferior, siendo más difícil el segundo que el primero. No he tenido razón para catalogar a Herrador en el clasicismo por la belleza de la forma de sus obras, y a Soto al romanticismo por el mérito de sus composiciones bajo el punto de vista del fondo de la idea creadora? Si Felipe Soto ocupa puesto culminante en el romance patrio, Rafael Herrador dá la nota más alta como valor auténtico de nuestro clasicismo, pues, sus obras, escritas a base de técnica antigua, son capaz de resistir el análisis de los críticos europeos. Es de justicia salvar el nombre del olvido de aquel desventurado artista que murió pobre y abandonado en un lejano pueblo de esta capital. Rafael Herrador es también el autor de esa célebre Marcha Fúnebre que nuestras bandas militares tocan a diario en los entierros, y que contiene un lindo Canon a tres voces y a la octava, Marcha que por su magnificencia es casi siempre precedida de la inmortal Marcha Fúnebre de Chopin.

Debo mencionar, de entre los clásicos centroamericanos, a C. Jesús Alas, músico de intensa labor como Director de Banda y como compositor. Del numeroso repertorio de su cosecha, sobresale su Obertura, «La Coronación», dedicada al eminente Juan Aberle, estrenada dicha Obertura, si la memoria no me es infiel, cuando fuera coronado por salvadoreños en el Teatro Colón, el insigne autor del Himno Nacional. La composición del señor Alas, tiene un Andante expresivo de incontables bellezas de inspiración. Si bien los instrumentos centrales en el Andante no son más que dos, Oboe y Chello, es de justicia manifestar que

es un concertante de efecto muy elevado. Mientras el Oboe ejecuta la segunda parte del Himno Nacional del Salvador el Chello, en una especie de contrapunto, canta un trozo que cautiva por la sencillez de su estructura y por la espontaneidad de su invención melódica. De ese Andante, bien puede exclamar el señor Alas las palabras de Tschai-kowsky al referirse a un trozo de su Obertura «Patética»: «es lo mejor que he compuesto; tal vez como jamás compondré». Es una lástima que el señor Alas no haya mantenido la novedad artística de su inspiración, tanto en el primer tiempo como en el alegre final de su Obertura, pues, a fuer de sincero debo manifestar que, de no haber salido de la brillante pluma del señor Alas ese bellissimo Andante, la Obertura en referencia hubiera pasado al seno de la insignificancia. Existe otro compositor por mí catalogado en la escuela del romanticismo que no resisto al deseo de hablar, aunque de manera sintética, de sus merecimientos. Me refiero al compositor vicentino Alberto Merino. No existe género de música de carácter profano en el radio de la composición que se haya negado a su fantasía: valeses, marchas, intermezos, toda música para orquesta y banda ha sido para Merino una especie de gimnasia de intelecto musical. Sus obras son de elevada inspiración melódica y de vigorosa robustez en la armonización. Merino imprime en su música, ora motivos alborozados, ora ese deje de tristeza que nos causa las horas de desengaños. Su célebre Marcha Sandino, dedicada al héroe de las Segovias, música que se apoderó del alma popular en toda la Améri-

ca Hispana, es un canto épico que con su enérgica expresividad penetra en lo más recóndito del corazón, pues nos hace recordar el gesto colérico de protesta del invicto guerrillero. Os voy hablar ahora del notabilísimo compositor nicaragüense José de la Cruz Mena, nacido en León de Nicaragua e hijo de un famoso violinista. Mena heredó de su padre, no solamente el talento musical, sino también una terrible enfermedad que amargó los días de su existencia. Compositor por temperamento, no tuvo escuela técnica, pero de manera admirable escribía trozos bellísimos que, al armonizarlos, si bien es cierto que no hacía gala de pureza en el encadenamiento de acordes, los que conocen las partituras de sus obras no podrán negar que tales partituras están limpias de esas armonizaciones vulgares, monótonas, carentes de toda novedad. Me referiré a una de sus mejores composiciones: el Vals «Amores de Abraham». Es un Vals de cuatro números, con Introducción y Coda, o sea Final. Es de carácter imitativo, y dedicado a un caballero leonés que en tiempos de vida del compositor, estaba locamente enamorado de una bellissima mujer.

Empiezan los primeros compases de la obra, los bajos, en aire agitado, uniéndose a los bajos, con una especie de trémolo semitonal, los violines segundos y violas, los cuales imitan el rodar de un coche que, de manera inesperada, lo hace detener un acorde a tuti de sexta menor. El caballero saluda a la dama con requiebros amorosos, y ésta contesta con una carcajada desdeñosa. Este pasaje, Mena lo imita por medio del Barítono y Cornetín, los cuales lo

hacen en sentido recitativo, viniendo a continuación un Andante de 4 tiempos, a cargo siempre de los mismos instrumentos, pues, los protagonistas de la obra sostienen un diálogo amoroso.

Hay que oír esos lindísimos motivos musicales de Mena, para apreciar la facilidad con que desarrolla las ideas melódicas, la riqueza de su inagotable fantasía, la brillantez de la armonización, la novedad y vigor en la distribución instrumental, y lo irresistible en la gradación de los períodos intensamente apasionados. Si penetramos al Vals, desde la primera parte del número primero, nos encontramos con la profunda y luminosa huella que Waldteufel y Straus dejaron en el alma del genial compositor nicaragüense. Oigamos sinó, sus crescendo en modulaciones para buscar la repetición de motivo, la riqueza en el colorido de la instrumentación, la imperturbable serenidad para mantener el acompañamiento libre de armonías cacofónicas, y la virilidad oportuna para hacer entrar en acción, cuerda, madera y metal. Pero hay una parte del Vals que no me es posible dejarla sin mencionarla. Me refiero a la segunda parte del número dos. En honor a la verdad debo admitir, que en esta parte, la armonización tiene un error condenado por los tratadistas del tecnicismo antiguo: existen relaciones serviles entre el canto y el bajo fundamental; pero las razones por las cuales prohíben los tratadistas tales relaciones, las puedo considerar basadas en una mera vanidad, desde luego que aseguran que las relaciones consabidas son prohibidas, no por ser antiestéticas sino por indicar o señalar en el compositor po-

breza en los conocimientos armónicos. Bien, y si el compositor ha demostrado antes de cometer ese pecado que para mí se me antoja ser venial, tener fluidez en vestir armónicamente una frase musical, por mero capricho o porque le parezca fonético, no puede hacer uso de tales relaciones? Habiendo voces necesarias en las partes intermedias del canto y el bajo, la tal pobreza no resulta, máxime si se trata de unos pocos compases y en notas de corta duración como en el vals de Mena. Se condena lo antiestético, pero aún esa condenación sale sobrando cuando, por medio de lo antiestético; se persigue un efecto. Pero, en fin, dejo la parte del Vals de Mena con ese pequeño pecado, y examino el canto, que es la esencia de la creación del sublime leproso. Desde el primer compás hasta el último de la parte, hay una sucesión de notas hondamente sentidas, de intenso colorido, en que el alma del artista compositor, no hallando dique a refrenar la intensidad de su inspiración, se desborda de manera irresistible ante la pasión del caballero a quien el artista dedicará esa obra de tanta inspiración! Mena no sólo compuso músicaailable, sino que escribió marchas fúnebres, sonos de pascua, piezas de virtuosidad para distintos instrumentos, marchas religiosas y su gran Misa de Réquiem estrenada por 300 profesores en la histórica Catedral de León, en los funerales del gran poeta Rubén Darío. Quiero hablaros también de un compositor que para mí es clásico, por la seriedad e inspiración de sus composiciones, las cuales conozco por haberlas oído en distintas ocasiones. Me refiero a don Miguel

Pinto, autor de un lindo Minueto en el cual demuestra su inclinación a la escuela penetrante y suscitadora de Lulli, Hayden, Boquerinni y de otras estrellas de tiempos de sabiduría y de inspiración. En la pieza del señor Pinto, se destaca una solemne y tierna melodía, escrita de manera especial para cuerda sola. Por el colorido de las distintas voces de los instrumentos de arco, esta pieza cautiva, máxime si es ejecutada por virtuosos, pues es del todo innegable, que la estructura de la pieza sale victoriosa si se tiene cuidado en la delicadeza de las arcadas, en la pureza de la pulsación, y en la atención que debe merecer las frases al tratarlas en las respectivas posiciones de tales instrumentos de cuerda. Es de tal manera la delicadeza de la obra del señor Pinto, que un mal director al interpretarla, la hace fracasar inevitablemente. Parece que el armonioso Aberle instrumentó esa joya del clasicismo, y la interpretó en su carácter de director de orquesta, cuando la oí por primera vez, nada menos que el ilustre maestro don Antonio Gianoli. Al concluir mi discurso, debo, como justicia, hablaros de algunos de los modernistas atrasmente mencionados. Fué Antonio Alfaro, primero; doña María de Baratta y Adriano L'Rosa, aquel poeta del violín cuya estética en la escuela de arco admiró tanto nuestro público diletante, los que después hicieron uso en sus composiciones de las licencias del modernismo. Ciertos críticos preten-

dieron enmendarles la plana, parando mientes en el uso de QUINTAS SEGUIDAS EN SENTIDO DIRECTO, y en que ciertas frases debieron ser armonizadas de manera determinada en tratados antiguos. En mi cocepto, esa crítica no tiene razón de ser, porque los artistas criticados son consecuentes con las doctrinas del modernismo que establece buscar el efecto impresionante con toda libertad melódica y armónica. No vemos acaso a Puccini, quien, a pesar de guardar apariencias por medio de notas comunes o pedales, hace uso de quintas seguidas en muchas de sus obras inmortales? La nota común que sirve de puente de unión para acordes de esa naturaleza, no le quita en manera alguna al intervalo el carácter de quinta. Y qué se puede decir de Leo Fall en su Opereta intitulada «Princesa del Dollar?» Y Ravel en su «Crisálida?».

Eso de que tal frase musical debe ser armonizada contra viento y marea como lo ordena la técnica severa, es no apreciar en lo que vale la grandiosidad de la música que abriga en su seno escuelas de distintas tendencias, y en cada una de estas escuelas, genios elevados hasta las regiones siderales. El arte de la música es múltiple, como múltiple sublime, como sublime divino, y como divino, no es posible que ande por caminos trillados: elévase en alas de la fantasía y vaga por mundos desconocidos.

SALVADOR REYES HENRIQUEZ

DISCURSO

de Contestación del Miembro Activo Profesor don Francisco R. Osegueda, a don Salvador R. Henríquez

Señores Miembros del
Ateneo de El Salvador,
Señoras, señores:

Siento especial satisfacción al responder a la excitativa que se me ha hecho para que conteste la conferencia de ingreso del distinguido artista don Salvador Reyes Henríquez a este centro de cultura.

En un esfuerzo patriótico, inspirado por la más hermosa de las visiones que infunden vida al espíritu nacional, el Ateneo de El Salvador, en arranques de sublime nobleza, procura que nuevos y vigorosos factores vengan a dar alientos de progreso a los ideales que sustentamos. Y así, los ateneístas que ya hemos recorrido parte de la jornada, a pesar de algunas contrariedades—que a menudo las hay en toda obra magna y compleja—pero siempre con la alegría que proporciona el cumplimiento del deber, experimentamos el gozo que nos trae el tesoro de buena voluntad con que otros elementos vienen a dar firmeza y ensanche a las labores sociales. Bien venidos sean: el terreno está propicio a la siembra; caiga en el surco la semilla y reciba el aliento vivificador.

La franqueza y la sinceridad dignifican el alma: ¿Por qué no declarar que pocas, muy pocas capacida-

des poseo para la misión que se me ha confiado? Mas: ¿acaso la música, arte el más divino, que llena de sagradas inquietudes y de vivificadores perfumes a el alma, no palpita en todo ser racional?...

Esto y el deseo de ser útil al Ateneo, provocaron mi decisión de aceptar este delicado cometido, y, así, entro en materia:

Sustanciosa es la conferencia del nuevo socio señor Reyes Henríquez. Una de sus principales proposiciones desarrolladas de modo magistral, es la siguiente: *El arte musical es la manifestación más alta de la belleza: concebirlo estancado y sujeto a moldes eternos e inflexibles, equivale a comprender en él la más irracional de las tiranías.*

Yo agregó: y eso que el socio Reyes Henríquez dice de la música, debe aplicarse al Arte en general. Sin embargo, fácil es comprender que las emociones fomentadas por el apego al mal gusto o al placer con tendencias egoístas, no denotan avances de civilización y cultura ascendentes. La verdadera felicidad radica en algo trascendental y sagrado. Hay que buscar el valor absoluto de la belleza.

Con mucho acierto juzga el señor Henríquez la impresión anti-estética, dura y martirizante del *Jazz-Band*. A pesar de esto, fácil es oír decir a

personas dignas de consideración que el jazz es ideal para fomentar las *ansias* del baile en distintas formas, que nosotros juzgaríamos tiránicas del gusto y hasta de la moral.

Si Rubén Darío en vez de hacernos escuchar los ritmos de esta bella producción:

*«Era un aire suave de pausados giros;
El hada armonía rítmica sus vuelos,
e iban frases suaves y tenues suspiros
Entre los sollozos de las violoncelos.»*

hubiera descrito el furor y los despropósitos del jazz, de seguro que los versos del poeta no tendrían la suavidad y la frescura de la "Sonatina" y, por el contrario, semejarían una danza de todos los demonios.

Respecto a escuelas determinadas, es fácil comprender que el hombre de talento original y de acción inquebrantable, es amante de las producciones nacidas de inquietudes renovadoras. Anhelos de algo nuevo violentan muchas veces al corazón y al pensamiento, y así aparecen Góngora y otros genios dando forma estupenda aunque en ciertos aspectos, atroz y despiadada a lo que Jiménez Pastor llamó *Culteranismo*. Esta escuela literaria, a pesar de sus arbitrariedades contra el buen sentido y la gramática, invadió valores de aristocrática cultura y dominó cortes y toda clase de poderíos.

Sin ser del todo partidario del *deferminismo* en literatura y en el arte de la música, creo que además de la inventiva individual de los autores, hay algo fuera de ellos, lo cual pertenece a la sociedad, al pueblo, y, en fin, al medio, siempre que se trate de innovaciones que deslumbran, ya

sea imponiéndose por largo tiempo o cayendo luego en desuso para ser reemplazadas por estructuras peores o mejores y es que las escuelas para surgir, como que aprovechan el momento; éste, a su vez se sirve de ellos, aunque después las desprecie como algo digno sólo de figurar en los archivos históricos o en la tradición.

Con exquisito acierto el conferencista señor Reyes Henríquez analiza las escuelas del arte musical, y al profundizar sus observaciones y descripciones, con juicios que exhiben detalles del medio centroamericano, antes de llegar a la exposición histórica de los avances del arte musical, ya en lo clásico, en lo romántico, ya en el modernismo, da su merecido y cruel latigazo a las irrupciones ingratas del libertinaje y el mal gusto. Su opinión sobre esto último es admirablemente demoledora de lo malo.

El interesante estudio, la conceptuosa descripción que el señor Henríquez hace de la existencia, ensanche y retroceso en nuestro medio del clasicismo musical, así como del romanticismo y modernismo es a mi humilde juicio lo mejor de su conferencia.

Con apreciaciones justas y ciertas describe valores musicales centroamericanas, de quienes presenta selectas producciones. Señala grandes cualidades, suficientes a dar derecho a la inmortalidad y también analiza defectos que disculpa, en algunos autores por la belleza del canto y en otros por diferentes motivos. Esto hace especialmente al referirse a Felipe Soto y a Cruz Mena, este último, nicaragüense de extirpe distinguida por su valor artístico. En-

tre los que merecen puesto de honor en el romanticismo, cita a Felipe Soto. Y es que Soto pertenece a los raros de El Salvador: en su especie de marcha armonizada después de los 3 primeros compases de "Siempre Sufriendo", golpea las puertas del corazón para internarse en él y poder exhibir todas las amargas soledades del alma atormentada por desengaños implacables.

Mas ¿para qué detenerme en consideraciones sobre lo que con magistral y seguro raciocinio, ha dicho el maestro Reyes Henríquez.

Sólo sí, con su permiso, quiero marginar algo de esta bella conferencia, sin pretender ni mejorarla ni restarle méritos, sino hacer en ella ligeras sugerencias: El nuevo ateneísta da con energía, la primera campanada, tratándose de la necesidad de que en El Salvador se escriba la historia cuidadosa de nuestros valores musicales de un poco más de 80 años a esta parte, precedida de un estudio de la música indígena; no porque el *tumtum*, la *caramba a waramba*, como suele decirse, y el canto monótono, son propios de la vida precolombina, debemos despreciar lo que significan en las transiciones emotivas de nuestros antepasados. Pocos, muy pocos de los viejos artistas salvadoreños y aun de los modernos, son conocidos. Cantamos sus producciones, oímos su música, nos hundimos en arrobador entusiasmo, sin saber, si quiera, quién o quiénes son los seres que nos deleitan; es decir, nos servimos del tesoro de alguien, sin al menos, tener la satisfacción de sentir gratitud por aquellos que nos endulzan la vida. ¿No es esto el colmo de la indiferencia? Somos ingratos, y lo somos

no sólo en este aspecto; somos ingratos también con los cultivadores de hombres en las aulas escolares.

La *Escuela Salvadoreña*, su historia; la vida de sus maestros, las transformaciones ideológicas, las transiciones metodológicas; las torturas de la miseria por falta de pagos de sueldos miserables, durante gobiernos de otros tiempos; es decir, la suerte aciaga, así como el adelanto técnico y económico de la Escuela Nacional, son casi desconocidos: apenas algo en un libro que se llama *Libro del Día del Maestro*, del cual soy modesto autor, (me refiero al primer tomo de esa obra). No hay una producción completa del movimiento histórico del Magisterio Salvadoreño ni de nuestra música. Esta es la causa de que gran parte de la juventud del país desconozca multitud de cosas que les servirían como datos para hacer comparaciones acertadas sobre el pasado y el presente y prever así el porvenir.

Rememoraré un poco: en Santiago de María, conocí hace como veinticinco años a un anciano venerable, jefe de la familia que tal vez en el departamento de Usulután tenga más derecho a la inmortalidad. Este anciano fue don Miguel García; padre o abuelo de valiosos elementos sociales que llevan su apellido (1). Con frecuencia don Miguel, encorbado, jadeante, a la edad de más de 90 años, pero manifestando espíritu enérgico y temperamento de acero, llegaba a mi colegio, en el cual tenía organizada una orquesta. En

(1) El culto historiador don Miguel García, así como los doctores Joaquín y Rubén, estos dos ya fallecidos, han sabido honrar la memoria de aquel artista que les dió el ser y las más hermosas inspiraciones.

conversaciones que tuve con él, averigüé que fué en su niñez, discípulo del maestro Serapio Rodríguez, uno de los mejores compositores nacionales de la música religiosa que en gran parte utiliza hoy la Iglesia Salvadoreña. Contaba García que el Padre Miguel Alegría, una de las glorias del Magisterio cuscatleco, conociendo las dotes de Rodríguez y su vocación por la música a la edad éste como de 14 años, lo mandó por su cuenta a Guatemala, donde el muchacho se hizo acreedor a la protección de los señores Aycinena, habiendo sido internado en el más famoso centro de cultura musical de aquella República. Allí, durante varios años se perfeccionó y logró sobresalir por sus méritos. Al regreso a El Salvador, el maestro Serapio recorrió gran parte del territorio trabajando como maestro de coro. En estas actividades apremiado por los deberes de su empleo, compuso obras de arte musical, cuya perfección, al anotarse entre las producciones clásicas, es indiscutible. Son de él «*Las Glorias de María*», la «*Salve Serapia*», varias misas, villancicos, etc., que enriquecen el tesoro artístico de la Iglesia. Varias de sus Misas han sido ejecutadas en Roma. Fundó su primera escuela de música hace más de 80 años en Tecapa, actualmente Alegría. Entre sus alumnos se contaba a Don Miguel García; él me proporcionó multitud de datos referentes a la vida del infatigable artista Rodríguez. Pues bien, llega a tal extremo el desconocimiento de los legítimos valores musicales salvadoreños, que en algunas poblaciones he visto ejecutar obras religiosas que conozco y sé quienes las han escrito. Alenta-

do por el entusiasmo que despierta la buena música, he felicitado a algunos directores o ejecutores de orquesta. Más de uno, con la mayor sangre fría, ha afirmado que de las producciones ejecutadas él es legítimo autor. ¿No sería algo meritorio en la Iglesia, que ella recogiera toda la obra musical religiosa existente en el país, y formara su repertorio con todo lo que autores dignos de mención han producido?...

El Obispo Manuel Francisco Vélez hizo la traducción de *El Lulú*, admirable diálogo ruso de campesinos del Cáucaso. Constituye tal escrito una producción de carácter original que llega a lo más delicado del alma. La música de este bellissimo diálogo es de don Miguel García, padre. Yo lo oí varias veces en mi colegio cantado por mis alumnos y dirigida la música por su autor. Este precioso canto se ha hecho muy popular no sólo en América sino en Europa y, según los técnicos que han estudiado, es de corte impecable y su música puramente regional salvadoreña, causa honda emoción, aunque la letra del diálogo sea tomada de motivos rusos.

Nieta de García padre, es la famosa artista Angela García Peña, pianista nacional que ha conseguido merecidos triunfos. A ella y a la señora de Baratta se debe, en gran parte la iniciación y ensanche en El Salvador de la música regional. La señorita García ha extendido la fama de esta clase de composiciones, durante sus viajes a varios países europeos. Ha dado a conocer piezas por el estilo de «*El Mango*» «*Aflaunca*» la música chapina, escrita por el célebre compositor J. de Jesús Castillo, en los cuales se siente el aire de

nuestras montañas y la pureza de nuestras costumbres.....

Escolástico Andrino, guatemalteco, el primero que aquí organizó en toda forma orquesta musical, fué compositor de óperas y oberturas de diferentes autores europeos. Fué maestro del connotado artista Rafael Olmedo padre. También merece citarse al exquisito violinista de San Miguel, Agustín Flores. Este se educó en Guatemala, en compañía del maestro Rodríguez ya mencionado.

Otro músico notable, pero desconocido es Ponciano Hernández o Ponciano Chute (este último apodo); quien vivió mucho tiempo en San Miguel, durante las administraciones de Zaldivar, Ezeta y otros mandatarios, dirigiendo con acierto la mejor banda de Oriente. Fué director y compositor con dotes nada comunes. Don Francisco Lino Osegueda, fallecido hace poco, a la edad de 95 años, formó parte en varias ocasiones de aquel referido cuerpo de banda, así como del de esta capital, cuando sólo contaban cada uno con 20 o menos músicos. Recuerdo *"La Cola del Diablo"*, pieza de la cual él era autor. Retirado a la vida del campo, catorce hijos le rodeábamos varias veces; él con su clarinete ejecutaba su producción predilecta; nosotros entusiasmados escuchábamos aquellas notas de estilo imitativo y a veces saltábamos sorprendidos creyendo ver moverse el rabo de lucifer. Varias veces escuché esa pieza, ejecutada a piano por mi amigo, el doctor Juan Gomar, quien decía que era producción digna de tomarse en cuenta.

Un poco al S. E. de Santiago de Maria, está la ciudad de Santa Elena; fué hijo de ésta el notable músi-

co, compositor y médico Joaquín Aparicio. Pregunto: ¿en qué libro, en que periódico se ha dicho algo de este dilecto artista, ni de los demás que últimamente menciono? ¿Será que deben relegarse entre los desconocidos? No; la juventud necesita ejemplos vivos como estímulo y esos ejemplos debe presentarlos la historia. Aparicio, además de la música, cultivó el verso. El pueblo canta bellísimas serenatas, música y letra del mismo autor. Recuerdo este fragmento lírico:

*"Eres divina criatura del olimpo descendida,
"Para consolar mi vida, de formenlo y amargura.
"Eres astro que fulgura en mis noches de dolor;
"Tu belleza y resplandor irradian en claro día.
"Eres la misma poesía y el idilio de mi amor.*

Por último traigo a la memoria a la familia Narváez de Santa Ana: entre sus miembros han figurado artistas distinguidos, cuyas producciones por un deber de justicia deben darse a conocer.

Termino mi discurso exitando al profesorado escolar y a los elementos del arte musical salvadoreño, para que realicen la formación de la obra en que deben figurar centenares de maestros y artistas, de los cuales sólo he mencionado una parte muy limitada. Tanto la Escuela Salvadoreña como la música nacional necesitan, cada una, su obra de esta índole, con juicios técnicos de positivo valor y con datos biográficos recogidos con esmero.

Perdanad amable y bondadoso auditorio si he abusado de vuestra atención. Agradezco el agrado con que ha sido escuchada mi contestación a esta conferencia tan conceptual de nuevo socio señor Reyes Henríquez.

Bien recibido sea el hermano que

es positivo factor de cultura: que el lo escabroso de la senda ni los dolo-
 Ateneo prosiga su obra, confiado en res de la lucha.
 que el éxito es de los que perseve-
 ran con fe y ehergía, sin importarles

DIJE

FRANCISCO R. OSEGUEDA



UN SUEÑO

[Versión de Guillermo Valencia]

*Estaba muerta, sin calor. La herida
 Era visible apenas en el flanco:
 ¡Estrecha fuga para tanta vida!*

*El lienzo funeral no era más blanco
 Que el cadáver. Jamás humana cosa
 Verá el ojo más blanco que aquel blanco.*

*Árdía primavera, impetüosa,
 Los cristales de cínefes inermes
 golpeaban, con ala rumorosa... ..*

*Huye de ella el calor. Yo dije: ¿Duermes?
 Cen un salvaje sonreír violento
 Más cerca repetíle: ¿Duermes?*

*¿Duermes? Y al recordar que aquel acento
 No era el mío, me crispé de papura.
 Escuché. Ni un murmullo ni un acento.*

*Cautivo de la roja arquitectura
 Se adelantaba en el bochorno un fuerte
 Olor a destapada sepultura.*

*El bálifo invisible de la muerte
 Me estaba sofocando en la encerrada
 Habitación. A la mujer inerte,*

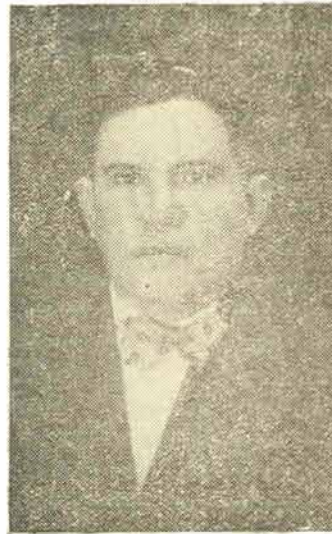
*¿Duermes?, la dije. ¿Duermes? Nada, nada...
 El lienzo funeral no era más blanco.
 Sobre la tierra de los hombres, ¡nada!
 Verá el ojo más blanco que aquel blanco!...*

G A B R I E L D ' A N N U N Z I O

En la Penumbra de los Clásicos

Señores Miembros del
Ateneo de El Salvador,
Señores:

JULIO CESAR ESCOBAR



Tarea difícil me impone la inquietud cultural militante. Yo la cumplo en estos momentos para contribuir, en medida de mis fuerzas, a la alegría espiritual que en todos los sitios civilizados de América se manifiesta. He contraído un compromiso y no sin vacilar entro a darle cumplimiento, al ser recibido como Socio de número en el Ateneo de El Salvador, institución que por largos años mantiene muy en alto los fueros de la cultura nacional, marcando el ritmo de sus similares en el mundo, entidades de fama imponderable que constituyen las banderas más altas, las expresiones más distinguidas en la civilización presente, aun cuando en un sector de la tierra, por cierto el más culto, el viento del odio apaga preciosas vidas y niega la alegría de vivir a la sombra de la paz. Cumplo ahora mi compromiso, repito, y el temor tienta a cada paso mi espíritu, pero la luz de la audacia me grita a seguir adelante, salvando escollos, rompiendo sombras. Y si la tarea es difícil, al mismo tiempo es honrosa, honrosa porque a esta tribuna del Ateneo han llegado antes que yo, inteligencias ricas en sabidurías, expertas en el bien decir, ágiles en el manejo de las ideas, ingeniosas para exteriorizar sentimientos, y he aquí que estos conceptos reflejan la dificultad. Con

JULIO CESAR ESCOBAR, modesto propulsor de cultura, enfoca su pensamiento sobre cualidades de lo clásico. Su anhelo de superiorización mental, por el conocimiento de lo profundo y de lo bello,—para que el edificio no se derrumbe—se extiende por ámbitos de poderes que han servido en el afianzamiento de civilización y de cultura mundiales.

Sostenedor de lo clásico y del clasicismo, este ensayo de él leído en el Paraninfo de la Universidad Nacional en la noche del 27 de abril de 1940 al ser incorporado al ATENEEO DE EL SALVADOR, define su posición como hombre de estudios firmes. Investigador, comentó en otras ocasiones al humanista español Baltazar Gracián, haciendo ver a la juventud lo que significa el poder del pensamiento bien manejado y mejor escrito. Periodista, ha vivido la tragedia cotidiana desde su juventud. Poeta, su acento hace recordar al de los rapsodas que sintieron en su espíritu el fuego renovador de conocimientos.

En Escobar atrae su modestia. Con su laborar calladamente—al amparo de su lámpara interior—alumbró caminos de las horas de hoy para que por él la juventud trate de equivocarse menos. Así se le aprecia en este ensayo de enjun-

todo, la voluntad, la buena fe que hoy me asisten, habrán de salvarme.

Un tema de grandes alcances, de grandes proyecciones hacia el pasado, es el tema que voy a desarrollar, y por consiguiente, juzgo que si ha de faltarme tiempo, posiblemente los recursos intelectuales de que dispongo para ejecutar la obra también no alcanzarán a cubrirla en todas sus partes, pero sí, abrigo la esperanza de presentarla con todos sus delineamientos, darle su carácter, su forma.

Con el cuidado debido, como la nave que evita los arrecifes, virando muchas veces para salvar los obstáculos, las tormentas, digamos mejor, iré penetrando en mi trabajo; iré desenvolviéndome con la ilusión infantil de ampararme en la sencillez, factor que considero indispensable para penetrar con éxito, con felicidad, en los más intrincados problemas de la inteligencia humana. La sencillez, camino luminoso de las almas puras, el sendero de los grandes

espíritus, habrá de asistirme en esta jornada de la memoria y de la razón.

La sencillez es lumbre de Dios; soplo eternizado en el canto de los pájaros; alma de los lirios de los campos; soplo divino en el candor de la infancia; bandera de luz de Jesucristo; arma poderosa del héroe. Ojalá que ilumine mis pasos un tanto extraviados en la locura de la luz. Voy de un punto en el tiempo hacia la selva sonora de los clásicos.

He aquí el tema: EN LA PENUMBRA DE LOS CLASICOS. He aquí la tarea que me he impuesto realizar: ir del presente al pasado. Ir de la sombra a la penumbra, de la penumbra a la luz; ir, en fin, de la juventud aparente a la juventud positiva; de la decadencia al florecimiento.

Es a modo de un viaje, y un viaje dentro de la sencillez, la sencillez que viene al hombre después de huirle éste en la nébula de lo difícil. Un viaje así hace esperar un panorama grandioso; vosotros, ilustres amigos, que no ignoráis el camino, con la voz de vuestro espíritu, habréis de volverme a la senda segura cuando mi ánimo, alucinado por los resplandores de la claridad eterna de los elegidos, de los grandes maestros que no guardan ni el espacio ni el tiempo, son inconmensurables, pierda la senda o se desvíe mi pensamiento, o se confunda la disciplina de mi fantasía. Un viaje introspectivo? No. Un viaje retrospectivo? Tal vez. Eso pretendo. Un viaje en el tiempo, partiendo de este —hoy— puerto difuso, en esfumino, en estrechas radas, hacia las radas anchurosas de épocas magníficas, hacia los mares del espíritu donde el genio griego y el genio latino hincharon las velas para flotar sobre la gloria inmortal. Un

diosa apreciación acerca de Darío, Herrera Reissig y Alfredo Espino. Y con ellos los que pasaron cargando el firmamento en sus ideas y en sus sentimientos, como para empujar la evolución de los hombres hacia la verdad mental y lírica.

El clasicismo es para toda mente buscadora, oriente de luces perfectas. Y quien quiera conocer el ahora de nuestra cultura, tendrá forzosamente que haber andado por aquellas sendas que aún están extendidas a los tiempos del hoy, ruidosamente confuso y dislocado.

Firme y callado, modesto y generoso, este escritor y poeta cuscatleco, quiere responsabilizarse, se está responsabilizando ante la hora de valorizaciones integrales, contribuyendo con sus conocimientos a engrandecer el de los demás, en una paciente labor de superación.

Al discurso de Escobar, contestó en nombre de la institución el Miembro Correspondiente, don Agenor Argüello.

El público de esa noche, premió con largueza a ambos oradores.

viaje intelectual entre la selva de los siglos me propongo realizar ahora, y no un viaje dentro del rigor de las fechas.

Desde esta gran sombra —el presente— se inicia el viaje. Ya se está como hinchando el velamen del alma para sarpicar a los mares del espíritu de la Grecia florida, para llegar al tronco de la sabiduría, para llegar al continente abstracto del saber homérico, al continente también donde se oye la voz dulce y celeste de Virgilio. Hacia allá apunta la proa de mi audacia; hacia aquellas altísimas llamas que columbro y que en desviándose de sus reflejos el rebaño humano se ha perdido, rebaño que hoy anda a tientas, como sonámbulo, como atormentado, confundido en una noche sin límites, bajo un cielo preñado de desesperanzas, donde no hay horizontes, donde no se conoce el huracán de un canto, el canto que fué y es el reflejo de un pueblo grandioso, la patria de Pericles; bajo un cielo sin astros, donde no se oye ni el más leve ritmo de aquella grande alma latina, que es el alma de las almas, el canto de los cantos, el canto que puso el encanto en los lirios silvestres, y que musicalizó en los ojos húmedos del ganado, la voz que encontró suprema dicha en la vida pastoril de una edad lejana y dichosa.

Dichosas edades aquellas que sintetizan todo el amanecer de un mundo florido de armonías inimitables, imperecederas y sencillas. El Dante oyó esa voz hace siglos; esa voz fué su guía; esa voz le abrió el sendero en las tinieblas...

La luz solar reconoce la distancia. La luz del genio no reconoce tales fronteras. Allá, en la cumbre de la eternidad, desafiando al espacio y

los siglos se levanta el fuego homérico; allá, desafiando el olvido, se levanta la llama apacible, pero inmutable, de Virgilio. Para acercarse a ellos, para sentir sus resplandores, recorramos el camino, tomemos como jalones seguros a los discípulos; a los clásicos que vienen de allá como en reflejos, como en rápidos destellos.

La duda y el temor, ha dicho la criticidad, son dos fuerzas inmanentes en el hombre intelectual: la primera ha contribuido a violar el misterio; por ella la curiosidad humana y el espíritu investigador han hecho útiles descubrimientos al hombre mismo; lo segundo, el temor, es el centinela del instinto, es un puente tendido entre el mundo intuitivo y el mundo de la razón. El temor, en una palabra, es a semejanza de un ser que anda de puntillas en lo inefable de la vida, midiendo, calculando, dejando actuar, pero deteniendo los ímpetus, indicando los peligros, presintiendo los abismos, casi, casi iluminando la conciencia cuando ésta se detiene y vacila. Y cuando esto sucede es que el temor ha dicho en las tinieblas: alto, todavía no pasarás.

Las dificultades que presenta mi trabajo son múltiples y para salvarlas hay que recurrir a los apuntes claros y concretos de la historia, a las opiniones más autorizadas de los grandes talentos, a las notas y observaciones de los infatigables eruditos. Los escritores y los críticos de recia envergadura, los que han eternizado su nombre, han dejado los jalones más firmes para llegar hasta donde pretendo.

El temor de equivocarme se aparta un tanto de mi ánimo al evocar lecturas, notas, nombres de hombres célebres, etc. etc.; y la duda, el acicate de la voluntad, el grito perenne

de la conciencia, me impele a golpear en los muros de lo ignorado procurando el descubrimiento de una joya, o de una baratija donde muchos se engañan y engañan al proclamar piedras preciosas, metales valiosísimos, riquezas fabulosas.

Justo es que tema. Justo es que dude. El temor en el hombre de ideas, en el hombre intelectual, anda de puntillas en lo inefable de la vida gobernando el ser. La duda es una fuerza en la fuerza de la voluntad batalladora.

Con estos dos factores trabajan y trabajaron los expositores de la sabiduría; el hombre ha penetrado y pretende penetrar más y más en los problemas filosóficos; el temor hace que el hombre se indague en todo lo dicho y escrito; la duda tiene siempre al hombre frente al misterio disponiéndolo a conocer más, a investigar más. Así he logrado este sencillo y no humilde trabajo, entre el temor y la duda.

¿Hacia dónde vamos? En los mares del tiempo, en los desiertos del olvido, en las selvas del recuerdo siempre están las huellas impecederas de los grandes viajeros, de los incansables exploradores; cuando pareciera que todo indicio se ha perdido, cuando menos esperanzas hay de encontrar un detalle consolador, aparece inesperadamente un punto luminoso; fijo, iluminando las sombras, las tinieblas y así se está de nuevo seguro de la ruta. Es un viaje retrospectivo y si soy feliz en la memoria —recordar es vivir— y rico en el recuerdo y en la imaginación, quizá pueda mostrar en sus múltiples aspectos, en sus múltiples matices, el paisaje en la ruta, paisaje que se aprecia con los ojos de

la razón, paisaje que no cabe en un siglo, pero sí cabe en el alma de un hombre cuando ha hecho y hace de la cultura un culto.

Para conocer la verdad con método, para conducir el pensamiento a la verdad de las cosas, la razón misma, se apoya en lo conocido hacia lo desconocido, en lo tangible hacia lo intangible, en lo concreto hacia lo abstracto. Este es el método vulgar y seguro que conduce a la mente humana por caminos claros hacia el conocimiento de todo cuanto nos rodea.

Pero en este trabajo posiblemente me salga de tal sistema. No estoy dando una clase de lecciones de cosas. Es un viaje intelectual en el tiempo. Iré señalando los puntos que yo considere más salientes, más destacados, puntos que me sirven de jalones, que me orienten mejor hacia el objetivo que persigo. El punto de partida es «Hoy», la iniciación del panorama principia con nosotros mismos, aquí en estas tierras americanas, hasta donde nos han llegado los destellos homéricos, y los ritmos de la lírica latina.

Una tierra casi virgen, una tierra que empieza a florecer, es esta en que vivimos. El golpe de todos los mares da en sus costas como si quisiera hacerla más firme en sus contornos; y en este suelo de lujuriosas frondas, de los mil pájaros huraños y libres, de cumbres coronadas por las nieves sempiternas, tierra de los mil lagos dormidos, de los volcanes empenachados de fuego, tierra fecunda, en esta tierra musical, han caído por la gracia de Dios mismo, ondas dispersas, desprendidas de aquellas grandes almas, lirás del universo que

cantaron himnos inmortales, y tales ondas han vibrado por pocos instantes en vasos hechos de la arcilla con que se hizo la raza aborígen de este continente. En Nicaragua, la tierra que despierta la codicia del viajero, cayó la onda en vaso choro-tega; en este país, Cuscatlán, cayó la onda en vaso pipil. Rubén Darío, el de la frente espaciosa, que pasó como en un huracán de música, el indio chorotega, el feo divino, divino por la locura del trinar de un loco trino; divino porque su juventud montó potro sin freno, porque su juventud iba con puñal al cinto, divino porque fué muy siglo diez y ocho y muy antiguo y muy moderno, audaz, cosmopolita; divino porque fué con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo y porque tenía una sed de ilusiones infinitas.

Y en vaso pipil de Cuscatlán cayó la onda eglógica: Alfredo Espino que quiso dos alas para el vuelo, que confundió su tristeza con la tristeza de los ojos húmedos de los bueyes, que recostado a la sombra de los tamarindos en flor hizo cantos pastoriles, cantos al son de un blando caramillo. Alfredo Espino es el vaso pipil sonoro por la onda desprendida de la lira latina.

Y en Colombia hay un grande y sonoro árbol en cuyas hojas musicaliza un eco helénico. Guillermo Valencia; el de la impecable estrofa, el poeta que al dar su verso al mundo ofrece algo así como una rosa inmóvil, tal vez sin vida, pero impecable.

Y en el Uruguay floreció una vida milagrosa, una vida atormentada por sonidos y colores extraños. Sonidos arrancados de una cuerda desconocida; colores que se intuyen, que se adivinan, pero siempre son indefini-

bles, colores que no están en este mundo; talvez sean voces pitagóricas que el oído humano quizá percibe, pero ignorando su calidad y procedencia. Ahl, vida atormentada; ahl, vida mortificada por su propia música, existencia eternamente ebria en los colores que le venían de su propio sol que alumbraba su rico y raro mundo interior. Y por lo rara, incomprendida fué la vida de Julio Herrera Reissig. Y así, exótico a los ojos de la crítica, dejaba asomar en su númen poético la celeste lumbre que le venía a través de lo eterno, la lumbre de aquel cantor único de los campos. Esa lumbre desprendida de aquel corazón hecho de luz y de música, aquel que dijo «sonoros y gárrulos pinos»; aquel que heredó la dulzura y el encanto de Orfeo, que en oyendo su canto la fiera se tornaba mansa y los ríos, los cristalinos ríos, detenían su curso para oírlo. Y en aquella psiquis atormentada del poeta uruguayo por mil sonidos y colores diversos y extraños, iluminó la llama celeste de Virgilio, el espíritu que eligió el Dante por maestro, el espíritu iniciador y guía en su viaje por las misteriosas profundidades del mundo sobrenatural. Julio Herrera Reissig, cuya existencia navegó a la deriva en sus propios mares, no ha de naufragar en los mares del olvido: allá, en el horizonte de la gloria, allá, más allá de la fama común, está el faro que ilumina los senderos por donde viajan las grandes almas.

Tres espíritus. Tres astros en la penumbra de los clásicos. Voy de la sombra a la penumbra, de la penumbra a la luz. Tres voces, tres luminarias que se han desprendido del gran todo; tres voces que des-

cienden de la altura máxima, desprendidas de las alturas del genio.

Rubén Darío, el poeta mayor de América, el poeta que estremeció los climas líricos de su tiempo; el que iba adelante, siempre adelante.

Alfredo Espino, el poeta que al escribir mostraba un pájaro en el corazón, el poeta ciento por ciento, el poeta que siempre reclamó dos alas en los hombros para volar, el poeta que dijo que el árbol amanecía con música en el pecho y era porque el pajarito de la montaña fabricó en sus ramas su nido matinal.

Y Julio Herrera Reissig, señalado por la crítica como gongórico, burlesco, trágico, alucinado, múltiple, contradictorio.

He aquí diseñado a grandes rasgos los primeros detalles de este viaje intelectual para llegar a los grandes maestros del pensamiento y del arte, en todos los tiempos.

Rubén Darío, el indio chorotega, según algunos críticos, representa el ritmo, el alborozo, la exaltación lírica del paganismo, según otros críticos, y yo así lo creo, es vibración homérica que en su tiempo sacudiera también el estro maravilloso de Píndaro, nombre célebre que a la par de la fama de Homero, el padre de la epopeya, se eleva majestuoso, envidiable, imperecedero, deslumbrante y creador de maravillas que no habrán de morir nunca. Ambos, Homero y Píndaro, han sido celebrados y glorificados no sólo en la Grecia inmortal y en sus famosas épocas, sino en todas las naciones cultas del mundo y por todos los siglos. Estrella de esos dos cielos sin manchas, río caudaloso y sonoro cayendo de esos dos grandes océanos, claros y profundos, es Rubén Darío, uno de los herederos

más cercanos de aquellos grandes caudales, de aquellos universales sonos que llenan la cuenca de las edades.

Un gran crítico, un crítico cuidadoso, un crítico no frío y estirado, no el crítico que mide la emoción con metro, con sentido matemático, como si el artista admitiera para las consideraciones justas que merece, tales ejercicios, dice, al considerar la personalidad de Darío, que «el alma de América ha repercutido en el mundo a los sonos portentosos de la lira de este admirable poeta. Admirable y único, continúa, porque en él se ha concentrado el esfuerzo de infinitas generaciones, siendo algo así como la resultante de la evolución de la gran raza hispana que, allende del mar Atlántico, condujo el fuego latino sobre el lomo de las carabelas conquistadoras». Así piensa Alberto Guiraldo del poeta. Pero en su exaltación por lo criollo, por lo americano, se olvidó decir que el poeta, pero se entiende el poeta en el sentido puro del vocablo, trae en un rincón oscuro y desconocido del alma la herencia divina, la herencia que salva el espacio y el tiempo, la herencia que cae de siglo en siglo en algún continente. Y nadie sabe, pese a la vanidad de los científicos, a los mediocres expositores de la vida material del hombre, por qué canales, por qué mandatos cae, ha caído y caerá en cualquier vaso humano, la voz o la onda, la chispa o la llama del genio, súnun de la inteligencia y del espíritu. La mano de Dios, la mano del destino así lo quiso, y la onda homérica, después de repercutir en el cosmos, repercutió en la existencia de un indio chorotega, de la tierra feraz de Nicaragua.

Rubén Darío es un punto luminoso en el camino de los clásicos. El viene de allá y ha llegado hasta nosotros milagrosamente. Llegó para alumbrar en esta sombra en que vivimos y soñamos. El viene de allá, del gran coro; es como un atleta de la lírica que trae una antorcha en la mano. El viene de allá como envuelto en un huracán de armonías. El viene de allá y ha dejado un resplandor a su paso. Quien llegue hasta sus aguas, quien llegue hasta el manantial de su música, quien escuche su voz arcangélica no habrá de extraviarse en el camino hacia los clásicos.

Estamos en la penumbra de los clásicos. Los entrevemos en un cuadro difuso, los presentimos y crece en el espíritu el ansia de asercarnos más a ellos. Para ello urge buscar los grandes jalones que se destacan como lejanas cumbres en la noche del tiempo; y quizá señalan distintas rutas pero convergiendo hacia el mismo punto. Tal lo que es Rubén Darío, tal lo que son otros valores definidos en la poesía universal.

Andrés González Blanco, uno de los críticos más pujantes y enjundiosos de España, en su extenso estudio que hace de la personalidad literaria y artística del aeda nicariguano, entre otras cosas dice: «Después de leer tan encantadoras y sugestivas estrofas, queda uno, en verdad, conturbado y sin voz; todas las grandes emociones enmudecen, las artísticas como las vitales. Hay que reflexionar—prosigue—cuánto caudal de vida y de pensamiento es menester almacenar dentro de sí para llegar a estas meditaciones líricas sin antecedentes y sin igual. Cada época tie-

ne los poetas que merece, podía decirse con más razón que la de los desdichados políticos ha dicho un publicista español. No es, pues, la nuestra tan vil, tan decadente, tan inoble y tan grosera como se la ha querido representar, cuando merece tener un poeta tan grande como Rubén Darío. Rubén Darío es toda nuestra época; toda la lira de nuestra época. Ha cantado nuestras inquietudes, nuestros desasociados, nuestras turbaciones, nuestros dolores, nuestros males.»

Pero quién ha dicho que Rubén Darío lleva en su estro el son pagano? Los malabaristas de la crítica literaria. Quién ha dicho que todavía no tenemos clásicos en la literatura y arte de América? Los críticos a la violeta. Rubén Darío ha llenado su época, ya lo dijo Andrés González Blanco, y quien en la gimnasia del pensamiento y del arte nace y vive, dando al mundo luz y dulzura, luz de las ideas y dulzura del canto, se coloca en el mismo plano de los elegidos, de los maestros, de los clásicos eternos, montañas de ternura, lámparas eternamente encendidas para guía y esperanza de la humanidad.

Manuel de Montoliú, el crítico más macizo de estos últimos tiempos, el crítico sólido y musical, el crítico que ofrece al lector oro puro de sus canteras intelectuales, afirma que aún cuando el númen de Rubén viajaba por los campos del Paganismo, siempre su poesía vino al mundo entre los relámpagos de la fé cristiana. Y Rubén dijo una vez: «PERO YO SIEMPRE CREYENDO EN JESUS SANTO.»

Ya dijimos: Rubén Darío es un astro desprendido del cielo sin man-

cha, del cielo sin nubes de la grande alma del que es el adorno de los siglos. En la arcilla de un indio chorotega vibró la onda del genio; Dios, sembrador de mundos, arrojó la semilla y cayó en este Continente, mil veces dichoso.

Vamos del presente, de este minuto que vivimos, hacia los clásicos. Posiblemente ya estamos en el camino. Yo voy casi a tuestas. Vamos de este «hoy en sombra» hacia las montañas de ternura, hacia las selvas sonoras del sentimiento y del pensamiento, las lirás de Dios.

Los poetas son los rompe olas de la eternidad.....

Y en Rubén Darío, el apocalíptico del verso, se cumple aquello de San Juan: YO SOY EL CAMINO.....

* *

Un estilista salvadoreño, que fué un intelectual al servicio de las causas sociales, cuando tuvo en sus manos peritas el manajo de versos que dejara nuestro poeta Alfredo Espino, como arrobado, como abstraído quién sabe en qué pensamientos, dijo: «Pues en verdad, un poeta, un poeta como éste, es un don del cielo, como la luz del sol y como el canto de la brisa, y conviene que todos podamos decir de él, como San Pablo dijo del Señor: «En él vivimos, nos movemos y somos».

Y en otro párrafo dice Masferrer, refiriéndose al mismo caso: Uno de sus poemas, ese de las DOS ALAS PARA EL VUELO, me daría material para un libro, si yo fuera capaz de escribirlo. Porque en verdad ahí está escrita la historia de todo hombre que amó y padeció: ahí está simbolizado el desengaño eterno

de que surgió la simplicidad, que ensalzara Jesús, la renunciación que prescribiera Budha, la queja en que Job añoró la paz de los que no nacieron, y el suspiro melancólico de Moisés, cuando dijo todas nuestras venturas, que son flor de heno secadas por el aliento de la tarde.»

«En él vivimos, nos movemos y somos», en este pensamiento, en estas siete palabras está dicho todo. Alfredo Espino, un borbotón de canto fresco, fresco como el regato que cae o revienta de la roca pensativa, fué la concreción del paisaje, del ambiente, de la vida misma de la campiña salvadoreña. Y quién no siente vivir el campo salvadoreño, la vida rural salvadoreña ante los cuadros líricos del poeta? Sus paisajes hechos con ritmos y colores del trópico nos hacen ver y sentir el caserío que tiene un modo de ser, especial por el aire fresco que lo anima, por presentarse limpio, y porque en verdad, un caserío nuestro todo parece un paisaje pintado en cristal. Un día cantó a los bueyes de Cuscatlán y decía que los había visto tragar por sendas floridas, solitarios mirando los suelos con insistencia larga, como si en sus anhelos fueran buscando, ansiosos, la libertad perdida. Nos muestra la dulzura de la sencillez, la cabaña emergiendo de entre el verde follaje y no olvida el bambú de áureo carrizo siempre crugiendo entre el verdor de la maraña. Fiel a la tierra que lo vió nacer, fiel a su poesía íntima, fiel a su arte, levantó los brazos como floridas ramas, cantó y saludó a las cosas de esta patria feliz como todas, feliz porque tiene sus montañas, porque tiene sus ríos, sus cielos azules, sus mares y su poeta que le canta eternamente.

He aquí otra seña brillante en el espacio y en el tiempo que nos dá el rumbo de la dicha, de la dicha donde impera la llama del espíritu. Alfredo Espino, por qué no decirlo, está allá a pocos pasos de la eternidad, como un índice cauteloso.

En el Uruguay, como ya lo hicimos ver, se levanta otro pino sonoro, en la lira americana. En aquella tierra de gauchos y de pampa, nació el brujo de la metáfora, el poeta que puso la nota de escándalo en la poesía standard de este continente y del resto del mundo con la manera de usar sus adjetivos; un poeta singular, extraño; fué él quien dijo, ojos musicales; cielos verdes; admitía el ganado azul bajo una tarde encantadora, emocionada por el estruendo del río.

Puede decirse de Julio Herrera Reissig que siendo un anarquista en el color y sonido poéticos, esencialmente poéticos, vivió encerrado, sin merecer aplausos de las montoneras literarias, de la vulgaridad intelectual de su tiempo, en la torre de su orgullo. Y es que para internarse en un espíritu superior, como su espíritu, para interpretarlo, mejor dicho, se necesita de grandes recursos intelectuales, se necesita tener una sensibilidad superior, ser delicado, mantener en vilo la «conciencia de la conciencia».

Dice que «tirita entre algodones húmedos la arboleda, que la cumbre está en un blanco éxtasis idealista, que en brutos sobresaltos, como ante una improvisada emboscada, el torrente relinchando rueda y que la mañana ha llegado a la tierra con mirada amatista». ¿Qué puede encontrar en este mundo lírico el crítico a la manera de Balbuena, el crítico

que recurre a la pedagogía, que recurre a la severidad de la lógica dicha en textos de escritores mecánicos y comerciantes? ¿Qué puede encontrar uno de esos científicos que repiten las teorías aprendidas en libros y que en conocimientos admiten el símil del arroyuelo que corre a ras de tierra, sin profundidad, como es lógico, faltándoles muchas veces la claridad misma, la sencillez, camino del éxito? Un crítico de estos dirá: no es posible que hayan ojos musicales; no es lógico decir: soñé que te encontraba junto al muro glacial donde termina la existencia.

Por estos motivos, por su modo de salvarse de la vulgaridad poética de aquellos y de estos tiempos, Julio Herrera Reissig vivió en el reino del silencio, en el reino donde la tosquedad, la vulgaridad del elogio no llegan. Dichoso, mil veces dichoso: el espíritu curioso cuando lee su poesía se detiene, se arroba ante la altura, se arroba ante un abismo iluminado por raras luces; allá en la altura hay música nunca oída, allá en la hondura, hay luz también ignorada. Así es el alma del poeta.

Los recitadores, los payasos, los que se alimentan con las rosas muertas que dejan a su paso los poetas honomatopéyicos, en el jardín de Herrera Reissig no encuentran campo propicio, es algo que no alcanzan. Y así pasa con la poesía de Juan Ramón Jiménez. Pocas veces su música celestial baja al circo.

Por todo esto, por eso, vale la pena preguntarse: ¿de qué remota estrella cayó en esta tierra el alma de Julio Herrera Reissig? ¿De qué paraíso lírico ignorado nos ha llegado este orfebre delicado y caprichoso del verso, cuyo canto a veces regala ale-

grías, otras infunde temor, otras deja entrever el lindero de la locura a los espíritus?

No es satánico. No viajó nunca en los robledales de Poe, no anduvo entre la fronda lírica de Hugo, no tremoló banderas en favor del imperio nietzchano, ni se asió en sus naufragios al simbolismo del Dante; jamás militó en vanguardias, ni buscó reductos para ocultar su temor; de ninguna manera: Julio Herrera Reissig vino solo, anduvo solo, se fué solo y solo, haciendo de la eternidad su propio pedestal, nos hace una seña, con una seña de fuego misterioso nos muestra el camino.....

Pasarán mil años. Nuevos trinos se oirán en la selva americana. Montoneras intelectuales caerán segadas como trigos por la hoz del tiempo, mas Julio Herrera Reissig estará allá en su pedestal, intacto. El poeta lunático, el de la riquísima locura, el loco tocado por la mano de Dios, el poeta ilógico dentro de lo lógico, vive y vivirá tranquilo viendo el propio paisaje de su propia obra sin importarle la de otros.

¿Interesa a nuestro público, a ese público estudioso la fecha en que nació un poeta, un filósofo, un escritor? La contestación es afirmativa. Interesa conocer de este hombre todos los detalles de su vida. El lugar de su nacimiento, de qué tronco, de qué árbol humano viene. Donde hizo sus estudios, quiénes fueron más o menos los maestros que influyeron en su vida de estudiante, etc., etc. Para un historiador todos estos datos son de vital importancia. Todo esto constituye rico material para construir o seguir construyendo la historia misma. Pero ahora tales apuntes se quedan para mejor oca-

sión, más interesa presentar el mundo psíquico de cada uno de los poetas que desfilan en este viaje intelectual.

Por consiguiente, cabe la pregunta: ¿fué Julio Herrera Reissig un obrero de la retórica? Claro que no. Y así que es justo ponerse de acuerdo con Carlos Roxlo cuando da a entender en su estudio en torno a la personalidad del poeta, que sus obras, sus poemas, sus sonetos sugestivos, no valen por el ruido metálico de las palabras, ni por lo expresivo de las imágenes, ni por eso que ha dado valor transitorio a muchos portalirras, el relumbre de los joyeles bien pulidos, sino por algo inexplicable al verbo y que deja en asombro al espíritu del lector. No es plástica la belleza de su musa, no encierra ese carácter plástico como la hermosura del mármol; no es su verso belleza sin sangre, flor bien hecha y sin aroma, no es planta recortada de un jardín exótico, producto de la civilización, sino agua tornasolada por la luz de su alma sin nombre, llama vertical alimentada en la hoguera de su corazón. Selva hecha de sueños eternamente musical, donde cuaja el fulgor de una luna que no conocemos.

Y los versos de Julio Herrera Reissig no son impecables, pero son mundos maduros en pensamientos y en emoción. Sutiles son en todo. Por eso ni son para el circo de los recitadores ni para que tengan un lugar predominante en el establo de la crítica cientista. Son versos para leerlos con el alma en vilo.

Y como el poeta es algo raro y desconocido, damos para los niños de escuela el apunte final: nació en Montevideo en 1873 y su apellido

era ilustre en el Uruguay. ¿Su muerte? Poetas como él no mueren nunca.

A grandes rasgos, haciendo síntesis, he hablado de tres poetas. Tres paisajes literarios de América que participan justamente en el panorama ya inconmensurable de la literatura universal. América, como todo el mundo sabe, cuenta con muchos escritores, poetas y artistas. Con todo, tres están presentes en este viaje de la idea.

Y estoy colocado frente a un altísimo y sencillo poeta español. José María Gabriel y Galán. En las antologías, en revistas, periódicos y diarios de estas tierras no figura con frecuencia, como sucede con otros poetas de poca monta, la firma de aquél cantor del ambiente rural de Castilla. Acaso conocen su obra los literatos de oficio, pero no así el público pseudo culto, aun cuando la obra de Gabriel y Galán es para que llegue al conocimiento y corazón de todos.

En José María Gabriel y Galán, se resume aquello: él canta como las aves, él canta porque Dios quiere. Ninguna similitud con los otros grandes poetas de su patria y de otras partes de Europa. No posó su planta lírica en los caminos de Fray Luis de León, ni llamó a las puertas líricas de Meléndez Valdez; oyendo su ritmo inefable que viene de los sitios ignotos del alma, donde anida la verdadera poesía, la poesía que no ha sido definida por los sabios, cantó profundamente a los campos de España. Cuando se leen los poemas de este singular poeta, el alma se baña en sinceridad castellana. Todos sus poemas son el traspunto de la vida campestre española,

y si los ojos no han copiado el paisaje directamente, leyendo lo que escribió Gabriel y Galán, se llega a la feliz ilusión de que se ha ido por los campos de Castilla, que se conoce a las campesinas de aquella hidalga tierra tan rica y dichosa.

En Gabriel y Galán las modas literarias encontraron las puertas cerradas. Pasaron lejos de su espíritu y él se dedicó a forjar poesía en el hogar campestre, a cantar amorosamente el terruño.

En la monumental obra de Julio Cejador y Frauca, titulada «Historia de la Lengua y Literatura Castellana», la labor literaria y artística de Gabriel y Galán es objeto de extenso capítulo y por boca del crítico más documentado e inconforme de España, se sabe que anduvo por los laberintos de la erudición y que aún conservó intacto, impecable su estilo que no traicionó nunca. Gabriel y Galán en verdad fué poeta sincero con el pueblo y consigo mismo.

No fué artificioso. No hizo versos con material viejo, con palabras de son metálico para deleite únicamente del oído. No estropeó el bien decir para llegar a conquistar admiradores. Moduló, sin llegar a la deformación chocarrera del idioma, los decires de los campesinos; fué su canto la simulación de un río cristalino y profundo, cristalino en la claridad de la exposición, profundo en la sinceridad que puso en la palabra.

De un rincón de la memoria saco este pasaje de mis lecturas lejanas: «Este poeta (refiriéndose a Gabriel y Galán) tan español, pero pegado al terruño, consiguió lo que no han logrado otros vates de tronío y campanillas, que han sido minis-

tros, grandes cruces académicas de todas las Academias, pero a quienes al morir no les llora sino su familia. De hijo la madre patria debiera sentir la pérdida de hijos ilustres; pero es acaso cuestión de ambiente, y en Madrid los muertos van a prisa, y la literatura, si bien se examina, solo interesa en alto grado, a los que la hacen.»

En su poema EL AMA hace saber que aprendió en el hogar en que se funda la dicha más perfecta, y así pudo ser como su padre era, así también buscó una mujer como su madre era entre las hijas de su hidalga tierra. He aquí todo un mundo de sabiduría.

Y la firma del poeta no aparece en las encumbradas antologías, ni en las escuelas públicas, que es donde debe predicarse la dicha más perfecta en que se funda el hogar, se recitan los poemas de Gabriel y Galán.

La ciencia pedagógica ha inventado para conocer la tierra en todos sus detalles, para conocer la potencialidad económica de cada nación, para conocer la capacidad del trabajo de los pueblos, la geografía comercial, la geografía agrícola, la geografía etnográfica, descontento por sabido que está, la clásica geografía que se concreta a demostrar, hasta en sus menores detalles, los continentes. Esto implica los adelantos de la enseñanza y sólo hay que lamentar, pero lamentar profundamente, la poca atención que se ha puesto en eso de que los hombres deben también considerar el valor de los países en relación a sus artistas; esto daría lugar, a la iniciación de la geografía del espíritu.

Estamos hablando en torno de José María Gabriel y Galán, poeta na-

cido y formado en España. Conocemos más o menos sus producciones artísticas y con ello nos queda una idea de lo que es el terruño donde él vivió y cantó. En el alma del poeta, en sus composiciones se transparenta la idiosincrasia, las costumbres, la tradición del mismo pueblo del cual formó parte. Y la tarea de dar a conocer al pueblo esta clase de hombres con sus obras no sólo corresponde a las escuelas públicas, sino también a las universidades.

Tenemos el caso de Poe, el poeta que más nombre en el mundo de las letras y de la poesía le ha dado a los Estados Unidos. Nosotros sólo conocemos a Norte América a través de su poderío en las armas, en las industrias y en sus finanzas las que casi están tocando los límites de lo fabuloso, pero no sabemos de sus poetas, pensadores, pintores y músicos. ¿O será posible que sea sobre la tierra el único país que no cuenta con una tradición artística e intelectual?

En Gabriel y Galán encontramos un aspecto interesante de España. Esta tierra de héroes cuenta con rica tradición literaria y conociéndola, aunque sea de un modo sucinto, se conoce la patria espiritual, la patria que no muere jamás; así es como perdura la Grecia de Homero y perdura la Grecia de Pericles. Ayer, ahora y para la posteridad el nombre de España vibra y habrá de vibrar en el corazón de las generaciones, en las historias y archivos, por el libro inmortal «EL QUIJOTE», por lo que escribió Baltasar Gracián, el padre que por cada palabra que dijo y trasladó al papel, destilaba pensamiento para guardarlo en las arcas

sagradas del corazón o para templar las almas. Al decir Francisco Quevedo salta el recuerdo de una España altamente intelectual. Quevedo, el erudito, el irónico, el poeta, el imponderable latinista, hombre que por su saber múltiple los reyes muchas veces soportaron el estilete de su ironía inimitable. ¿Podrá olvidarse el mundo, después de dos mil años, a estas épocas, de la España de 1856? No. Nació en esa fecha Marcelino Menéndez Pelayo. Las manos de este varón ilustre, guiadas por su cerebro tan rico y tan singular, escribió y ordenó en libros primorosos y amplísimos, toda la Historia literaria de España. Si a Lope de Vega y Carpio le llamaron monstruo de la naturaleza, a don Marcelino bien se le puede calificar como el monstruo único de la erudición. Y la historia de España registra centenares de nombres ilustres, hijos suyos, cuyas obras no dejan ni dejarán perecer su nombre. En este registro figura con grandes relieves el nombre de José María Gabriel y Galán.

Y aceptemos esta conclusión: las patrias no se eternizan más por sus guerras de pueblo a pueblo, o internas, entre hermanos; no se eternizan más en el tiempo y el espacio a través de sus finanzas; se hacen más visibles en el concierto universal, dignas y respetadas, por sus grandes músicos, por sus poetas, por sus pintores, etc., etc. Estos elementos, indispensables en la vida, son, indudablemente, la prolongación de las naciones mismas a través del tiempo.

Hablemos de Cervantes y hablemos de España. Hablemos de Fray Luis de León y hablemos de España. Si hablamos de Góngora ya es-

tamos hablando de España. Si hablamos de Gonzalo de Berceo ya estamos cerca de la España legendaria que nos legara tantas enseñanzas, tantas cosas útiles. Si hablamos del padre Feijó, mar insondable de la sabiduría, estamos hablando de España.

Un niño, una mujer del campo, un maestro de aldea, el obrero, no conocen el nombre de "Miguel de Cervantes Saavedra", pero si conocen el título que lleva un libro inmortal «EL QUIJOTE». Esto quiere decir que la obra eclipsó al autor, que el libro en mención lleva tanto esplendor, tanta luz, que en fuerza de ese mismo esplendor, de esa misma luz, relega casi al olvido a quien lo trajo al mundo y habla por la lengua de Castilla, por la patria española. Sin embargo, Cervantes es el hombre de España. Si Cervantes volviera a la vida lloraría la traición de su grande hijo, el hijo de su espíritu y de su mente, y es que le ha vuelto las espaldas para meterse en el corazón de la Humanidad. ¿Por qué sitio de la tierra, por qué rincón del mundo no suena el nombre «DON QUIJOTE»? Mientras tanto, el nombre del autor, la vida del autor, tan llena de peripecia, tan turbulenta, la ignoran muchos. Su hijo va adelante en el conocimiento popular. Tanta vida le insufló en sus páginas que en nada se parece a los otros libros, que si son robustos y han conquistado fama, no pisarán nunca las huellas del hermano, él va muy adelante; muy pocos libros habrán de alcanzarle en fama y sabiduría. «La Galatea», «La Ilustre Fregona», «Rinconete y Cortadillo» son obras de renombre y «La Ilustre Fregona» está considerada por la crítica como novela ejemplar. El ilustre cervantista, don

Francisco Rodríguez Marín, al prologar esa obra, hace ver que no todas las obras literarias de Cervantes merecen el calificativo de magistrales, pero sí, en ellas, se asoma la garra del león, afirmando que en algunas, desde el principio hasta el fin, y las otras, en un pasaje, en unos rasgos, en unas palabras. Y como queriendo salvar la obra que prologa, declara que aún los mismos enemigos en letras de Cervantes, no pudieron evitar el elogio, quienes dejaron escrito para la posteridad que las novelas de Cervantes debían de considerarse como maestras en su género.

Con todo, EL QUIJOTE no cabe en este paralelo. Ha llegado a tanto su fama que para las personas que hablan el idioma castellano consideran que solo hay dos grandes libros casi indispensables en la cultura del hogar y en la cultura de la vida: LA BIBLIA Y EL QUIJOTE. Y cuando este falta, falta a la Biblia su bello complemento. Cervantes nos da aliento para leer, para llegar hasta los grandes maestros.

Pero bien, si hemos dicho que EL QUIJOTE goza de fama como quizá no hayan dos libros más que le igualen, conviene decir algo de lo que tanto han dicho de su autor, el príncipe de los ingenios. Hay tanto que decir de Cervantes, tanto se ha escrito en torno de su vida y sus obras, que quizá la existencia de un hombre no es suficiente para conocer semejante acunto y no muchas inteligencias se aventuran hablar algo original del ponderado e ilustre Manco de Lepanto, empresa muy difícil de realizar. Cervantes habla por España.

Y la mezquindad muchas veces hace que la justicia se esconda, pero

ésta no se esconde eternamente, llega, y llega, en la mayoría de los casos, en su tiempo, dándole paso la misma envidia, la misma injusticia; en algunas ocasiones el enemigo, al convencerse de la verdad, repite: «dad al César lo que es del César».

Así pasó con Cervantes, según lo anotan sus numerosos biógrafos. Los escritores mediocres, los políticos que en más de alguna vez sintieron la cáustica ironía del insigne novelista, hicieron ver en él un ente peligroso, un elemento malsano, de ideas ponzoñosas para la tranquilidad del reinado. Cuando por estas intrigas no iba al calabozo, a la inmundicia y negra cárcel, se conseguía siempre que se le menospreciara y su aislamiento de la sociedad pudiente. Así, pues, el padre de DON QUIJOTE no gozó mucho de este paraíso terrenal, aun cuando era merecedor de todas las comodidades, de las más altas consideraciones. La nobleza de España en aquellos tiempos no fué del todo indiferente con el príncipe de las letras castellanas. Haciendo poco caso de las intriguillas palaciegas, Cervantes, en más de una vez fué objeto de la distinción del oficialismo. Pero pocos fueron estos favores si comparamos los suplicios a que estuvo sometido tan distinguido poeta y escritor.

Y si Cervante había sido señalado por el destino para que diera nombre a España con su brillante pluma, también tuvo la suerte de complementarse como Dios manda, al empuñar las armas para defender la integridad de la patria amenazada en su idioma, en su religión y el arte. Le vemos ir con las fuerzas de mar para tomar parte en la famosa batalla de Lepanto; allí pierde un brazo y después pierde la libertad

permaneciendo preso por mucho tiempo en Argel. Recobra su libertad y sigue haciendo libros para hacer inmortal su nombre y el de España, y sigue también su viacrucis.

Han corrido los años. España en su estructura política, económica y social ha sufrido cambios muy notables. El mundo los ha contemplado asombrado; han desaparecido reyes, colonias, príncipes, menos el príncipe de las letras castellanas. El sigue ejerciendo su imperio, y de allá, de su pedestal, nadie podrá derribarlo. Su imponderable libro habla por España.

Pero Cervantes, con todo y que deslumbró al mundo de las letras y despertó la envidia entre los de su oficio en su tiempo, parece que más le sirvió lo que se aprende en la universidad de la vida que lo que pudo aprender con los universitarios de Sevilla, si es que las cavilaciones de los historiadores han acertado al suponer que oyó las voces de los académicos en las aulas universitarias, el olímpico cielo de estas tierras donde se alcanzan los más grandes honores, el pasaporte de la gloria. Dan cuenta sus biógrafos, sus panegiristas, de sus fatigas y sufrimientos en la edad de la infancia. Siendo hijo de un pobre hidalgo, éste, de profesión dentista, apenas ganaba para el sustento de sus siete hijos; y soportando privaciones sin cuento, vagaba de Alcalá de Henares a Valladolid, de Madrid a Sevilla. Así, pues, el pequeño se fué haciendo a todas las amarguras. Su alma se fué forjando bajo los golpes de una inmutable y dolorosa fatalidad.

Desde niño estuvo en la experiencia de los sufrimientos. Toda su infancia fue un constante y penoso

errar de pueblo en pueblo como su padre. Y así modeló su corazón de hombre, así saboreó todos los sinsabores que da la pobreza, así, peregrinando constantemente, venciendo dificultades, entre la realidad de la vida, Cervantes fué atesorando conocimientos, fue afirmando sus ideales, sus sueños, hasta que un día se sintió dueño de sí mismo y se mantuvo único, dueño absoluto del imperio de su yo. Nadie como Cervantes ha dado tan hermoso ejemplo de hombría.

Libros enteros se han escrito en torno a la vida de Cervantes. Y cuando el tema pareciera agotarse surgen nuevos estudios enfocando otros aspectos que llaman poderosamente la atención del público culto.

Antaño, hace tres o cuatro siglos que apareció «EL QUIJOTE», vieron en la personalidad de Cervantes, más que todo, la exaltación del humorismo. Y esto fué mucho si se toma en cuenta que en 1604 Lope de Vega escribió lo siguiente: «ningún poeta hay tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a Don Quijote.»

De niño sufrió hasta lo indecible, si es que en la infancia no debe de haber mayores penas, toda vez que los niños sobre la tierra significan la sonrisa de Dios. Posiblemente fué el niño más desdichado del mundo, pues no conoció las comodidades del hogar paternal y no porque su padre así lo quisiera, sino porque el destino, el fatal destino, dictó tan duro mandato.

Para la juventud presente, para las generaciones que vengan, aquí en América, allá en la intranquila Europa, en el Asia atormentada, en todos los pueblos del mundo, la vida de Cervantes encierra grandes ense-

ñanzas. Ni la pobreza aguda y crónica; ni los reveses en sus luchas cuando pensaba primero conquistar fortuna con su brazo de soldado y después con su pluma dinámica que en la paz aterradora de una cárcel escribió un libro inmortal, ante ningún obstáculo, torció sus ideales. Un día se dedicó de lleno a la profesión de escribir, profesión que, ayer como hoy, migas rinde a quien la ejecuta y mucha pitanza a los comerciantes de la literatura hecha en diarios, revistas o libros; ejerció Cervantes, de modo excelente, el divino oficio.

Como ciudadano, como español de pura cepa, en cuanto a dignidad se refiere, como valiente entre los valientes, se perfila en la batalla de Lepanto donde perdiera un brazo, honra de la diestra. Y luego buscadlo en la cárcel; allí, al amparo de un rayo de sol filtrado por la felicidad de una rendija, escribe y escribe, de donde sale el Ingenioso Hidalgo de la Mancha, el espejo limpio y fiel en que la Humanidad se mira todos los días.

Y los que en la actualidad se dedican al ejercicio de las letras tengan presente lo que sigue: Cervantes, siendo como fué, recibió del magnate apenas el subsidio como una limosna; Cervantes debió más sus sinsabores a los hombres que a su mala suerte; Cervantes por su obra maestra recibió en vida escasos aplausos, las salvas de aplausos, los legítimos aplausos, ya no los oyó.

Conforme avanzan los siglos la fama de Cervantes habla por su España y mientras aquellos que lo mortificaron y le dieron las migas del banquete, dejan gloria efímera, él, todavía, y quién sabe cuando termine, va marcando en el tiempo una

trayectoria luminosa y ascendente: ¡Ya es tiempo de gritarle al QUIJOTE: estás muy lejos de nosotros, espera a los hombres que van solos en esta desolada penumbra de la vida.

Francia se prolonga indefinidamente en Víctor Hugo, la fro:ida lírica más robusta que floreció en el siglo XIX; Alemania se eterniza en Goethe; Rusia llora y medita con su Fedor Dostoiewsky; Italia se enorgullece hasta el delirio por su Dante; Inglaterra cobra personalidad en Shakespeare; y España levanta muy en alto EL QUIJOTE, su libro inmortal.

No se eterniza la violencia. No se eterniza la tragedia de los déspotas. Y los héroes, los grandes hombres que dan brillo a la tierra amada derrotan con sus obras y sus hechos perfectos y eternos, a la muerte. Ellos espiritualmente siguen gobernando la vida.

Tiempo hace falta y también alientos para detenernos y extendernos en este viaje intelectual. Son tan altas las cumbres que el alma de los mortales duda ascender hasta las cimas. Al contemplarlas a la distancia, fijo en ellas el espíritu contemplativo, se entra como en una pesadilla: se viene encima una montaña. Y si se sueña que se ha llegado a la cúspide, al vértice, el mismo sueño da el vértigo del abismo, del abismo lleno de resplandores misteriosos. Tal Víctor Hugo, tal Shakespeare, tal Fedor Dostoiewsky, tal Miguel de Cervantes, tal el Dante, tal Goethe, los que responden por la cultura helénica y por la latinidad misma.

Y ahora por venir de quien viene, porque está escrito en el idioma que hablamos, porque EL QUIJOTE va por los caminos de la eternidad casi besándole las plantas a Je-

sucristo, diré algunos conceptos que si no son nuevos, trataré de repetirlos con toda la sencillez que me sea posible.

Las personas que solo saben leer y escribir para matar el ocio, por simple regocijo; que no leen con deleite crítico o con la necesidad de llevar algo muy útil a su mente, al leer EL QUIJOTE solo hallan en sus páginas un campo de entretenimiento y de risa. No se dan cuenta de que Cervantes, sabiéndolo o intuyéndolo, quiso con su libro enseñar deleitando a la humanidad. He aquí una de las grandes virtudes del hombre intelectual: enseña sin la austeridad del dómine, del magister-dixit, sin esa imponencia que en muchas ocasiones oscurece el juicio.

En cuanto se entra a la lectura de EL QUIJOTE se recibe la frescura de un estilo limpio, un estilo tan claro, que la mente del lector no tiene donde perderse, siempre que haya leído más de lo que le obligaron a leer en la escuela pública a regañadientes o atizada la voluntad por la cruel palmeta del severo pedagogo.

«En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.» Ni un adjetivo menos y ni un adjetivo más. Musical desde el principio hasta el fin es el libro.

Paul Groussac, francés de origen, que hizo de la República Argentina su segunda patria, maestro y escritor, polemista y crítico al hablar de la calidad del QUIJOTE como obra literaria, dice que es más la grito de los cervantinos que el valor intelectual positivo del referido libro. Acusa a Cervantes en la obra de referen-

cia, de escritor pobre de estilo, y agrega qué razón tuvieron sus contemporáneos de llamarle ingenio lego. Al crítico Groussac, aun cuando está conceptuado como intelectual de campanillas, modestamente se le puede decir que no está en lo cierto y que sus lanzas se quiebran contra una columna de diamante que es la personalidad de Cervantes.

No sabemos a qué llama Groussac estilo pobre. Cervantes, precisamente, en su estilo inimitable, encuentra el pilar más fuerte de su fama. Cuando describe algún personaje lo hace con tanta claridad y precisión, sin salirse de lo ameno, que un pintor al leer u oír leer, quizá pueda trasladar al lienzo la figura descrita. He aquí, pues, esta condición que debe aprovechar el lector del QUIJOTE para enriquecer su mente o mejorar, si desea escribir para vivir de la pluma, la agilidad de su intelecto y la gimnasia de su inteligencia.

Ciegos han sido los críticos cuando han querido llevar mengua al mejor libro que se ha escrito hasta hoy en España. Gregorio Garcés, al indagar las excelencias del castellano, declara que Cervantes es quien más ha enriquecido la lengua de Castilla.

Y al admirar el caudal de voces que Cervantes empleó en la construcción de sus libros, no debe tomarse en cuenta únicamente la cantidad de palabras, sino también la calidad del caudal, caudal que jamás fué mal empleado por la mano del maestro.

Son muchos los aspectos que hay que considerar en EL QUIJOTE: humorismo delicado, correcto manejo del idioma, elegancia en la prosa, estilo sonoro y límpido, desnudo éste de los oropeles de los adjetivos

forzados que más contribuyen a la fealdad del escrito que a darle mérito y simpatía.

Y finalmente, a través de polémicas, de discusiones sin cuento, se ha llegado a esta feliz conclusión: EL QUIJOTE es el espejo de la Humanidad.

Pero antes de llegar a Cervantes está una figura ilustre, una figura que da lustre al clasicismo español. Es Gustavo Adolfo Bécquer, el poeta que vivió orgulloso de su melancolía, el que exprimió su corazón hecho de rosas, en cada uno de sus originales versos, sus versos que vinieron al mundo fluidos, maravillosos, todo ellos ajenos a la simulación.

Quien no haya leído a Bécquer no conoce la tristeza en el alma sincera de un gran poeta. Hace ciento treinta años vino al mundo, nació en Sevilla, cuna de celebridades en el arte español.

Apasionado poeta fué Bécquer; dentro de la poesía él se consideraba en su elemento. La poesía para Bécquer era indispensable, la consideraba como el agua, el aire y la luz.

Podrá no haber poetas, pero por sobre la vida de la tierra, por sobre la misma muerte de la naturaleza, habrá poesía. He aquí revelado su temperamento y su credo. En estas pocas palabras Gustavo Bécquer, arrebuñado en su tristeza becqueriana, da la nota más sincera de su vida.

Como los grandes hombres que nacieron para el bien y para el dolor, llevó vida de penurias. La pobreza, la madrina de los que traen mucha luz en el cerebro y mucha bondad en el sentimiento, fué la compañera inseparable de Bécquer.

Delicada y extraña sensibilidad hay en todo lo que escribió el poeta

sevillano. Hizo buena prosa; y sus lectores los consiguió mucho más después que abandonó este mísero mundo.

«Volverán las oscuras golondrinas», es verso que pronuncian millones de seres que hablan el idioma en que cantó Berceo.

Hay otro poeta esencial en la vida e historia española: Fray Luis de León. Perteneció al siglo de oro. Fue maestro en teología y por oposición ganó la cátedra de Santo Tomás, y habiendo externado opiniones contrarias a ciertas teorías eclesiásticas, pasó a Valladolid por mandato de la Superioridad de entonces y días después fué preso en Salamanca. Así habla Ruiz Salcedo de su obra, en LA LITERATURA ESPAÑOLA.

De este altísimo poeta, al igual que Cervantes, la crítica se ha ocupado extensamente y muy poco campo queda por llenar respecto a su personalidad artística y literaria.

Pero todavía cabe recordar un pasaje muy significativo: cuando hubo recobrado su libertad entró en Salamanca entre manifestaciones del pueblo. Fué objeto Fray Luis de León de una calurosa y sincera acogida por cuenta y riesgo de los habitantes de la ciudad, sin distinciones de ninguna especie. Esto lo llenó de mucho contento y con la paciencia y humildad que lo caracterizaba volvió a sus labores universitarias. Ejerciendo el magisterio fué un abnegado maestro y sus enseñanzas rindieron brillantes resultados en la cultura española.

Azorín al hacer el panegírico de él, sostiene que es uno de los más delicados poetas de España y sus

composiciones las cita como modelo de sinceridad y agrega que contienen verdadera emoción.

Numerosos poemas, por su naturaleza, por el aliento poético que los anima y siendo, según la opinión de los críticos, el poeta sin artificios, fueron vividos y escritos en la cárcel. Su alma, sus intenciones. Todo él, humilde por excelencia, vivió enamorado de la vida del campo. El decía: «Qué descansada vida la del hombre que huye del mundanal ruido para seguir la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido».

Ese fué su anhelo. Vivir en la tranquilidad de los campos, hermanado con los hermanos lirios, oyendo el canto de los pájaros, dialogando con las estrellas en las noches serenas. Sin enturbiarse el pecho, sin mezclarse con los hombres de la ciudad, haciendo mejor existencia bajo el techo campestre que en la sombra de los palacios suntuosos, donde manda la hipocresía y la envidia tiene su reino, quiso vivir...

Vida pura fué la del poeta salmantino. Hizo honor a sus ideas y por ellas se vió en la cárcel inquisitorial de Valladolid.

Sus poesías han sido divididas así: Poesías originales, traducciones de poetas clásicos y traducciones de la Biblia. (Salcedo Ruíz.) Por cada poema que escribió Fray Luis de León se han escrito incontables juicios, tantos que no alcanza el tiempo del descanso para leerlos.

Y como los imperecederos poetas, como las robustas inteligencias, como gran maestro, como clásico auténtico, su nombre no se apagará nunca. Es hombre que le pertenece al tiempo. Es honorable ciuda-

dano del mundo. Desde los tiempos cuando dió la maravilla de su canto, se levantaron escuelas literarias, teorías nuevas, teorías revolucionarias del arte y de la poesía; surgieron filósofos y pensadores con proyecciones a modificar lo establecido, con todo esto, la personalidad del poeta se mantiene y mantuvo intacta, toda ella pura. Es el mirador más alto quizá para entrever la iluminada figura de Virgilio.

Y esto es la única recompensa que reciben los grandes hombres: la posteridad los respeta y muchas veces los premia,

Y al dar estos cortos apuntes en torno a Fray Luis de León, ya estamos columbrando en los lejanos horizontes del recuerdo otra suprema cumbre; la voz sonora que repercute en los siglos, es la voz precursora de la poesía de España, es la figura del Cid Campeador o Rodrigo Ruy Díaz de Vivar, nacido a mediados del siglo XI.

En la nebulosa de los tiempos parece perderse la figura egregia de este personaje, pero parece perderse cuando no se han encontrado las verdaderas fuentes de información. Los eruditos, los que se dedican con empeño sin límites, con el tesón y la fe de un profesional del estudio del pasado literario de España, son quienes han encontrado la verdad histórica sobre este asunto de tanta importancia para los pueblos, más para los pueblos que han heredado el idioma, la religión y hasta la sangre del aquel país que en pretéritos tiempos fué grandioso, descubrió y conquistó un mundo nuevo. Un hombre de pocas luces, no un hombre poseedor de muchos conocimientos, pero amigo invariable de la cultura, es justo que se pregunte: Quié-

nes fueron, o quién fué el creador o los creadores de los primeros poemas de España? Los historiadores, los que hacen tanto bien a la humanidad escudriñando con paciencia benedictina el pasado, a ellos es dable decir tales verdades; llenar tales necesidades de cultura.

El escepticismo sobre la existencia de Ruy Díaz de Vivar, por parte de personajes de alto coturno intelectual, ya se ha manifestado. Tanto ha sido el escepticismo, que la figura del Cid Campeador ha cobrado tintes de un personaje de leyenda, como sucede con Homero, a quien juzgan un nombre más en la mitología griega.

Montoliú apunta al respecto: nació a mediados del siglo XI; fué armado caballero durante los últimos años del reinado de Sancho II, el cual encontró en él un magnífico auxiliar en sus guerras contra Dn. Alfonso y los demás príncipes, hermanos suyos. Sancho murió asesinado sucediéndole en el trono don Alfonso. La situación en que quedó el Cid no podía ser más delicada. Y este mismo crítico informa que el Cid fué derrotado y que así fué a buscar refugio en la corte del rey moro de Zaragoza, al cual ayudó en las guerras contra el rey moro de Lérida, protegido del Conde de Barcelona. Como estos datos hay muchos en libros de España, y los biógrafos e historiadores han sabido justificar la procedencia.

Siendo como apunta la historia, digamos con Montoliú, que Ruy Díaz de Vivar, y así también con Menéndez Pidal, otro explorador de archivos y mejor escritor, que Ruy Díaz de Vivar es la encarnación de España cristiana medioeval, y que en su vida se reflejan las mejores

condiciones particulares que caracterizan la España de aquel tiempo: la fragmentación del territorio en numerosos Estados, y la compenetración entre musulmanes y cristianos, la mezcla de leyes y costumbres romanogermánicas.

Salcedo Ruiz, Menéndez Pelayo, las enciclopedias antiguas y modernas y otros historiadores más, trasladaron estos datos a Montoliú, quien haciendo oportunos y brillantes comentarios al margen, pone más en claro el problema ya suficientemente discutido.

Así, pues, sobre la base de documentos, haciendo el análisis lógico de los acontecimientos referidos y contenidos en la Historia, se da por verídica la existencia del Cid Campeador. Por consiguiente, todo ribete de leyenda al respecto solo viene a engalanar la vida del poeta que está considerado como el árbol sonoro de profundas raíces en el alma castellana, el árbol que soltó los primeros pájaros, los primeros cantos de la poesía de España.

Los poemas suyos se conservan como los escribió. Así están en el castellano antiguo, el idioma que sabiéndolo gustar es como un vaso de buen vino, de vino añejo, vino de centenares de años.

Imaginémonos a la España del siglo XI. Evoquemos los pueblecitos sencillos de aquellas épocas de que nos habla la Historia y en uno de esos pueblos distingamos la sombra de un hombre madrugador, de rostro apacible pero severo: brazos fuertes y sarmentosas manos para manejar y empuñar bien la espada, el acero que en lejanos tiempos siempre se desenvainó para envainarlo con honra. Imaginémonos a aquellos tiempos, y a un hombre haciendo vida

tranquila en su casa de campo, donde escribe versos sonoros, los versos de la España cristiana y medioeval.

Tal como escribió sus poemas el Cid Campeador así se conservan. «Apríesa cantan los gallos e quieren quebrar albores». Así cantó Ruy Díaz de Vivar en su casa de campo. Era hombre madrugador, se levantaba para ver la caída del último lucero, el lucero en fuga del alba, para esperar la pintada aurora por los balcones del oriente. Era hombre madrugador y se levantaba cuando los gallos desenredan madrugadas de plata, tal como ha dicho un buen poeta de estas tierras.

El Cid Campeador cabalga en el lomo de los siglos. Por él la España de todos los tiempos no muere. El Cid Campeador se ha repartido en espíritu, como legítima herencia, en el corazón de cada español, en el alma de los inmortales clásicos españoles.

Y qué más se columbra en los horizontes del recuerdo? Allá está el cuadrilátero donde la loba simbólica amamantó el genio latino. Allá está Roma donde se levanta la llama de Virgilio. Roma, la tribuna ilustre de Terencio, de Lucrecio, de Horacio, del dulce Ovidio, de Séneca el trágico, de Juvenal el gran tribuno y el que manejó con mucha pericia la sátira.

Y allá está la Grecia con su mitología inconfundible. La patria del genio, la patria que dió ejemplo de sabiduría, ejemplo de heroísmos, venero inagotable de cultura. Para llegar hasta ella hay que evocar con

asombro a Pericles, al incontenible Alcibiades, a Temístocles y Aristides, el justo, combatiendo en la batalla de Maraton. ¡Oh el siglo de Temístocles!

Para llegar a la Grecia inmortal hay que penetrar en el siglo de Solón, el siglo cuando brillaron las leyes en todo su esplendor, cuando la justicia social hechó para siempre hondas raigambres en el corazón de los griegos. Fué entonces cuando empezó a reinar la equidad, cuando hubo paz entre ricos y pobres.

Descendía Solón de los antiguos reyes de Atenas. Solón cultivó la poesía y la cultivó hasta los últimos años de su brillante y batalladora existencia. En sus escritos se hallan himnos de alabanza de los dioses, diferentes rasgos propios para justificar su legislación. Todo lo que escribió se orientaba a forjar sobre bases morales la conciencia de los ciudadanos.

Y el carácter griego se forjó bajo la austeridad honrada de los hombres que la gobernaron. En Grecia las bellas artes alcanzaron las cimas más altas. Grandiosa en la guerra, grandiosa en la poesía, grandiosa en la arquitectura, grandiosa en la filosofía.

Y terminemos: la raza latina habla en Virgilio; la Grecia inmortal, habla por Homero. Los fulgores de estas dos grandes almas llegan por la gracia de Dios, hasta este mundo en que vivimos.

Y en Homero principia la luz. Más allá, en la periferia de ese mundo de luz, sigue la sombra.

J U L I O C E S A R E S C O B A R

Julio César Escobar a la Sombra de los Clásicos

Contesta don

AGENOR ARGÜELLO

El panorama literario de América nos ofrece, en los actuales momentos, un espectáculo de desorden. Es lamentable la confusión a que da lugar la trastornada orientación de los poetas. Hace falta probidad en las ideas. Se vive en constante deslealtad con la expresión íntima del ser. La poética no tiene dimensiones fijas. La imagen, como elemento constitutivo de la poesía intuye sin dignidad, despersonalizada, como efecto de complicados artificios. Una corriente de vesánia viene encenagando los campos que antes fertilizó una conciencia menos abstrusa del arte. Dalia Iñigues, gran recitadora, genial intérprete de la poesía de todos los tiempos, afirma que asistir a la actual exhibición poética de América equivale a presenciar una «feria de muestras», donde todos los productos, todas las calidades se entremezclan en una injusta promiscuidad.

El caso se explica únicamente por la desvinculación clásica de la hora. La turbamulta decadente quiere ver signos demagógicos en continuar la obra de los maestros que crearon con sus impulsos una cultura que el tiempo, lejos de destruir, no ha hecho sino acrecentar y fortalecer. Los nódulos clásicos, en el desfilar presente de los días, logran quebrar la resistencia de esos desatinos. Están haciendo presente su perennidad. Mientras lo cursi y lo ramplón, con limitadas excepciones, in-

vaden los más remotos ángulos de nuestra literatura, el sentido de la belleza equilibrada y justa recobra relieves actuantes, consiguando la calidad de sus esencias. Se diría que de tales extravíos se levanta un índice señalándonos una vez más el camino de los griegos.

Grecia volverá a ser brújula y guía y rumbo. Brisas de hélade galopan en el fogoso corcel de estos instantes. La hora es propicia a la meditación y al recogimiento. Se siente pasar un vuelo de alas, como prendidas a la luz de los días, como divinizadas por la cifra eterna del tiempo, como hechas mármol glorioso en el golfo sin horizontes de la eternidad. Vamos a officiar el rito sacro mientras Palas Atenea, borracha de legítimo vino de sus viñas, parece rezar salmos antiguos mientras un coro de poetas a la sombra de ausentes platanares canta música yámbica y por una hebra de luz renacentista viajamos a espigar rosas a los eternos jardnes anacreónticos.

Es verdad que España con el impulso glorioso de su aventura nos incorporó a un mundo sobre el cual ya soplaban en tumulto los vientos de una civilización superior, pero es a Grecia, a la Grecia genial y eterna, a la Grecia de las odiseas enormes, a la que debemos el doloroso placer de pensar. Grecia nos enseñó a pensar desde los minaretes de sus templos, acariciados por el resplandor de la sabiduría; desde la tribuna mu-

da de sus columnatas en oblación sin descanso ante Júpiter Olímpico; desde el Partenón, santuario de Atenas, casa santa, satélite del sol caído sobre la augusta tierra de la hélade gloriosa para hacer llegar su lumbré a nuestras más hondas honduras, aunque tengamos los ojos cerrados... Grecia nos enseñó a pensar con sus templos a Minerva, con sus peristilos de piedra, con su acrópolis como arrodillada en éxtasis magnífico, con sus pórticos bajo los cuales se siente desfilan las sombras de Sócrates o Alcibiades. Por entre ellos pareciera que los crepúsculos andan de puntillas para no despertar el sueño de los dioses.

Grecia nos enseñó a pensar porque Grecia ha sido maravilloso sol de cultura regando pródigamente los espermatos de su fecundidad sobre el mundo. De ahí que Julio César Escobar haya querido ofrecernos un festival helénico en su «En la Penumbra de los Clásicos», bajo los plataneros homéricos, entre música de trompetas y el chocar de las lanzas en los arneses de las cabalgaduras, listas a perpetuidad para la guerra.

Se ha escrito por allí que los clásicos vivían de espaldas al paisaje, estilizando la naturaleza hasta convertirla en un elemento puramente convencional. Eso no es verdad. Indudablemente ellos no se tragaron el panorama con toda su aterradora lucidez, pero siempre le supieron extraer sus células más vivas a la par de muy intensas emociones. No hay que olvidar como devino el movimiento literario que le presidió en el orden de los tiempos. El Renacimiento se hizo patente por la presencia lírica y épica de su poesía. El Renacimiento desató los potros fo-

gosos de la imaginación y abrió la rosa de los horizontes a todas las posibilidades del ensueño. La poesía renacentista fue ego-céntrica, como si el mundo todo girase en un impulso cósmico en torno al fuego creador de los troveros. Es así que uno de sus más sensibles defectos encaja en su falta de calor ecuménico, en lo extremadamente personal, en su tan honda carencia de sentido humanista, en la discreta explayación de sus poetas.

El Renacimiento fué un desequilibrio de la poesía hacia la vida interior, múltiplemente activa, con ritmo de emociones ególatras. En ese cuadro, dentro de ese panorama, irrumpieron fogosamente los clásicos, con un tropel de discernimientos que crearon al pensamiento y a la palabra fórmulas de control eviterno. Los clásicos sostuvieron la Elegancia porque la Elegancia la constituye una mayor cantidad de belleza dentro de otro tanto de sobriedad; evadieron los relumbrones ampulosos y se acodaron al ritmo en suave remanso de serenidades; jugaron con las metáforas pero en ángulos claros, de emoción desnuda de artificio, ajustada a pulcritud anímica y exquisitez verbal. El clasicismo, así, fué un inciso, un entre comillas, un paréntesis marcado entre una etapa desposeída de verdades humanas y permanentes, —el Renacimiento,— y el Modernismo, con sus cien distintas viñetas, enfermo de todas las enfermedades que pueden hacer efímera e inestable una literatura. De ese modo el clasicismo advino al gran laboratorio de la humanidad, para sentar las bases de una cultura que perdura en el tiempo y desenrosca sus proyecciones en la eternidad. Se puede decir que los

clásicos preñaron de posibilidades los sexos del Futuro. El clasicismo es la escuela literaria por excelencia porque hizo de la belleza razonada su baluarte. Por eso es imposible cultivar el intelecto sin la ayuda maestra de los clásicos. Todas las tendencias poéticas, aún aquellas de factura modernísima y esencialidad atrabilaria, tienen sus remotas vinculaciones con los mares profundos e ilimitados de la cultura clásica: son como esos grandes árboles majestuosos en medio de las regiones rocosas, cuyas raíces van serpenteando, adheridas a la esterilidad de las piedras, hasta vitalizarse en lejanas humedades. Poesía clásica es amplitud de vuelo, sentido consciente y ponderado de la Belleza Pura, fuerza de la imaginación vertebralizada de piedras preciosas, claridad del día aprisionada en imágenes y tropos, música y armonía en la catedral de los símbolos y, a la par de todo eso, fuego sacro en las pompas mentales, elasticidad turgente de las palabras, troquel armonioso del verso, fiesta de sonidos, con o sin sílabas contadas, con acentos obligados o libres, con medidas o sin medida, con pie didáctico o mutilado, pero, eso sí, con el oído eternamente despierto a la divina música, con el pensamiento alerta a las voces que hacen de todo plan un armónico concierto.

Es desde esa altitud, con los pies descansando sobre esa cumbre de la literatura, que os voy a hablar ahora de tres poetas de estirpe americana como son el nicaragüense Rubén Darío, el salvadoreño Alfredo Espino y el uruguayo Julio Herrera y Ressig.

Rubén Darío, a mi entender, es el más grande de los clásicos modernos

y es por eso, precisamente por eso, por su clasicismo evidenciado en la claridad de sus ideas, en sus palabras con alma y con música, en su musicalidad de pensamientos, que su poesía vasta, multiforme, oceánica, con reminiscencias homéricas circulándole en las arterias, logra penetrar con firmeza en el riñón de los tiempos. Darío rompió el envase contra la gritería de las ocas, pero mantuvo la pureza de la esencia, respirando, como a través de un aire mágico, el perfume de las antiguas rosas.

Afirmase que la obra fundamental de Darío, la más poliédrica y mejor creada es su «Cantos de vida y esperanza». Con él el gran chorotega le dió el más firme de sus empujones a las puertas de la inmortalidad. Sin embargo el reformador confiesa que al escribir «Cantos de Vida y Esperanza» ya había explorado, no solamente el campo de poéticas extranjeras, sino también los cancioneros antiguos, la obra, ya completa, ya fragmentaria de los primitivos de la poesía, en los cuales, —dice el gran poeta,— «encontré riqueza de expresión y de gracia que en vano se buscarán en arto celebrados autores de siglos más cercanos». Así, a través del cristal de la admiración de Darío por los clásicos, se justifica la presencia en su obra de más médula de la instrumentación hexamétrica griega o latina, seguro de que lo que nos hacía falta era un análisis más hondo y musical de nuestra prosodia.

El Darío clásico, clásico en la idea armoniosa y ordenada, surge en todos los ángulos de su obra. En «El Coloquio de los Centauros»:

*«En la isla en que detiene su esquiſe el argonauta
del inmortal Ensueño, donde la eterna pauta
de las eternas liras se escucha, Isla de oro
en que el fritón erige su caracol sonoro
y la sireno blanca va a ver el sol, un día
se oye un tropel vibrante de fuerza y armonía.»*

En la «Salutación del Optimista»:

*«Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!»*

En la «Marcha Triunfal»:

*Ya viene el cortejo!
Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.
La espada se anuncia con vivo reflejo;
ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines.»*

En «Canción de Otoño en Primavera»:

*Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver!
Cuando quiera llorar, no lloro... ..
y a veces lloro sin querer... ..*

Dónde, en qué momento de su obra, dentro de cual demarcación Darío rompe el orden arquitectónico en la exteriorización de la belleza? Sabe rimar con encanto, imaginar con gracia e innovar con felicidad pero sin desatinos, ni modos anarquizantes, ni creaciones negativas. Así corre su poesía siempre nueva y opulenta en su fantasía, siempre coloreada de matices espléndidos, pero sin penetrar a las medias tintas y nebulosidades de caóticos prosaísmos.

Darío es un enorme poeta crucial, en el que han hecho contacto de maravilla todas las tendencias y todas las escuelas a la sombra preclara de los clásicos. Llevaba música celeste en los oídos y por ello no urgó la técnica del verso para po-

nerse en evidencia. Su obra ebulle en su masa. Hay que admirarla detenidamente, por fragmentos, a retazos para internarse en sus absconditos sentidos. Vivió en eterno instante de producir con trascendencia. En su huerto juntó flores de todos los jardines: soñadores lotos índicos, impecables lysés de Francia, rosas de América, claveles de Andalucía, crisantemos de pompa asiática. Amó el amor pitagórico de los celestes números, la pureza de las líneas, el sonoro galopar de las cuadrigas y el relinchar de los faunos en orgías de sensualidad. Fue multifásico. por lo que ha llegado a ser multidivino. Por él desfilan las estatuas marmóreas, los bloques pentélicos, los bajos relieves en teorías de arte nuevo. Gran poeta lírico:

"La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?"

enorme poeta épico:

"Los bárbaros, Francia! ¡Los bárbaros, cara Lutecia!"

de raro y transparente misticismo:

*"Jesús, incomparable perdonador de injurias,
óyeme, Sembrador de trigo, dame el fierro
pan de tus hostias; dame, contra el sañudo infierno
una gracia lustral de iras y lujurias".*

fragante y luminoso en su subjetividad:

*"Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto:
y sufrir por la vida y por la sombra y por
lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos".*

paleta con todos sus colores para darnos el paisaje externo.

*"Es la mañana mágica del encendido trópico.
Como una gran serpiente camina el río hidrópico,
en cuyas aguas glaucas las hojas suaves van.
El lienzo cristalino sopló sutil arruga,
el combo carapacho que arrastra la tortuga,
o la crestada cola de hierro del caimán".*

y así de hondo, de inconmensurable, de múltiple, de alto, pareciera que Rubén detuvo la marcha del tiempo para que le escuchara. Después de su coloquio de los Centauros», de su «Sonatina», de su «Epístola a Madam Lugones», de su «Oda a Wilson» de su la «Marcha Triunfal» y de centenares de poemas más, todos ellos de llama apolínea, de fuego sacro, es poco lo que se ha escrito aproximado o parecido.

Pero hay que repetirlo, recio, muy recio; duro, muy duro para que lo

oigan las juventudes en desequilibrio: la obra de Darío vive y vibra a lo ancho de este siglo porque está atada por su cordón umbilical al prodigioso vientre clásico. La Belleza tiene su lógica, su razón, su conciencia y, sin esos atributos, la Belleza no es tal Belleza, sino un adefesio, una caricatura, un mamotreto.

* * *

En Alfredo Espino, traído por mí a vuestra presencia en esta oportunidad, hay otro poeta de po-

derosa estirpe clásica que debe su éxito a la pureza de su dicción, a la diafanidad de sus imágenes y a la profundidad y sencillez de su emoción. La poesía, para ubicarse en lugares de selección, debe emerger con irresistible impulso de las almas creadoras, con los ojos abiertos al paisaje. Tal realizó Espino, el dulce pájaro salvadoreño que enmudeció para siempre en plena juventud, cuando su estro empezaba a desdoblarse en canciones. Sus instantes fueron vívidos y sentidos, en fervor de excelsitud, junto a los claros manantiales del día. Como pájaros perdidos llegaron a refugiarse bajo el alero de sus horas y él, el poeta, les dió color de acuerdo con las vibraciones de su sensibilidad.

Al respecto voy a gritar aquí una que para muchos será enorme blasfemia: El Nido, «Ascención», «Los Pericos Pasan» y muchas otras com-

posiciones de Alfredo Espino, sobrevivirán, sobre las rectas y curvas del tiempo, a muchas de los Nerudas, Rosameles del Valle y tantos más que hacen cabriolas incomprensibles en el trapecio de la poesía actual.

La razón es muy sencilla: Espino es claro, es profundo, es emotivo. Su verso está signado por la elegancia clásica. Deviene con suavidad, serenamente, abstraído ante la vivencia de la naturaleza, que lo rodea, sin piruetas, sin payasadas, sin saltos. Su lectura refresca, tonifica, exalta. Si hay cerebralidad, que necesariamente tiene que haberla, ella está como escondida entre el frondaje de sus imágenes y, aunque se siente, no se ve. En Neruda o Rosamel del Valle, para no citar más que dos de los nuevos atormentados, ocurre todo lo contrario. Oigamos a Neruda en El Hondero Entusiasta:

*“Mas allá de esos muros, de esos límites, lejos,
Debe pasar las rayas de la lumbre y la sombra.
Por qué no he de ser yo? Grito. Lloro. Deseo.
Sufro. Sufro y deseo. Cimbros y zumban mis bondas.
El viajero que alargue su viaje sin regreso.
El hondero que frice la frente de la sombra.
La flecha, la centella, la cuchilla, la proa.
Grito. Sufro. Deseo. Se alza mi brazo, entonces,
hacia la noche llena de estrellas en derrota.”*

Lejana, muy lejanamente, se columbra la idea de la muerte, cierta zozobra en torno al misterio que la rodea, mucha angustia envuelta en gritos, llanto y lágrimas y, en medio de toda la negrura de la hora, un deseo: de qué? de quién? La emoción nos llega hecha trizas, desmenuzada, en partículas, perdiendo la

natural violencia de sus impulsos. Su incongruencia lucha por romper el frío de nuestras placas auditivas, pero no lo logra. Al poema de líneas subconscientes, le hace falta el privilegio clásico de la belleza razonada que propicia su penetración a nuestras células íntimas.

Sigamos escuchando a Neruda en «Unidad»

*"Hay algo denso, unido, sentado en el fondo,
repitiendo su número, su señal idéntica.
Cómo se nota que las piedras han tocado el tiempo,
en su fina materia hay olor a edad,
y el agua que el mar, de sal y sueño.*

*"Me rodea una misma cosa, un solo movimiento,
el peso del mineral, la luz de la piel,
se pegan al sonido de la palabra noche:
la finta del trigo, del marfil, del llanto,
las cosas de cuero, de madera, de lana,
envejecidas, desteñidas, uniforme,
se unen en torno a mí como paredes.*

*"Trabajo sordamente, girando sobre mí mismo
como el cuervo sobre la muerte, el cuervo de luto.
Pienso, aislado en lo extenso de las estaciones
central, rodeado de geografía silenciosa:
una temperatura parcial cae del cielo,
un extremo imperio de confusas unidades,
se reúne rodeándome."*

Por mi parte confieso incapacidad en interpretar este poema de Neruda. Sospecho que el poeta, como creador que es, ha sentido la unidad en sí mismo y también la ve explícita en todo lo que lo rodea. Su oscuridad arrebatada trascendencia a su dolor. Pueden tener jugo y densidad estos poemas, pero su falta de fluidez, su monotonía, su rígida composición, los hacen inaceptables a mi paladar artístico. Pero Neruda es, sin duda, un gran poeta, un meritísimo poeta, cuando se aleja de esas corrientes neo-sensibles que hacen de la poesía una cosa abstracta, un pa-

redón ininteligible, un bloque de palabras con lejanas e ignoradas conexiones. Yo comprendo bien que la poesía nueva es diversa de la clásica, porque su técnica es otra, porque su sensibilidad es también otra y su interpretación muy distinta, pero no puedo pasar por sobre esta gran verdad: la poesía, en sus propiedades esenciales, es ÚNICA y ETERNA. El mismo Neruda nos lleva a esta comprobación cuando en otros cantos suyos razona con más sentido de la Belleza. Oigámosle en su «Poesía de su silencio»:

*«Me gustas cuando callas porque estás como ausente,
y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.
Parece que los ojos se te hubieran volado
y parece que un beso te cerrara la boca.
Como todas las cosas están llenas de mi alma,
emerge de las cosas llena del alma mía.*

*Mariposa de sueño, te pareces a mi alma,
y te pareces a la palabra melancolía.
Me gustas cuando callas porque estás como ausente,
y estás como quejándote, mariposa en arrullo,
y me oyes desde lejos, y mi voz no te alcanza.
Déjame que me calle con el silencio tuyo.
Déjame que te hable también con tu silencio
claro como una lámpara, simple como un anillo.
No voy a interrumpirte para que calles mucho
y sea mío tu silencio... ..
Me gustas cuando callas porque estás como ausente,
distante y dolorosa como si hubieras muerto.
Una palabra, entonces, una sonrisa, bastan.
Y estoy alegre, alegre de que no sea cierto.»*

Habéis escuchado? Qué distinto el panorama. Aquí no hay tumultos de palabras, ni incongruencias, ni formas de expresión arrebatadas. La poesía desliza con pulcritud, con refinamiento, con llama vitalizada de sensibilidad, como legítima poesía

que es. Así también es Neruda en sus poemas donde se sostiene poeta sin pretensiones de crear nueva literatura. Dígalo si no su poema veinteaño de «Veinte poemas de Amor y una Canción Desesperada»:

*«Puedo escribir los versos más tristes esta noche,
Escribir por ejemplo: «La noche está estrellada
y firitan, azules, los astros, a lo lejos.»
El viento de la noche gira en el cielo...y canta.»*

Estos engendros nerudeanos son de preclara raigambre clásica porque ellos se iluminan con la luz de los crepúsculos de la belleza razonada, hialina en su desnudez de diosa y sobria en las líneas de su arquitectura. Por eso sobrevivirán en la admiración de las generaciones sobre muchísimas otras donde el poeta malogra su estro con estridencias embotadas de la que han dado en llamar nueva sensibilidad.

Alfredo Espino, —el centroame-

ricano Alfredo Espino, hay que decirlo con orgullo, —aventaja a todos estos poetas de ultramoderna factura por el don inapreciable de su sencillez. ¡Es tan difícil ser sencillo! Dar a los pensamientos la plasticidad de la palabra sin pelear con el intelecto! Dejar correr las ideas y las imágenes y las metáforas de manera insensible, con suavidad de nube sobre las montañas, de cielo azul sobre los horizontes. ¿Recordáis a Francis James?

*«Pastaba con mi madre la yerba azul del prado
de un sabor como nunca, acre y azucarado.»*

Hay en los versos de este glorioso poeta cierta ingenuidad lírica, cierta ternura de expresión que también se

alegra de retoños en la obra de Espino.

Recordemos a éste:

*«Es el toro. Tan negro que causa la impresión
de una bella escultura cincelada en carbón.*

*Sobre el repecho yergue su indómita arrogancia
mientras todo el bosque le rinde su fragancia.»*

Y el poema va, desleído como una música, encadenando el paisaje con brochazos en alto relieve. Es nacida del barro criollo, de nuestra propia gleba, y se espiritualiza en zumos de grato sabor autóctono. Dice Juan Felipe Toruño, refiriéndose a Espino: «su poesía está dentro del bucolismo, con un romántico amaneramiento indicador de zumos melancólicos. Su juventud era de una edad triste, con ojos puestos al infinito, fuera de lo terreno, extraviados para las prácticas convencionales, para las cosas mundanas en que asechan cardos y de donde se recogen guijas para coronar a los poetas, iluminándoles las sienes con su propia sangre».

Los poetas, los verdaderos poetas, —torres de Dios,— no lo son si se evaden así mismos. El poeta no puede excluirse de su obra sin estropearla. Su arado debe romper los campos fecundos arrastrado por los potros fogosos de su espíritu. Si tiene fragante el alma, debe dar de esa fragancia; si hay cardos en su corazón,

debe hacer de sus espinas una corona para coronarse con ella la cabeza atormentada. Lo esencial es desnudar la inquietud y entregarla al mundo con las manos llenas de lirios y de rosas. Darse con toda integridad y toda potencia, con unción religiosa, con fe sacerdotal y humana.

Y Alfredo Espino, que se fue joven a espigar lotos de misterio y de penumbra a lo ignorado, pudo, sin embargo, gracias a su virtud creadora, manifestarse en forma diversa y múltiple, pero siempre a la jocunda sombra de los plataneros clásicos. Su poema «Ascensión», vale por cien de esos que publican actualmente diarios y revistas como productos del desequilibrio de la hora. En él se pone en evidencia que las nuevas influencias que han perturbado el rumbo de la poesía, nos trajeron con la poliedrización de las formas una vertical pasión por las ideas. No resisto a la tentación de hacerlos es cuchar un fragmento siquiera:

*«Dos alas...! Quien tuviera dos alas para el vuelo...!...!
Esta tarde, en la cumbre, casi las he tenido.
Desde aquí veo el mar, tan azul, tan dormido,
que si no fuera un mar, bien sería otro cielo...!*

*Cumbres, divinas cumbres, excelsos miradores...!
Qué pequeños los hombres...! No llegan los rumores
de allá abajo, del cieno; ni el grito horripilante
con que aulla el deseo, ni el clamor desbordante
de las malas pasiones... Lo rastrero no sube:
esta cumbre es el reino del pájaro y la nube.»*

El poema decorre igual, sin perder su gallarda fluidez, con absoluta

firmeza en sus movimientos, nutrido de féculas agnósticas. Su factura de

transparente sencillez y emoción, contrasta irreconciliablemente con la factura a'ambicada, confusa y difusa, de los nuevos mal llamados príncipes de la poesía nueva. Después de haber oído dos estrofas de «Ascensión» de nuestro poeta Espino, os

pedido un momento de paciencia para escuchar una de «Aproximación» de Rosamel del valle, otro de los grandes atormentados de esta hora de crisis para nuestra literatura. Dice del Valle:

*«Ásómate a la raíz de mi sangre que pasa entre la madera
dormida por pasos que la siguen hasta morir.
Había fatigada la sombra de sus habitaciones donde
el tiempo
cierra todas las puertas.
Oh, país de un sonido largo como una luz a lo lejos,
acércate a mi oído que tarda en despertar.
La crueldad de esta estrella que nada debajo del agua
es tu voz fija en un instante sin existencia segura,
algo más adentro de mi imagen errante que atraviesa
las puertas cerradas.
Quítame las sienes de los vidrios y quítame las manos
del fuego.
El calor de tus luces destruye las sombras y los vapores
donde la muerte hace un nido».*

No me pidáis interpretaciones; tampoco yo os la podría dar. Puede ser que lo que nosotros pensemos del poema de Rosamel del Valle no sea lo que él quizo decirnos. Es casi seguro que esto sea. Versos así parecen haber sido escritos para que cada quien tome de ellos lo que esté a su alcance y es probable que de diez lectores resulten quince o más interpretaciones distintas.

Rubén Darío escribió, refiriéndose a un alto poeta español: «La sencillez es lo más difícil para los poetas. Ahora todos deseamos ser sencillos». Y es natural. Donde hay sencillez la emoción corre con entera libertad, se expande y ondula, ahueca y encoge, y la poesía llena las cuencas del espíritu de plácidos deleites. Alfredo Espino tiene esa bella cualidad porque su estro poético se vitalizó en las florestas clásicas,

entre cansados bueyes virgilianos, cornetas de Píndaro a la sordina y alegres músicas anacreónticas.

* * *

Otra cifra de la literatura americana que he querido traer al recuerdo en esta oportunidad es Julio Herrera y Reissig, a mi juicio el poeta que con mejor estro ha arrancado voces a nuestro paisaje y música celeste a las manifestaciones de su intelecto.

Herrera y Reissig es otro de los grandes clásicos modernos que, como quería Chenier, ha gustado el vino nuevo en odres viejos. El ilustrado uruguayo no pretendió siquiera disimular las influencias determinadas en su obra sino que, por el contrario, se complació en darle relieve, haciendo de esas influencias su bandera de posibilidades. Del bosquejo español Herrera y Reissig se detuvo

sobre lo más abrupto, sobre lo más intrincado de su época: Góngora. El gongorismo fué el precursor de las actuales audacias poéticas. En su tiempo se le acusó mucho por su beligerancia con ciertas normas que a estas horas nadie toma en cuenta ni se preocupa de ellas. Hizo un culto absorbente de las metáforas y los tropos, — lo que antes fué un escándalo, — y, con abuso del método, es muy trivial en nuestros días. Tuvo una marcada tendencia hacia lo descriptivo e impresionista. Refiriéndose a un cielo en plétora de tempestades invernales, se le oyó decir:

*"Cuando el enemigo cielo
disparó sus arcabuses
se desafacó la noche
y se orinaron las nubes."*

Con partos así Luis de Góngora realizaba, con arta frecuencia, atentados imperdonables para la preceptiva entonces en boga. Al año cuarenta de este siglo XX, ya no hay quien se escandalice por eso, tan bien dicho, ni por otras cosas en realidad mal expresadas y en flagran-

te choque con la altura espiritual que debe ser esencia y vértebra de toda poesía.

Herrera y Reissig aristocratizó el gongorismo y le puso el sello preciosista y gallardo de su refinamiento. Como la forma es expresión objetiva y la idea manifestación de subjetividad, acopló ambos elementos en una obra en la cual, como en un prisma, sonrien los siete colores del iris y se improvisan dolientes salterios musicales. Sus inquietudes hicieron una realidad poética de cada panorama, rompiendo con sonos de esquila las violetas muselinas de la tarde.

Yo, particularmente, soy un devoto de Herrera y Reissig. Algunos críticos han encontrado en mis versos resplandores perdidos del máximo poeta uruguayo. Yo no niego, ni afirmo. Esas son cosas de anatomía para los doctos. Sólo sé que leo unciosamente a Herrera y Reissig cuantas oportunidades se me ofrecen porque su poesía es para mí una misa de arte mayor.

Comulguemos con «Color de Ensueño»:

*"Anoche vino a mí de terciopelo:
Sangraba fuego de su herida abierta;
era su palidez de pobre muerta
y sus náufragos ojos sin consuelo..."*

*Sobre su mustia frente descubierta
languidecía un fúnebre asfodelo,
y un perro aullaba en la amplitud del hielo
al doble cuerno de la luna incierta..."*

*Yacía el índice en sus labios, fijo
como por gracia de hechicero encanto...
Y luego que, movida por su llanto,*

*quién era, al fin la interrogué, me dijo:
—Ya ni siquiera me conoces, hijo...!
si soy tu alma que ha sufrido tanto...!*

En Herrera y Reissig hay también vagas reminiscencias parnasianas y leyendo sus sonetos, —él fué un sempiterno cultivador de este género,— se recuerda José María de Heredia, glorioso repujador de exquisitas orfebrerías, cuando dijo: «Nosotros que cincelamos los versos como copas». Así, el uruguayo hizo de cada una de sus piezas una talladura de arte legítimo, copas he-

chas de verbo y ritmos divinos, copas llenas siempre del vino crepuscular de sus pensamientos, de un licor de calidad hecho de tintas soñadoras, de siluetas románticas y minutos aciagos. Copas siempre llenas de algo fugaz, extinto, añorado con firmes especulaciones mentales.

Aquí tenemos como un ejemplo más «Expiación»:

*“Errando en la heredad yerma y desnuda,
donde añoramos horas tan distintas,
bajo el ciprés nos remordió una aguda
crisis de cosas para siempre extintas.*

*Vistió la tarde soñadoras tintas
a modo de romántica viüda,
y al grito de un piano, entre las quintas
rompimos a llorar, ébrios de duda...*

*Llorábamos los íntimos y aciagos
muertos que han sido nuestros sueños vagos...
Por fin, a trueque de glacial derroche.*

*sembramos de ilusión aquél refiro
Y graves, con el último suspiro
salimos de la noche hacia la noche...!*

Así es Julio Herrera y Reissig quien dibujó su verso en algodones y muselinas, en nubes y celajes, con la misma elegancia con que Heredia cincelara en mármoles y bronces. Herrera y Reissig es un poeta de fibra nueva, con la angustia secular del barro americano prendida a la ubre clásica. De ahí que su poesía haya encontrado una corriente propicia hacia la eternidad, manteniendo vivo en las generaciones que pasan el cetro de su virtud artística.

La poesía con cantera de eternidad que el siglo presente acuña bajo la estrellada tolda de los cielos, debe ajustarse al concepto de Manuel Machado, escrito entre las algar-

bías y tumultos de una hora literaria dislocada y enfermiza: «Ser clásico en lo nuevo, he ahí mi ambición». Ser clásico en la expresión pura, en la imagen sincera, en el color desnudo, en la música sin ruidos. Ser clásico por la sobriedad, que es elegancia; por el ritmo que es concierto armónico y por el pensamiento en elevación todopoderosa. Y, sostenido en firme ese evangelio, no importan todas las audacias, ni los prismas, ni los poliedros.

¿Dónde está nuestro poeta clásico? —pregunta a los colombianos Carlos García Prada, con palabras que pueden extenderse a todo nuestro continente.

Y el gran escritor se da la respuesta haciendo un vuelo sobre el panorama actual, que es el panorama de la literatura de América. Y se dice: «Humanismos saudosos y librescos de patricia raigambre romana y arcaizante... Sensiblerías románticas pesimistas y morbosas... Modernismos de policromado verbalismo y exquisitez de fin de siglo. Vanguardismos deshumanizados y abracadabrantés... Dadaísmos infantiles o seniles... Aromas todos venidos del viejo mundo que han vuelto inquieta, compleja y universalista el alma melódica de nuestra raza, todos pasarán más o menos, hasta que surja nuestro poeta clásico».

La esperanza es que pase pronto el aluvión histérico y ya en los golfos de la serenidad pueda surgir la cifra que le dé forma y expresión a una conciencia americana, a una lírica americana.

* * *

He polarizado la atención en Rubén Darío, Alfredo Espino y Julio Herrera y Reissig porque, con una producción varía y múltiple, ellos han logrado manifestarse con prestancia clásica dentro de las vibraciones «istas» de estos tiempos. Muchos otros hay que podrían ser traídos a cuenta, mas esto resultaría

largo y cansado. Los hay tumultuosos, erizados y robustos, con arrebatos que repercuten en el tiempo, con sones de trompetas y gritos de tempestades sin mordaza. De Grecia les ha llegado su sonoridad de gran orquesta, su nerviosidad titánica, sus cielos sin límites para los rayos y estruendos. Por sus versos circula pánico de cordilleras, pesadilla de volcanes, cataclismos de cataratas. Todo en ellos es vasto, eréctil, alado, lúcido, grueso, ciclópeo. El soplo clásico... El soplo clásico es Grecia, la fecunda, la gloriosa... Grecia sobre la cual los vientos arrebatados aún sostienen el olor de los mirtos antiguos, sus grandes templos míticos, sus dioses en sosiego... Grecia heroica, Grecia sabia, Grecia ilustra. Sexo de la cultura en los sexos del tiempo. Embolo de las eternidades. Luz. Luz que no se apaga y que brota de sus peristilos de piedra, de sus cúpulas trunco, de su Acrópolis. Ruinas... dirán... Sí, son ruinas... Ruinas que evidencian el paso de una cultura que no ha podido ser superada ni sustituida; ruinas entre las cuales los lampos de los crepúsculos caminan de puntillas para no quebrar el sueño de los dioses.

«Encierra la Hélade en tu corazón y lo sentirás palpar con grandeza».



NOSTÁLGICOS Y FUTURISTAS

Los nostálgicos son casi siempre hombres de más sufrimientos, más sinceros, más hondos, más reales que los futuristas.

Porque el sentimiento del pasado está en casi todos los hombres (y los más vulgares tienen ahí lo mejor suyo.)

Mientras que sentimientos, verdaderos sentimientos de futuro, son poco comunes; casi siempre lo que se toma por eso son teorías o palabras.

Carlos Vaz Ferreira

Miembro Correspondiente.

LOS CONQUISTADORES

No iban a ser los bienhallados los que se lanzasen los primeros a semejante aventura. A semejante aventura se lanzaron aventureros; los que nada poseían, los que nada valían; los pobres diablos; la carne de sacrificio y de cañón. Quién es Pizarro? Un porquero de Trujillo, hijo de una cortesana. ¿Quién es Hernán Cortés? Un soldadito de Infantería, un anónimo de Medellín. ¿Quién es Vasco Núñez de Balboa? Un mancebillo disoluto de Jerez, un criado de don Pedro Portocarrero, señor de Moguer. ¿Quién es Diego de Almagro? Un expósito a quien

se encuentran en el claustro de una iglesia, en Almagro. Y así los demás, aún los mayores. Valdivia era un bocado de carne de cañón en las guerras de Carlos V: ni siquiera se sabe a punto fijo donde nació; Belalcázar era un cualquiera: ni siquiera se llamaba como se llama. Su nombre, en efecto, era Moyano. ¿Alonso de Ojeda? Un oscuro hijo de Cuenca, tan oscuro que ni su pueblo natal guarda constancia de su nacimiento. ¿Pedro de Alvarado? La Historia ignora su mocedad, su pueblo, la fecha de su nacimiento.

R . B L A N C O F O M B O N A

Miembro Correspondiente



EL HOMBRE COSMOPOLITA

—La velocidad del hombre contemporáneo lo transforma en cosmopolita. La civilización—dominio objetivo de las cosas—contribuye, en esta forma, al desarrollo de la cultura. Ciertamente que hemos de vivir del medio inmediato, como el cachorro de la ubre materna. Pero si este medio se expande velozmente por conducto de la máquina, la ubre se agranda y, con ella, la anatomía humana.

—La velocidad tiende a romper fronteras de carácter geográfico, espiritual y étnico. Nuestro arte au-

tóctono—bueno como es—nos recluye en lo particular primitivo: nos transforma en isla. El ideal está en el ensanche de los puntos de mira del hombre nuevo, que busca la velocidad de la máquina. Siempre seremos particularistas. El medio será, sin embargo, cada vez, más amplio.

—El día en que vivamos todos los paisajes y los climas de la tierra, tras el vértigo mecánico del acero, conoceremos el rostro ubicuo del cosmopolita. Argos, sonreirá, satisfecho, sobre la rosa espiritual de todos los vientos.

M O I S E S V I N C E N Z I

Febrero 1940

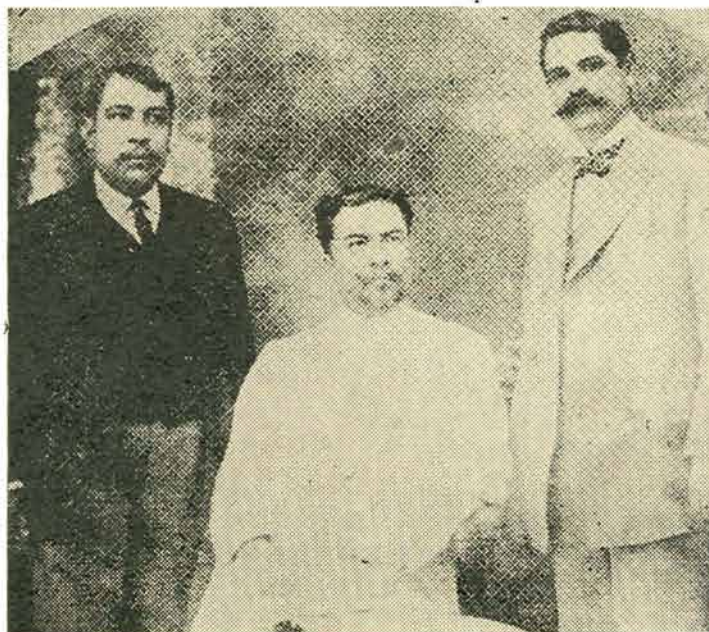
En el XXV Aniversario de la Muerte

EL MEJOR DISCURSO PRONUN

Un Retrato Histórico

En el centro, RUBEN DARIO. A su izquierda, SANTIAGO ARGUELLO y a su derecha MANUEL MALDONADO. Sobrevive éste, dando el poder de su elocuencia y viviendo su poesía de simbolismos astrales.

(Foto de 1907)



ATENEO, que por los años de 1912 y 13, publicó artículos enviados por RUBÉN DARIO siendo como era éste miembro correspondiente del ATENEO DE EL SALVADOR, una su voz a las que con motivo del veinticinco aniversario del fallecimiento del Aeda, han recordado aquel acontecimiento que llenó de luto los templos del habla castellana.

Nada tendremos que agregar a lo ya tantas veces dicho acerca de Rubén y de su obra. Así, nuestro acento no es más que de rememoración, de evocación, de recordar al hombre que dió con su verbo luz y armonía para los nuevos rumbos por donde marcharan la nueva forma y la nueva emoción.

Damos ese discurso de Azarias H. Pallais que en nuestro concepto, no obstante la verba prodigiosa de Santiago Argüello y a pesar de la palabra incendiada de variño y de unción de Simón Pereira y Castellón, ilustre conde romano y último obispo de Nicaragua. No obstante, repelimos, recogió con más seguridad, con elocuencia y síntesis, lo que fuera Darío para la poesía y ésta en él, así como lo que parte de tal poesía con trayectorias sublimes en recorridos de almas.

Nada tendríamos que agregar a lo dicho. Y en este caso, diríamos con Pallais: "Con Rubén Darío, nada tiene que ver el análisis," aunque bien sabido es que todo lo objetivo está sujeto al análisis, aunque se nos escape como la luz.

Ya en el reino del espíritu es otra cosa y como en ese reino lo encontramos, no haremos más que iluminarnos con su poesía en el reino imperecedero de lo eterno. — J. F. T.

SEÑORES:

Por ventura hemos podido desentrañar los tesoros de la luz? Mariposa de oro, rocío de diamante, lágrima de plata, espuma de nácar, pupila de fuego: topacio en el follaje y zafiro en la estrella, jacinto en la chispa y esmeralda en lafronda. Nada tiene que ver la luz con el análisis. Puede la mirada humana escudriñar la penumbra y luchar brazo a brazo con la sombra, pero las aureolas son del numen: vírgenes desposadas con el desmayo,—regiones inefables donde florece el éxtasis. Re-

cordáis? La invisible fragua de Vulcano; la zarza en llamas del monte Horeb: Venid, adoremos; porque Dios se ha manifestado, y he aquí que, nosotros los hombres, mitad tinieblas, mitad luz, para el resplandor tenemos la genuflexión y para el relámpago la plegaria.

Con Rubén Darío nada tiene que ver el análisis. No véis que le ha sido dado el privilegio de las altísimas cumbres: un poder milagroso semejante al poder de la luz: virtud multicolora y multiforme de transformar la arcilla en piedras precio-

de RUBEN DARIO en León, Nic.

CIADO EL DIA DE SU ENTIERRO

sas, de poblar los desiertos, y de sembrar la comedia de la vida en el silencio de las tumbas?

Los críticos, inteligencias medianas hechas para apreciar el valor concreto de los términos y el número común de los signos, nada entienden de la metamorfosis de la palabra perdiendo su cifra clásica y transformándose en una palabra viva por los siglos de los siglos. Allí, en esa vibración inmanente y creadora que centuplica los moldes de la expresión y sostiene la juventud eterna del lenguaje, de manera que ya no sea el decir en manos del vidente, criatura torpe y rebelde de altiva cerviz, sino esclava y humilde y sumisa, como el barro en manos del alfarero, allí reside, sin duda, el secreto de Homero, el talismán de Isaías, el amuleto cabalístico de los verdaderos príncipes. En Dante y Shakespeare no hay palabras, sino almas: en una sonrisa, en una mueca, en una mirada, en un beso, en un rugido, las almas de los tiempos, las almas de las cosas y las almas de las almas, destacándose al conjuro del poeta en el fondo sencillito del silencio, como relámpagos que se entrecruzan en el abismo.

Así procede la luz, santificando todas las cosas, desprendiendo vida de la muerte, y perfume de la corrupción: ¿Qué es lo que hay en el cadáver? Miseria y podredumbre.

Os engañáis! Flota sobre los cadáveres, como una garantía deresperto y de nobleza, la paz blanca del marfil. En las entrañas de la noche no vive la traición, sino el ébano de

las filosofías hondas y calladas. Y en la sangre que habla de ruinas, brilla la púrpura que habla de triunfos. Porque esa es la esencia de la luz, sacar fuerzas de flaquezas, y cantar en medio de las catástrofes el himno triunfal de la esperanza.

Y si hasta en las ruinas triunfa la luz, cómo serán sus triunfos en el triunfo?: Cuando sale de la espuma, con los cabellos sueltos, en una concha tirada por cisnes, «la hija de Zeus, la inmortal dolosa, la de cien tronos, Afrodita Reina»; cuando bajo los arcos de la Vía Sacra, pasan las cuadrigas victoriosas; cuando sube al patíbulo de los esclavos, la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo...

Así es Darío, como la luz!

¿Queréis ébano? Oíd: «El alma simple de la bestia es pura»:

*«Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
Y más la piedra dura porque esa ya no siente
Pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
Ni mayor pesadumbre que la vida consciente»:*

*«Son formas del enigma la paloma y el cuervo
La muerte es la victoria de la progenie humana:
La pena de los dioses es no alcanzar la muerte».*

¿Queréis púrpura? Y la Oda a Mitre, con los centauros de las metopas, y el cóndor, y las pampas, y la música de quinto Horario Flaco, y los hexámetros de Homero, y el revuelo de la tempestad?

¿Queréis más púrpura? Y las evocaciones mágicas de «La Marcha Triunfal». Roma —*exultat victorix*.

Las energías del alma antigua cristalizadas en fórmula de cuadriga, se embriagan de apoteosis, al compás solemne de las tubas heroicas, «*Arma virumquecano*» dice Virgilio. Ya

no se dirá solamente Epiniquías de Píndaro, sino también Marcha Triunfal de Darío.

Y en «La canción del oro» reina el topacio, mariposa amarilla de alas tembladoras: el oro de los crepúsculos, señor de la melancolía; el oro del oro, señor de la muerte; y el oro de la muerte, señor de la vida.

Y si queréis jacinto, el color del vino en Homero, y el color de la carne cuando la estremece la pasión Darío, por su soneto a Margarita Gauthier, se ha hecho digno de Anacreonte y de Meleagro, y puede departir amigablemente, bajo los mirtos de la Hellada, con el delicioso poeta de Dafnis y de Cloe:

*Hermano de Anacreonte, lo ha confirmado Grecia
Sus mieles -- sacramentos en el culto del vino
Bajo un dosel de mirtos risueños en Lufecia,
Desplégase la tienda nupcial del peregrino.*

Sin duda, habéis leído los versos estupendos de la Salutación a Roosevelt, donde se siente el hondo temblor que cruza por las vértebras enormes de los Andes... ¡Estamos en el Sancta sanctorum del poeta! Recojámonos, porque hemos llegado, sin saber cómo a la gruta encantada donde duerme, intensa y profunda, la esmeraldá.

*"Creer que la vida es incendio
que el progreso es erupción,
que en donde pones la bala,
el porvenir pones? -- Nó --
Y pues confáis con todo
os falta una cosa: Dios";*

Y de la esmeralda podemos pasar al zafiro como quien pasa de la esperanza a la nostalgia:

*"Oh, Señor Jesucristo, por qué tardas? qué esperas?
para tender tu mano de luz sobre las fieras.
Y hacer brillar al sol tus divinas banderas!
Surge de pronto y vierte la esencia de la vida
Sobre tanta alma loca, triste y empedernida,
Que amante de tinieblas, tu dulce aurora olvida.
Ven, Señor, para hacer la gloria de ti mismo:
Ven, con temblor de estrellas y horror de cataclismo:
Ven, a traer amor y paz sobre el abismo!"*

En el topacio vibra la tentación, en el jacinto palpita la lucha, en la esmeralda sonríe la esperanza, y en el zafiro duerme la nostalgia. ¿Dónde está el reposo? La tentación y la lucha, la esperanza y la nostalgia en el equilibrio de un número. El eje central de las esferas. La divina síntesis: La paz.

«El olímpico cisne de nieve».

No basta. Dadme unas blancuras más blancas. Poned claridades blancas de trigo, salmos blancos de hostia, electricidad blanca de agua que limpia iras y lujurias... y quinta esencia blanca de la misma blancura. Nada más blanco:

*"Jesús, incomparable perdonador de injurias,
Oyeme! Sembrador de trigo, dame el tierno
Pan de tus hostias, dame, contra el sañudo infierno,
Una gracia lustral de iras y lujurias"*

Nada más blanco.

Con Rubén Darío nada tiene que ver el análisis: No véis que le ha sido dado un poder milagroso, semejante al poder de la luz.

Si los hombres balbucean como niños en el reino de la luz, ¿qué pasará en el reino de la armonía? Se dijera que la luz está por fuera y la armonía por dentro: que la luz es la armonía de lo visible, y la armonía la luz de lo invisible. Las cosas tie-

nen un lenguaje: la luz; y un pensamiento: la armonía. Porque ya Ovidio decía: «*causa tangor ab omni*»: todos los seres, desde el gusano hasta la estrella tienen sus pensamientos que es su nota —la nota que, enredada, murmura en cada cosa.

A decir verdad, no hay clásicos, ni románticos ni simbolistas; sino quienes tienen el privilegio de saber oír, y quienes nó. Si sorprendéis los acordes escondidos en el plinto, en el triglifo, en el tirso, en las caderas de la ninfa, en los cuernos del sátiro, en la cresta de Priapo, en la clámide de Apolo, y en el Cinturón de Venus, seréis clásico: Si sois romántico, oiréis los rumores apacibles del lago —¡oh! Lamartine—, las sinfonías de la luna en los sepulcros, los himnos de la montaña y los aleteos de la fronda, y sobre todo, —¡oh! Byron, ¡oh! Espronceda, ¡oh! Musset,—el ritmo sagrado de vuestro propio corazón. Pero, si descubris la música extraña de las cosas que parece que no tienen ninguna; los acentos de una fiesta galante, y la polifonía singular del agua que cierra las ondas magníficas de sus distintas formas con la misma antífona: Alabemos al Señor; y si nos hacéis sentir las dulzuras de Dios, en el camello, y en las flores del mal, y en los ojos del perro, y en las arrugas de las viejecitas, y en el polvo de los caminos, y en las letras mayúsculas de los antiguos misales, y en las ermitas abandonadas, y en los esmaltes y en las vidrieras góticas... entonces? entonces, sois hijo de Verlaine y hermano de Mallarme.

Darío es vidente, —y de los raros—, porque tiene una visión plena y enérgica que ya casi es intuición; porque doma los matices re-

beldes con la fuerza de su propio sentimiento para que se desprenda del color prosaico de las cosas la policromía del verso.

Pero Darío, además de ser vidente, es oyente! Si sólo domase colores sería como un pintor; pero es precisamente poeta, porque doma vientos; porque oye tanto y tan adentro, que eso ya no es oír, sino adivinar: el genio está, sin duda, en sorprender en las almas de las almas la señal de Dios; por doquiera que Dios pasa va dejando una huella de cantos.

Nadie, que yo sepa, en ningún momento de la historia, ha poseído con semejante riqueza de elasticidad la virtud de la audición: «el alma santa del agua me ha hablado en la sombra, dice Amado Nervo: «el trueno y el relámpago, hijos de la tempestad me han dicho...», exclama Hugo: «queréis saber, dice Ruskin, lo que se escucha en Venecia y en Florencia...» Y Darío? Darío dice: «las almas santas de todas las cosas me han hablado en la sombra y yo he oído sus palabras con recogimiento y con amor». Y las voces de su reino interior, voces por él sorprendidas en el reino interior de las cosas, se desgranaron sobre el mundo como una salmodia universal: un tabor de formas y una gloria de tonos. La vida plena de la luz que se funde en la armonía, donde cada color tiene su soplo y cada matiz su vibración. Colorido musical: música de colores; para que salga el verso como un sol sobre todos los horizontes, y se alce como una hostia sobre todas las cumbres.

¿Quién puede leer sin inmurtarse hasta en la última fibra esta estrofa de la Oda a Bartolomé Mitre:?

*"Gloria a tí, pensador de los grandes momentos
Para fraer el triunfo en el instante oportuno
o cuando —hechos relámpagos— iban tus pensamientos
Vibrando en tus vibrantes acentos de tribuno."*

Majestad incomparable del hexámetro! El siglo de Augusto se levanta del abismo: dadme mármoles, y dad-

me bronce para las lápidas inmortales: en el Senado clarísimo hay un resplandor de togas, y Virgilio ha dicho:

*"Jam redit virgo, redeunt Saturnia regna
Vere et incipient magni procedere menses
Te duce si qua manent sceletis veztigia nostré,
Srrifa perpetua salvent formidine torras".*

Agrego a ese «muy antiguo» los acentos clásicos de la música de familia con infiltraciones gallegas y provenzales, con maneras sueltas del Arcipreste, con gentiles gallardías del Marqués de Santillana, con grupos de ritmos, desde Herrera, y Rioja y Lope, y Calderón; van creciendo, creciendo hasta obtener su desarrollo pleno en las alturas de Zorrilla y de Núñez de Arce; y los acentos de la verleniana zampoña, los ecos de «Sagesse», y de «Fêtes Galantes», y el «con Verlaine ambiguo» que casi engaña a don Juan Valera, y las audacias futuristas, «el muy moderno, audaz cosmopolita» que ha hecho temblar de indignación a los ultra clásicos.

Las voces de su reino interior, voces por él sorprendidas en el reino interior de las cosas, se desgranaron sobre el mundo como una salmodia universal, un tabor de formas y una gloria de tonos. Rubén Darío nada tiene que ver con el análisis, porque le ha sido dado el privilegio

de sorprender en las almas de las almas, la señal de Dios; por doquiera que Dios pasa va dejando una huella de cantos.

* * *
En realidad, de verdad, yo sólo diría ante el cadáver de Rubén Darío lo que él mismo ha dicho de los restos de Napoleón: semidiós—cenizas—cenizas de semidiós: mísero planeta!

* * *
Y he aquí que nuestra querida ciudad de León se ha convertido en una cruz azul, en el itinerario de las futuras caravanas idealistas. Mientras las plantas trepadoras conversan de lo de abajo, las rosas y los lirios que sólo hablan de Arte y de Amor, dirán: hemos releído en Nápoles las églogas de Virgilio, en Ravena el Infierno de Dante, en París las «Voces interiores» de Hugo, y junto a la Catedral de León, en Nicaragua, pensando en futuros peligros, y en la iniquidad que se levanta por todas partes, como una potencia, hemos rezado:

*"Oh, Señor Jesucristo, por qué tardas? qué esperas?
para tender tu mano de luz sobre las fieras.
y hacer brillar al sol tus divinas banderres!"*

A . H P A L L A I S

Miembro Correspondiente

EL RETORNO A LA TIERRA NATAL

*El retorno a la tierra natal ha sido tan
Sentimental y tan mental y tan divino,
Que aún las gotas del alba cristalina están
por el jazmín de ensueño, de fragancia y de trino.*

*Por el Anfión antiguo y el prodigio del canto
Se levanta una torre de prodigio y encanto.*

*Por sumar carne y sangre, como en el pan y el vino
En el lugar en donde fuve la luz y el bien
¿Qué otra cosa podría, sino dejar un canto
A mi Roma, a mi Atenas, a mi Jerusalén?*

*Exprimidos de idea y de orgullo y cariño
De esencia de recuerdo, de arte, de corazón,
Concreto ahora todos mis ensueños de niño
Sobre la crin anciana de mi amado León.*

*Bendito el dromedario que a través del desierto
Condujera al Rey Mago, portador de mi bien,
Y que se dirigía por el camino cierto
en que el astro de oro conducía a Belén.*

*Amapolas de sangre y azucenas de nieve
He mirado no lejos del divino laurel,
Y he sabido que el vino de nuestra vida breve
Precipita hondamente la ponzoña y la hiel.*

*Mas creyente optimista, religioso o pagano,
Por César o Pitágoras sé que el planeta gira
Y que hay sobre la tierra que llevar en la mano
Dominadora siempre, o la espada o la lira.*

*El paso es misterioso, los mágicos diamantes
De la corona o las sandalias de los pies
Fueron de los Maestros que se elevaron antes
Y serán de los genios que triunfarán después.*

*Parece que Mercurio llevara el caduceo
De manera triunfal, en mi dulce país
Y que brotara pura, hecha por mi deseo,
En cada piedra una mágica flor de lys.*

*Por afavismo griego o por fenicia influencia
Siempre he sentido en mí ansias de navegar
Y Jasón me ha legado su sublime experiencia
Y el sentir en mi vida los misterios del mar.*

*¡Oh cuántas veces! Cuántas veces oí los sonos
De las sirenas líricas en los clásicos mares!
Y cuántas he mirado tropeles de tritones
Y cortejos de ninfas ceñidas de azahares!*

*Cuando Pan vino a América en tiempos fabuloso.
En que había gigantes y conquistaban Pan
Y Baco, y custodiaban figres y molosos
Las aras de los templos sagrados de Copán.*

*Se celebraban cultos de estrellas y de abismos,
Se tenía una sacra visión de Dios, y era
Ya la vital conciencia que hay en nosotros mismos
De la magnificencia de nuestra primavera,
Los atlántidas fueron huéspedes nuestros, suma
Visión de lo futuro contempló Moctezuma
Y Hugo vió en Momotombo órgano de verdad,
Ya través de las páginas fatales de la Historia
Nicaragua está hecha de vigor y de gloria,
Nicaragua está hecha para la libertad.*

*Pueblo vibrante, fuerte, apasionado, altivo,
Pueblo que tiene la conciencia de ser vivo,
Y que reuniendo sus energías en haz
Portentoso, a la patria vigorosa demuestra
que puede hermosamente presentar en su diestra
El acero de guerra o el olivo de paz.*

*Cuando iba Dante a la Sorbona su conciencia
Y su fuerte y ardiente corazón florentino
Creo que concretaban el alma de Florencia
Y su ciudad estaba en el libro divino.*

*La patria es para el hombre lo que siente o que sueña.
Mis ilusiones y mis deseos y mis
Esperanzas me dicen que no hay patria pequeña
Y hoy León es a mí como Roma o París.*

*Quisiera ser ahora como el Ulises griego
que domaba los arcos y los barcos y los
Destinos. Mas yo os digo al partir: hasta luego,
Porque no me reeuelvo a decirlos adiós!*

R U B E N D A R I O

No Hay Incompatibilidad Entre la Razón y la Fe

Ilustres Miembros del
Ateneo de El Salvador:
Sras., Sritas., Señores:

Pbro. Dr. VICENTE VEGA A.

Mi presencia en este lugar obedece a la indiscutible generosidad del Ateneo de El Salvador que en hora para mí honrosísima, me prodiga la venia de admisión, reconociéndome como miembro activo del mismo, sin tomar en cuenta tal vez, que lo que a él le ha parecido título suficiente para este acto, no es más en realidad, que una apariencia meritoria.

Alguien pensará ya, que el Ateneo de El Salvador está defraudando sus ideales, al dar cabida en su recinto a otro sacerdote más, transformando «de hecho», el cristal parnasiano de sus portaliras, en el claroscuro anticuado de un presbítero eclesiástico. Pero no faltará quien reflexione a su vez, que siendo la inteligencia humana tan múltiple y complicada, necesita para su cultura, de muchas variables, para formar algebraicamente sus incontables combinaciones intelectuales, con las que, perfecciona sus facultades, abigarra su cultura y engrandece sus descubrimientos científicos. Y en este sentido, señores, el sacerdote, como cualquier amante de la ciencia, tiene si no la ventaja, la circunstancia social, psicológica y aun vocacional, para ser un representativo del arte o de la ciencia, y de aportar por consiguiente su cooperación decidida y sincera en el delicado ajetreo de la belleza del espíritu, como fácilmente puede confirmarse a través de las



Con este sugestivo trabajo hizo su entrada al ATENEO DE EL SALVADOR el 4 de mayo de 1940, el presbítero doctor Vicente Vega y Aguilar. El público siguió con atención la palabra del orador sagrado. En ella y por ella se desenvolvía el tema eterno de quienes han buscado hacer las escisiones en el hombre espíritu y el hombre de lógica. Abordado el tema con maestría, desde el punto de vista aristotélico, el doctor Vega hizo incursiones por el alma, para sentar después en la razón— porque la razón es la que guía a todas partes en este mundo de razones— la característica primordial que define la posición de un sujeto.

El nuevo ateneísta es de lo más estudioso en el mundo de la clerecía. Ilustrado y sapiente, vive dando lo que puede en favor de los demás. El ATENEO DE EL SALVADOR ha apreciado ya sus actividades y en esa noche, como en los actos en que ha tenido que desenvolver su pensamiento, recibió la ovación de los que le escuchaban.

Contestó a su discurso de incorporación, a nombre de la institución, el Miembro Activo don Alfonso Mejía Robledo, Encargado de Negocios de Colombia en El Salvador, haciendo los comentarios pertinentes, estando de acuerdo con el docto sacerdote de que, en realidad, no existe incompatibilidad entre la razón y

páginas de la Historia, a la luz de la tradición gloriosa de los pueblos, de cuya ideología benefactora nos hablan de las gestaciones culturales y políticas, de muchas naciones del Globo.

Dignese aceptar pues el Ateneo Salvadoreño, no sólo mi respetuoso saludo, al ascender por primera vez a este estrado de ciencia y de luz, sino también mi altivo reconocimiento, abundante como el que más, en sinceridad agradecida, y preso de profunda estimación admirativa.

Señores: No pretendo esta noche sentar cátedra apologética para defender una proposición que fundamenta la Fe Cristiana en las Academias del pensamiento Católico; solamente deseo esforzarme en dar congruencias razonadas en las que se apoya mi convicción literaria al afirmar que «NO EXISTE INCOMPATIBILIDAD ENTRE LA RAZÓN Y LA FE». Y aunque es de mi código personal apreciar en lo que vale la objeción contraria a mis convicciones, debo señalar por vía de ilustración, lo que el Racionalismo predica respecto a esta verdad, ya que él se empeña en afirmar que la Revelación a la Fé, que se debe a la Autoridad Divina, aniquila la Razon y la inutiliza por completo, predicando de este modo, lo contrario de mi tesis, es decir: «Que existe incompatibilidad absoluta entre la Razon y la Fe».

Pero, señores, ¿qué cosa es la Razon? Aunque la Filosofía nos responda que es el Acto del entendi-

la fe, cuando la armonía rije las acciones; cuando entre la mente que discrimina y el espíritu que gobierna y alienta, se han puesto de acuerdo para obrar. De gala el paraninfo de la Universidad esa noche, los oradores fueron felicitados y aplaudidos dilatadamente.

miento que conoce las verdades mediadas por medio del discurso, en alas de la elocuencia cristiana, pudiéramos referir que, habiendo hecho Dios al Hombre una criatura inteligente, le ha dado una luz primitiva que ilumina a todo hombre que ha venido a este mundo». Según la doctrina expresa del Apóstol San Juan, esta luz consiste en ciertas ideas fundamentales, más allá de las que no podemos remontarnos, y sin las que no tiene acción nuestra inteligencia.

Siguiendo a un célebre autor francés en este punto, se observa que los filósofos han discutido mucho sobre la cuestión para saber de dónde venían estas ideas. Unos han sostenido que venían de los sentidos; otros, que son innatas; más de alguno pensó que se nos han transmitido con la palabra que las produce, o por lo menos que las despierta en nosotros. No me parece oportuno discutir ninguno de estos pareceres; basta saber que, existe en la inteligencia cierto número de ideas primitivas, fundamentales, de las cuales se deducen otras y que constituyen su razón.

Mientras el hombre no tiene la conciencia clara y distinta de estas ideas primeras, es una inteligencia; pero no ha llegado a la edad de la razón; más, luego que pierde la conciencia de estas ideas primeras y de la ligazón que las ata a sus consecuencias, cae en estado de sinrazón o de locura. Por eso el Racionalismo impulsado por el espíritu de admiración hacia ella, la entronizó, y aún más, a los gritos descompasados de la revolución francesa, a la fuerza de los Terroristas, abolió el culto Católico, sustituyéndole por el de la Diosa Razón.

La Razón es el vehículo del que se vale el hombre para escalar las regiones, do mece sus majestuosas alas, los ojos atrevidos del águila de la inteligencia. Y aquellos que cantan lo sublime, espiritualizan lo material, los poetas, de hinojos ante ella, han vibrado sus liras para arrullarla. Nuestro gran Rubén, contagiado de un momento de racionalismo exagerado, inclinó un día su testa coronada para escribir a

LA RAZON

*Al contemplarte augusta, te venero;
Al ver tu luz, mi corazón se inflama.
Pues al fulgor de tu radiosa llama,
Se estremece la faz del mundo entero.*

*Cayó la fé con su terrible fuego.
Ya tu voz por doquiera se derrama;
Se hunden Vichnú, Cristo, Budha y Brahamá,
Y las naciones van por tu sendero.*

*A tu poder radiante y soberano
Que el Orbe en otro tiempo no admirara,
Contra el altar del Sacro Vaticano
El Papa quiebra con dolor su tiara;
Y aterido y helado cual la escarcha,
Grita con Pellefán: "El mundo marcha."*

Si, no hay duda, la razón es el auxiliar natural del hombre y aun del Cristianismo; pero no es el fundamento de él, ya que puede convertirse contra sí, por la revolución del genio, necesitando entonces misioneros sobrenaturales de la verdad. Ah, señores! no puedo dejar de decirlo, esta sinrazón del Cristianismo, ha vencido al mundo, y hasta el fin será más poderosa que él, «Porque lo que es locura en Dios, dice San Pablo a los Corintios, es más sabio que la sabiduría de los hombres; y lo que es flaqueza en Dios,

es más fuerte que toda la fortaleza de los hombres.»

Pero la razón, para enfocar sus ojos escrutadores en los espacios sobrenaturales, en los campos de la Fe, medita, busca a su alrededor los motivos racionales de credibilidad y concluye que las verdades, cualesquiera que sean, científicas o religiosas, pueden ser, directamente experimentales, manifiestas a nuestra razón, o conocidas por el testimonio de otros. Cada uno de estos medios puede producirnos completa certeza. Mas, lo que determina la completa adhesión de nuestra inteligencia a una verdad cualquiera, es la evidencia, que puede ser intrínseca, o adherente a la misma verdad, y extrínseca, en cuyo caso puede llamarse la evidencia de credibilidad.

Pero el hombre quiere ver más allá de los fenómenos; no se detiene fácilmente en la frontera de la verdad; siendo su entendimiento luminoso, toda oscuridad le choca. En vano el mundo invisible se le manifiesta por mil fenómenos brillantes, como no se le puede representar ni figurársele, entra con respecto a él en una especie de desconfianza y antipatía. Por esto el alma queda libre ante el mundo invisible, impelida hacia él por una parte, a causa de los fenómenos que testifican la existencia, retenida en otro sentido por la venda inexorable que le roba la substancia íntima a sus investigaciones.

La Fé sola, le pone con él en una relación firme y constante; la Fé que San Pablo llama la substancia de las cosas que hay que esperar, la demostración de las que no se ven, expresión profunda, que nos indica que el objeto de la Fe es lo invisible, que lo invisible es la substancia de las cosas,

y que la Fe sola da la demostración o la certidumbre absoluta de ellas, adhiriéndonos de un modo incontrastable, aunque libre, al testimonio que Dios nos da de ella.

Y eso es la Fe, Señores, ese sentimiento de nuestra inteligencia a las verdades reveladas por Dios, o aceptadas en virtud de la Autoridad de quien las enseña. Esta ideología encierra en sí un proceso de razón y de virtud. De razón, porque está apoyada sobre los fenómenos visibles que manifiestan las cosas invisibles; de virtud, porque no trayendo los fenómenos hasta nuestro alcance, el fondo misterioso de las cosas que nos revelan, el alma necesita de un esfuerzo y de un sentimiento para adherirse a ella.

Y no os extrañéis Señores, de esta doctrina. Si reflexionáis un poco, os convenceréis que toda doctrina es una mezcla de ciencia y de fe, puesto que el objeto de toda doctrina es necesariamente fenomenal y substancial, compuesta de alguna cosa que aparece y de otra que no aparece. No hay doctrina en que no tenga necesidad la una de la otra, y por esto todo en el mundo, hasta lo más palpable, está expuesto a llegar a ser para el ánimo un motivo de duda o de negativa.

Siendo esto así, no podemos decir, Señores, que el testimonio es una fuente de conocimientos indigna de un hombre razonable. Si no hemos de admitir como verdadero, más que lo que nosotros mismos hemos descubierto o demostrado por los procedimientos científicos, nuestro caudal intelectual, sería, a la verdad, bien modesto; o como decía el Padre Caruel en su célebre libro la «Foi Catholique»: «Y los físicos y los químicos, ¿qué sería de ellos, de no

aceptar los resultados admitidos y reconocidos como ciertos, por el asentimiento unánime de personas competentes? La Fe. Pero si reina en los santuarios de la ciencia, en las escuelas y Universidades: el discípulo acepta razonablemente y confiado lo que afirma su maestro, aun antes de toda demostración, de tal manera, que al terminar ésta, no es una nueva verdad la que posee, sino la misma, pero de otro modo, es decir, demostrada. El acto de la Fé es pues, acto de inteligencia, que puede ser tan legítimo como otro cualquiera, pero este acto no será en verdad, razonable, sino cuando al prestarle su adhesión la inteligencia, sepa de cierto que no corre peligro de error».

Pareciera que estas dos verdades enumeradas, la Razón y la Fe, fuesen como los faros luminosos que Dios hubiera puesto en el oscuro batallar de este océano de la vida, a fin de que el hombre se valiera de ellos para aumentar su cultura y afianzar sus convicciones. Y es cantada por el mismo Darío con el mismo entusiasmo con que cantaba a la Razón.

LA FE

*En medio del abismo de la duda,
Lleno de obscuridad, de sombra vana,
Hay una estrella que reflejos mana...
Sublime, sí: mas silenciosa y muda.*

*Bajo sus rayos el dolor se escuda,
Alienta y guía a la conciencia humana,
Cuando el genio del mal con furia insana,
Golpéala, feroz, con mano ruda,*

*Esa estrella brotó del germen puro
De la humana Creación? Bajó del cielo
A iluminar el porvenir obscuro?...*

*A servir al que llora, da concuelo?
No sé: mas, eso que a nuestra alma inflama,
Ya sabéis... Ya sabéis... la Fe se llama.*

Con lo expuesto Señores, la interrogación sobre cuál de estas dos verdades es superior, fluye como una consecuencia: la Fe es superior a la Razón, y lo es no sólo por la nobleza de su fin, por suplir la Fe muchas veces a la Razón; sino también, porque su objeto, es a un tiempo visible en sus fenómenos e invisible en la substancia. O como más claramente dice un autor francés, «El fenómeno conduce lógicamente a afirmar la substancia; porque está ligado a la substancia, como el efecto está ligado a su causa. Ahora bien, yo no veo la causa en el efecto, pero concluyo legítimamente del efecto, la causa. Del mismo modo tampoco veo la substancia en el fenómeno, pero concluyo legítimamente del fenómeno, la substancia. Y por consiguiente, la Fe, tiene el carácter de una verdadera ciencia bajo dos relaciones en cuanto que prueba los fenómenos religiosos, y en cuanto establece en ella, la unión cierta que tiene con un orden substancial, que nos queda oculto».

Mas, ¡Oh grandiosidad! Estos dos faros luminosos confunden sus resplandores sin rechazar sus luminosidades, sin contradecir la universalidad de sus acciones; porque no la hay entre la Razón y la Fe, ni entre las verdades científicas y las reveladas. Ya el gran Pontífice Pío IX, en 1846, en su célebre encíclica «Qui Pluribus», decía elocuentemente: «La Razón y la Fe no tienen nada que temer la una de la otra, puesto que, tanto la una como la otra, se derivan de la misma fuente de verdad única e inmutable, que es Dios». El Concilio Vaticano, en su Capítulo Cuarto, en que se trata de la relaciones que existen entre la Fe y la Razón, se expresa en estos términos:

«La Iglesia Católica, unánimemente ha profesado, y profesa aún, que existen dos órdenes de conocimientos distintos, no sólo por su principio, sino también por su objeto: por su principio, porque en el uno conocemos con luz natural, y en el otro por la Fe Divina; y en el objeto, porque se proponen a nuestra creencia, no solamente aquellas cosas que la razón natural, puede llegar a conocer, sino misterios ocultos de Dios, de que sólo podemos tener conocimiento, por la Divina Revelación». Y más adelante: «Aunque la Fe sea superior a la Razón, nunca puede haber oposición, entre una y otra, pues el mismo Dios que revela los misterios e infunde la Fe, ha dado al alma humana la luz de la razón, y Dios no puede negarse a sí mismo, ni una verdad contradecir a otra verdad». O como decía el sabio Jesuita Devivier: «No sólo no pueden disentir jamás entre sí la Fe y la Razón, sino que antes se auxilian la una a la otra: por un lado, la recta razón demuestra los fundamentos de la Fe, e ilustra por ésta, cultiva la ciencia de las cosas divinas; y por otro, la Fe libra y preserva de errores a la razón, y la enriquece con diversos conocimientos. Por esta causa, lejos de oponerse la Iglesia al cultivo de las Artes y de las Ciencias humanas, las fomenta y propaga, por cuantos medios tiene». ¡Dígalo si no, la historia de la Civilización humana, en cuyas páginas, escritas por propios y extraños, están consignados miles de descubrimientos científicos y artísticos, llevados a cabo por lumbreras que irradian en sus mentes la más alta cultura de la época, y en sus corazones la fe rendidísima de la Fe de Cristo y de su Iglesia! ¿Quién no conoce la improba y ardua labor

de los monjes benedictinos? Cuando el huracán iconoclasta de los bárbaros, redujo a escombros y cenizas, los grandes monumentos aportados en las bibliotecas antiguas, en dónde se refugiaron las Obras sobrevivientes, de tan furibundo naufragio, sino en los mansos conventos? Fué bajo la mano humilde del monje, donde la ciencia encontró su amparo. Alejandría y Babilonia resucitaron en los regazos de los frailes. Y fueron esos despreciados frailes, el puente maravilloso, por donde la ciencia, el arte y la cultura de los antiguos pasaron a la edad medioeval, y de ella, bajo la amorosa tutela de la Iglesia, a nuestros días. «No fué ella, pregunta el insigne escritor Pío Demandato, la que, cuando los grandes y poderosos señores de la tierra, apenas sabían escribir su nombre, salvaba del naufragio de una edad alborotada, la Iliada, la Odisea, la Eneida, los diálogos de Platón, los tratados de Aristóteles, las obras de Sófocles, de Eurípides, de Tácito, de Tito Livio y de tantos otros? ¿No fué ella quien, con intrépida paciencia, descifró los manuscritos, ordenó las colecciones, declaró y confrontó los Códices?

En las artes, quién podrá disputarle al monje Guido d'Arezzo, su clave musical? A Gregorio Magno, la gravedad del canto eclesiástico, que lleva su nombre ante el cual el mismo Mozart decía, que daría toda su música, por haber sido el autor de la melodía del «Dies Irae». En la Edad Media los monjes escribieron tras de largas y sesudas averiguaciones, la Flora y la Fauna de toda Europa, y en el siglo XVI la de América y Oceanía. El Padre Castel fué el primero que habló del orden diatónico y crómico en los colores. El

Padre Francisco Maurolico (1575) en la estructura del ojo humano, buscó la explicación del fenómeno de la visión, y describió con exactitud la marcha de los rayos luminosos a través de la córnea y del cristalino. Al religioso Domingo Magnan se deben los preparativos del microscopio.

No quiero hablar aquí de las figuras enhiestas de Fé y profunda ciencia de Meléndez y Pelayo, de Ricardo Leon y Donoso Cortés. De la suficiente fuerza para sostener la responsabilidad de la ciencia y de la Fé que caracterizaron a Isaac Newton, Leibnitz, Descartes, Pedro Fermat, Ticho Brahe, Leverrier, Schiapparelli, Foucault, Luis Galvani, Alejandro Volta, Andrés María Amper, quienes en muchos de sus escritos, decían con Kelvin: «Si se reflexiona bastante, la ciencia hace creer en Dios».

Sí, no hay ramo de la ciencia, que no lo haya abordado la fé Cristiana. El primer libro de Derecho Internacional: «De re Diplomática» se debe al padre Victoria y al benedictino Juan Mabillon. Serían acaso anomalías la fé espigada en las figuras literarias de Teresa de Jesús, Lope de Vega, Fray Luis de León y Calderón de la Barca? Por qué habrá recogido la historia de la elocuencia los nombres de Bossuet, Massillon, Lacordaire, el Padre Félix y Bourdaloue?

Y si de espíritu patriótico se trata, de amor ferviente a la libertad de los pueblos, aunque pese a muchos, corazones llenos de fé, que latían junto al altar de Cristo han sido en muchas ocasiones los que han dado la voz de alerta, enarbolando banderas cuando el momento decisivo se ha llegado de reclamar la conciencia de la multitud comprensiva,

sus derechos y mantener su autonomía. Allí está Manuel Antonio Acevedo, piadoso sacerdote, abogado y ferviente patriota argentino, firmando el Acta de Independencia en 1821; a Manuel Alberti, sacerdote, redactor de la Gaceta de Buenos Aires y miembro de la sociedad de «Los Siete». Y es que la fé, señores, inspira misericordia, y la Razón se yergue ante la injusticia, y nadie mejor que el sacerdote puede apreciar esta dualidad espiritual, como representante de aquel que dijo un día a la malicia farisaica «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios» y ante esta ideología altiva del espíritu, forjada por los acentos del carácter individual se perfilaron en los momentos de nuestra reclamación las personalidades de Morelos e Hidalgo en Méjico, cuyos nombres vibran en la conciencia nacional del pueblo azteca, como vibra en esta hidalga República Salvadoreña los nombres inmortales de José Matías Delgado, los de los Padres Aguilar, Manuel José Arce y Simeón Cañas que supieron armonizar junto al Pabellón de la Patria que reclamaba su Independencia y la suspensión de la esclavitud, la fé inalterable de sus conciencias, a pesar de las pruebas que tuvieron que experimentar en tan ardua empresa.

«Yo no conozco, (nos dice Güell en «El porqué de mi fé), decía Cánova a Napoleón, otra religión que haya prestado tanta influencia para el fomento y desarrollo de las artes como la religión del Cristianismo. Juan Guttemberg no fué eclesiástico, pero fué un genuino católico, y a él se debe toda la grandiosidad que al mundo cultural trajo aquel movimiento científico - artístico que

se llama Renacimiento. Y hay que confesar sin embajes que este movimiento científico fué amparado más que por los cetros de los Reyes, por el manto de los Papas que, así como dieron coronas a los Emperadores, ciñeron las frentes eximias con laurel de oro a los poetas y artistas. De la mente de Nicolás V nos dice un célebre comentarista, surgió la idea colosal del Vaticano y de la Iglesia de San Pedro en Roma, que dejaron para las generaciones venideras los destellos inmortales de Miguel Angel, Rafael y Bernini. La mística cristiana hace imperecedero el colorido y la forma de Fray Angélico, Leonardo de Vinci, Murillo y Velásquez.

Y con orgullo señores, podemos decir que el catolicismo ha puesto en el mundo la piedra angular de la enseñanza del pueblo como la enseñanza de los literatos, y la historia de los centros de luz está abundante en sus páginas desde la fundación de la Sorbona de París por el canónigo Roberto Sorbón, la de Alcalá impulsada por el Cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, la de Salamanca llamada «Maestra de todas las Ciencias» por Alejandro IV con Alfonso IX hasta la Academia Francesa con el «Colegio de las Naciones» fundada por Richelieu y el Cardenal Mazarino.

Y para qué andar lejos! El Obispo Enrique Rivera trajo a Centro América la primera imprenta: Los Padres Narciso Monterrey y Antonio Cañas en 1841 fundaron la Universidad de El Salvador y el Padre Andrés de las Navas fundó la Universidad de León, de Nicaragua. Coincidencias admirables! Por qué será me pregunto, que la ciencia anda como un fantasma alrededor de

los cultivadores de la fé de una manera obsesionante y como una natural consecuencia del amor a Dios en la forma como suele darse amando a sus semejantes dando sin egoísmo el pan confortable de la luz a las inteligencias ambrientas y nostálgicas de este pan y de las alturas de la cultura y la civilización? Ninguna institución en la tierra puede arrogarse el título en tiempos modernos de misioneros de la Verdad como la Iglesia Católica y su autoridad representada en la figura venerada del Sumo Pontífice, desde las alturas del Vaticano con bendición paternal despide a diario, a caravanas portadoras de la civilización cristiana, a tierras desconocidas y desgarradas por la barbarie y la ignorancia, y en donde el poder de muchas naciones, que falsamente ostentan su poderío en la misma ensangrentada Europa, saben mantener con fines lucrativos en ese estado, a muchos pueblos de sus dominios coloniales.

La gravedad de un discurso exige, señores, ser parco en detalles y por eso me abstengo de la enumeración de tantos sabios, principalmente las incontables obras de profunda ciencia y de inigualable fé que caracteriza en todo el mundo a esa sabia compañía de Jesús, cuyo prestigio cada día sorprende a los científicos al admirarlos, desde las alturas de los observatorios astronómicos, hasta en el humilde oficio de enseñar a los semi-desnudos que amparan a sus misiones. Demás está pues la obra del filósofo neoyorquino Guillermo Draper que, en su «Conflicto entre la Ciencia y la Religión», veía razones contrarias a la verdad de mi tesis, ya que muchos hombres de Fé y de ciencia indiscutible, están de acuerdo que no son

incompatibles «El creo en Dios Padre» con las leyes de Kepler. «El Padre Nuestro» no obstruye ni el serpentín del químico, ni el microscopio del biólogo. O como dice un elocuente canónigo centroamericano, la lectura de la Sagrada Escritura no está en pugna con los tratados más adelantados de la ciencia. Un altar católico no se ruboriza ante un gabinete de Física, y un Crucifijo queda espléndidamente bien, junto al bisturí y el termómetro.

Queda pues fuera de toda duda que la Razón y la Fé no son en ningún modo incompatibles. Según la doctrina Católica dice un sabio expositor cristiano, «la Razón tiene su objeto propio, distinto de la Fé», «y, aún aquellas cosas que son objeto de esta última, desempeña la Razón un oficio serio e importante. A élla pertenece el trabajo de coordinar entre sí las diferentes verdades reveladas, mostrar los vínculos que las une, probar cada una de ellas con argumentos propios, deducir las consecuencias que se desprenden; en una palabra, reunir en un cuerpo científico todas las verdades biológicas, a lo cual llama el Concilio cultivar la ciencia de las cosas divinas».

Qué más pueden pretender los que se proclaman campeones de la Razón humana? Cómo pueden decir, con alguna apariencia de verdad, que la Iglesia Católica no reconoce los derechos de la Razón, que no hace sino aplastarla bajo los pies de la autoridad? Pareciera que no la quieren demostrar con franqueza sino aquellos espíritus vanidosos que pretenden no tenerla por pasar por hombres ilustrados. O como dice Juan Papini en el «Crepúsculo de los Filósofos», «Los que se dicen espíritus, libres, porque han deserta-

do de la Milicia por los Ergástulos, deliran por asesinar por segunda vez a Jesús. Por matarlo en el corazón de los hombres. Búfalos presuntuosos que habían tomado las bibliotecas por establos, cerebros aerostáticos que creían tocar el cielo subiendo en el globo de la Filosofía, profesores enardecidos por fatales borracheras de Filosofía». Esta clase de espíritus, señores, son los que desprecian la Fé, creyendo una humillación creer las cosas Divinas cuando no se tiene ningún ambaje en creer no sólo las cosas naturales sino la autoridad de dómynes pedantes, indignos muchas veces de aquella creencia que proclama la Iglesia tan racional y tan aceptable que no sólo convence sino que pone como base la Razón según el decir de Santo Tomás «La razón nunca se inclinaria a creer, si claramente no se viese forzada a ello» palabras que eran un eco de las de San Agustín «No quiere Dios que la sumisión que se nos exige respecto de todo cuanto forma parte la Fé, nos impida buscar e inquirir la Razón de lo que creemos, puesto que si no estuviéramos dotados de razón ni siquiera podríamos creer».

Quiero concluir señores diciendo que la Fé salva al mundo. Porque la Fé dice un gran orador de Nuestra Señora de París, es la condición de la libertad, la libertad es la condición de la virtud y quién se atreverá a decir que la virtud no salva al mundo? Por esto el precepto que el Salvador ha repetido con mayor frecuencia, es el precepto de creer «Sabe que tu fé te ha salvado» dijo Jesús al ciego de nacimien-

to cuando le daba la vista. Creéis que yo pueda hacer ésto? Si no veis señales y prodigios, no creeréis? Porque has visto Tomás has creído! Dichosos los que no han visto y han creído. Esto es, dichoso aquel que ha amado tanto el Bien, que ha amado tanto a Jesucristo, que le ha besado los pies sin necesidad de tocar sus heridas con la mano, porque las ha tocado con la Fé. Oíd aún más: todo es posible al que cree; si no tuvieses tanta fé como un grano de mostaza, y dijéseis a esta montaña, hasta acá se apartaría; y esto es verdad a la letra. Necesitáis de máquinas para obrar en la naturaleza. Empleáis fenómenos para producir los fenómenos; pero cuando se trata por la sustancia, y sobre la sustancia, cuál no debe ser la grandeza de sus efectos? Y por qué no se transportarían las montañas como la paja? Arquímedes no pedía más que una palanca y un punto de apoyo para levantar el mundo. Pero en su tiempo la palanca y el punto de apoyo no eran conocidos; lo son ahora; la palanca es la Fé, el punto de apoyo es el pecho de Nuestro Señor Jesucristo. Sí, la Fé, es omnipotente porque, ella sola llega hasta la sustancia, mientras que todo lo demás es de un orden puramente fenomenal y sustancial; la Religión es omnipotente también, porque es hija de la Fé, órgano de la Fé, madre de la Fé, su misión es el hacer prevalecer la sustancia sobre el fenómeno, el fondo sobre la superficie, lo infinito sobre lo finito, lo eterno sobre lo pasajero, lo inmutable sobre lo movable, la eternidad sobre el tiempo, Dios sobre el hombre».

V I C E N T E V E G A A . , P b r o .

“No Hay Incompatibilidad Entre la Razón y la Fe”

Palabras de Respuesta al Anterior Discurso

Por Don ALFONSO MEJIA ROBLEDO

Careciendo de tiempo en los últimos días para hacer un estudio de fondo sobre el tema que con tanta prestancia y donosura acaba de tratar el muy distinguido beneficiario del Ateneo, Presbítero don Vicente Vega, le doy en nombre de la Corporación la más calurosa bienvenida, le expreso mis felicitaciones muy sinceras por la gallardía y finura con que, dentro de su carácter religioso ha sabido abordar tan delicado tema, y me refiero someramente a la esencia misma de su discurso.

Indudablemente, «no existe incompatibilidad entre la razón y la fe». En el siglo XIX, a partir de la Revolución Francesa y desde que las ironías disolventes de Voltaire y de sus secuaces sentaron cátedra de descreimiento, los apóstoles enfatuados de las ciencias infusas quisieron oponer a los dictados de la fe los postulados de la razón, y a estos propugnadores se les llamaron positivistas —principalmente a los continuadores de las filosofías de Augusto Comte, como Littré y Stuart Mille—, jacobinos y no sé qué otras zarandajas...

Pero ningún hombre de ciencia verdadera, ningún auténtico sabio opuso jamás la claridad de la razón a la lumbre indeficiente de la fe, y si acaso olvidó el camino de ésta para buscar las luces de aquella, retornó dolorido a la más noble etapa de sus sentimientos, aunque fuese a la hora postrera de su vida. Tal

aconteció a los más grandes escrutadores de la verdad, a los más altos artífices del pensamiento —como apunta Renán— y aún en la época moderna pueden citarse casos de retorno al origen de las creencias alimentadas por la fe, como aconteció al gran escritor contemporáneo Giovanni Papini.

A fines del siglo pasado y comienzos del presente, se recrudeció el afán demoledor de oponer a la fe la fuerza incontrovertible de la razón, y en las juventudes de la época —cualquiera lo recuerda— ese afán tomó caracteres combativos y, siendo apenas a modo de *snobismo* o de simple modalidad deslumbradora, tomó carta de naturaleza entre nosotros con pretensiones reformatrices del llamado atraso social.

¿Y cómo sería para los enemigos de la fe y apóstoles de la razón —para no citar lo acaecido en Colombia— el caso de un Miguel Antonio Caro, filósofo y gramático de la más pura cepa, escritor y poeta de relieves inmortales, estadista y maestro de juventudes, orador y filósofo, quien después de ser Presidente de la República, solía con frecuencia ayudar, como un sacristán cualquiera, a un humilde párroco a celebrar la misa? Qué significa esto, sino que en vez de oponerse la razón a la fe, entre ambas se aúnan y fortalecen, como que las dos proceden del mismo venero luminoso?

Y cuántos casos trascendentes en

la historia de la humanidad, en los cuales influyeron la razón y la fe, se hubiesen presentado y resuelto mejor si el sentimiento nacido de ambas se hubiera tenido en cuenta! He aquí el caso de Pilatos, frente a Jesús, un Reo *sui-géneris*, de carácter divino, a quien debe juzgar y sentenciar, porque así lo exige la muchedumbre que los rodea, pidiendo a gritos insolentes la crucifixión del acusado silencioso! Ved al gobernador de Judea, al representante del César romano —que en este caso significa la razón, hombre inteligente y apasible, blando y elegante, escéptico y socarrón, sin fe en nada ni en nadie, pero muy amigo de complacer a sus amigos y de agradecer a su pueblo, como tantos hombres y funcionarios de nuestra época! Védlo ahí, flexible y burlón, elegante y perfumado, con esa sonrisa precursora desde entonces de la sonrisa maquiavélica y volteriana, gobernando un pueblo el más fanático y religioso de la tierra y frente a la Causa más trascendente y conmovedora de los siglos pasados y de los siglos venideros! El trata de buscar la verdad, de encontrar la justicia, de salvar por encima de todo su propia conveniencia y, entre los gritos de la plebe, alguien se acerca con un mensaje verbal de su mujer, cuyas son estas palabras: «No te mezcles con las cosas de ese Justo, que son muchas las congojas que hoy ha padecido en sueños por su causa». La mujer de Pilatos representaba la fe, y cualquiera puede imaginarse la ironía con que el gobernador de Judea sonreiría ante tales palabras de advertencia, con ese gesto de pulcritud y de elegancia con que luego lavóse las manos para tratar de conciliar lo inconciliabile con la entrega del Reo.

«Amarlo todo para comprenderlo todo», decía Guyau. Y Ricardo León, príncipe de las bellas letras y príncipe de la fe y de la razón opónese a ese principio con las siguientes palabras: «El criterio verdaderamente científico es que el amor entre por las puertas del conocimiento. El que ama mucho apenas reflexiona, mientras que el que reflexiona y comprende tiene mayor capacidad de amar. Hallo aquí la diferencia entre la fe y la razón, que no son cosas desemejantes sino extremos de la misma cosa. La gran morada de la vida tiene dos puertas: una, el sentimiento, y otra, la razón; y todo se reduce a saber por cual puerta habemos de entrar. Lo más lógico es penetrar por ésta del claro conocer...»

Para quitarle el carácter que pudiéramos llamar religioso y ponerle más a tono con la modernidad, suele decirse ahora *optimismo*, en vez de *fe*, que es mirar todas las cosas por el lado mejor y esperar siempre toda suerte de ventura. Pero en el fondo, es sólomente fe. Y cualquiera que sea el nombre que se le dé a este sentimiento o convicción íntima, ella mueve la voluntad y alienta la propia vida. Tiene uno fe en Dios, fe en el porvenir, fe en sí mismo. Y dice bien quien dice que «la fe mueve los montes», pues la fe es la fuerza avasalladora que lanza a los hombres a las más grandes empresas, a las más temerarias hazañas, a los más increíbles heroísmos. Por la fe se libertaron los pueblos subyugados; por la fe, Cristóbal Colón, el más grande taumaturgo de la edad media, descubre la América; por la fe, Fernando de Lesseps, cruza el desierto del Egipto con las aguas de un canal oceánico considerado cien veces im-

posible por todos los artífices de la razón de aquella época, y luego acomete una obra similar en América que es maravilla de la moderna ingeniería.

Y qué cosas no podrían decirse, obradas por la fe, en el campo religioso? Acaso las gentes bien informadas en asuntos espirituales, no conocen cientos y miles de casos, venidos a través de la historia, en alas de la tradición o de los textos sagrados, en las cuales aparece la fe como fuerza suprema que mueve las voluntades y mueve los pueblos y es madre de grandezas y de heroísmos, y de hazañas pasmosas, y de cosas increíbles nunca soñadas por la simple razón humana? Y qué es el amor, el más humano y divino de los sentimientos, sino todo el destello de la fe colocado a la par de la razón, o por encima de ésta casi siempre, en el objeto amado?

¿Queréis saber uno de los casos más hermosos de la fe, sobre el cual nos hablan las Sagradas Escrituras, los poetas de la antigüedad y aún las mismas fábulas amorosas que vienen del pasado con ese aroma de leyenda y de virtud embrujadora? Hélo aquí: Job, el triste poeta de la Biblia, está leproso y ha sido abandonado sobre una muerta llanura, a la plena intemperie, sin un árbol que le dé sombra, ni una brizna de yerba que le dé frescura a sus ojos cansados y de los cuales ha huído el sueño y el reposo; las llagas le taladran sus carnes y una aguda fiebre estremece su cuerpo. Por aquella sedienta comarca no atraviesa ni un pájaro, como si estuviese maldita. Apenas se puede observar a lo lejos los temerosos caminantes, que huyen de todo posible contagio del mal de Lázaro. El poeta lacerado no ha consentido nin-

gún regalo para sus carnes martirizadas, ni techo, ni abrigo, ni sustento, ni siquiera una dura almohada para colocar su cabeza dolorida. Los gusanos salen de sus llagas y se pasean por su cuerpo y, para hacerle más duro su martirio, las voces sin piedad de su cónyugue que le trae las sobras de la comida de sus criados, vienen con frecuencia a increparlo y escarnecerle, a pedirle que se rebele contra el Creador y reniegue de su destino!

Así se iba acabando lentamente el probrecillo poeta de la Biblia. Y en su fiebre solía recordar las horas de salud y los días de abundancia de su hogar destruído; sus hijos y su hacienda; sus camellos y corderos; sus criados y comodidades; los regalos y banquetes con que había solido acariciar sus días juveniles. Y lloraba el poeta, mientras su áspera consorte lo convidaba a la desesperación y a la protesta. Pero el dulcísimo mártir, con santidad inenarrable, volvía los ojos a Dios, empañados en lágrimas y en infinita angustia, y decíale también con infinito amor: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tornaré a la vida; el Señor lo dió y el Señor lo ha tomado; sea su nombre bendito y alabado por todos los siglos de los siglos...»

Y cuentan que acertaron a pasar por aquel lugar, convertido ya en estercolero, cuatro personas de calidad, príncipes de comarcas vecinas que habían sido en su mocedad amigos de Job y compartido con él holguras y placeres, y al verle de tal guisa lacerado y llagoso, desnudo y mugriento y con los ojos llenos de lágrimas, se pusieron a llorar también y, acongojados y conmovidos rasgaron sus vestiduras, cubriéronse con el polvo de la tierra sus cabezas

enantes rizadas y olorosas y, sin hablar palabra, acompañaron al poeta, en oración y penitencia, siete días y siete noches.....

Mas llegó un momento en que, ya sólo el poeta lacerado, apareciósele Dios y lo invitó a platicar con él sobre la vana pretensión de los hombres de querer penetrar los designios divinos y sobre la esterilidad de los lamentos y protestas. Y el Señor quiso recompensar la humildad y la fe del más triste y lastimado de los poetas de la antigüedad y quiso aliviar sus padecimientos y dolores.

Y he aquí que de la tierra estéril reseca y en el propio lugar donde las lágrimas del cuitado habían humedecido la superficie, brotó súbitamente un arbusto de ramas alargadas y fragantes llenas de hojas movedizas, un arbolito adventicio que fué creciendo con rapidez inusitada y que pronto pudo cubrir el sitio polvoso donde yacía el cuerpo de Job y darle sombra y frescura con sus brazos piadosos. Y como si el abrigo deleitoso de aquel árbol nunca visto en la aridez de la comarca poder tuviese para curar los males y devolver los bienes perdidos, las úlceras de Job se fueron secando rápidamente; el ardor de su fiebre cediendo fué el paso a la frescura de la brisa que impulsó los ramajes; la angustia y las congojas de aquel cuerpo cien veces lastimado se trocaron en llanto y emoción y empezaron a salir en torrente con las lágrimas que corrían de sus ojos y una extraña dulzura fué invadiendo la morada interior del cuitado. Mientras los ávidos gusanos se desprendían de las llagas, ya secas, y resbalaban en tropel hacia el suelo y luego trepaban al arbolillo prodigio-

so, caían también las costras y se borraban las cicatrices y un color sonrosado volvía a cubrir la piel enantes infecta y destrozada... Y el poeta después recobrar pudo, con su salud, sus hijos y su hacienda y toda la ventura que había perdido.

* * *

El Reverendo Padre Vicente Vega, varón de finas letras y distinguido expositor, cuyo es el ensayo sobre el tan bello tema a que me vengo refiriendo, cita con propiedad los nombres de muchos valores excelsos, togados con el hábito religioso, que han honrado las artes y las letras en muchos países y que han señalado a su patria los derroteros de la liberación y del progreso, como el Padre Matías Delgado, de grata y perdurable memoria en Cenfro América. Y apenas si haya un país que no cuente entre los héroes de su epopeya libertadora la figura preclara de un varón de la iglesia, y que no cite con orgullo nombres sacerdotales orlados con la aureola de la sabiduría y con los bellos atributos de la elocuencia y de la versación en las letras humanas.

En Colombia, para no referirme sino a algunos de los nombres excelsos de la iglesia que en el presente siglo han ofrecido laureles de gloria a la patria, cítase con noble alarde a Monseñor Rafael María Carrasquilla, orador eminentísimo tenido entre los primeros del continente, filólogo, tratadista y gramático, fundador en Bogotá de la primera Facultad de Filosofía y Letras establecida en la América hispana, y cuyo verbo arrollador arrebató a las multitudes en la ciudad de Lima, donde fuera en 1924 como parte de

la Delegación de Colombia al primer centenario de la Batalla de Ayacucho. Monseñor Carlos Cortez Lee, orador no menos egregio que atraía con su palabra sapientísima a las muchedumbres, a los científicos y a los letrados, como atrae el panal a las abejas peregrinas. Y ahora tenemos a Monseñor José Vicente Castro Silva, insigne humanista y filólogo, académico y pensador, sucesor de Monseñor Carrasquilla en la rectoría del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario de Bogotá; al Padre Félix de Restrepo, Rector de la Universidad Javeriana, eximio letrado, académico y filósofo; a Monseñor Juan Manuel González Arbeláez, príncipe de la elocuencia y varón de virtudes preclaras; al Padre Enrique Pérez Arbeláez, Director del Instituto Botánico, sabio naturalista y hombre de finas letras. Y me haría in-

terminable si continuara citando los nombres de la iglesia colombiana que son honra y prez de la nación en el cultivo de las ciencias y de las artes humanas.

El nuevo y muy ilustre ateneísta, hace un recuento oportuno de los nombres inmortales que en la literatura mística han descollado con variada excelsitud, apóstoles de la fe y artífices de la razón que hacen cierto su apostolado incontrovertible de que «no hay incompatibilidad entre la razón y la fe». De mi sé decir que soy enamorado de la vena mística, venero inagotable de bellezas supremas, en cuyas fuentes prodigiosas he tratado de inspirar gran parte de mi modesta obra literaria. No resisto a la tentación, para terminar, de leerlos a fuer de información sobre mis aficiones místicas el siguiente soneto:

Mi Voz Clama en la Noche

*Señor, en esta hora mis ansiedades templo,
para decirte —en preces— lo que a mi rumbo falta;
quiero buscar tus huellas, pero está aún muy alta
la luminosa cúspide donde brilló tu ejemplo;*

*Vuelve a encender mi lámpara de fe bajo tu templo;
torna mi arcilla dócil; mi voluntad exalta;
como cuando era niño, de amor mi rufa esmalta,
pues de tan dulce modo más cerca te contemplo.*

*Naufragan mis sentidos en la órbita muda,
mi sombra sin tu sombra va huérfana y desnuda
y en este erial mis voces son un clamor perdido.*

*Señor, derrama un poco de lumbre en mi sendero;
dáme a besar tu veste... Quiero llorar y quiero
susurrarte... muy paso... mis cuiñas al oído...*

ALFONSO MEJIA ROBLEDO

San Salvador, abril 4 de 1940.

La Memoria de Instrucción Pública

En la sesión de la Asamblea Legislativa del día 3 de Abril del año en curso se recibió al Subsecretario de Instrucción Pública profesor don José Andrés Orantes, quien llegó a dar cuenta de sus actos durante el año de 1940, conforme la Memoria que leyera al respecto.

Debido a inquietudes y opiniones en rededor de la figura y actuación del señor Orantes, se marcaba interés en distintos sectores por escuchar su Memoria. Es así que ayer hubo gente en la barra de la Asamblea, entre la que se encontraban algunos profesores.

Comenzó la lectura de su Memoria, en la siguiente forma:

«Honorable Señores Diputados:

Una vez más comparezco ante vosotros para daros cuenta de los principales actos realizados por el Supremo Poder Ejecutivo en el Ramo de Instrucción Pública, durante el año de 1940.

Introducción

La vida es continua y eslabonada, sus eslabones componen la infinita serie de acontecimientos acaecidos en la realidad; y son los individuos y los conglomerados quienes forman la cadena histórica del tiempo, mejor dicho, la función del mismo, porque el tiempo sistematizado sólo es la expresión numérica del movimiento continuo; es ley del hombre la disputa eterna del espíritu y la materia, disputa que se manifiesta en transformaciones milagrosas, en

el teatro agreste del bosque, en el desierto, en el mar, en el Universo todo. Este mandamiento de actividad se manifiesta en el hombre que vive en nuestra patria, extensamente pequeña e intensamente grande, en el denuedo de fincar el señorío íntegro del espíritu. El Ramo que represento tiene a su cargo esta difícil tarea y la de consolidar la cultura del presente y la de los años pretéritos, para asegurar la persistencia del salvadoreño en sus relaciones personales, nacionales y mundiales, a fin de que su acción integral sea perenne.

Nuestra responsabilidad en esta suprema obligación del espíritu, relacionándose con la materia, reclamó una base: «CIENCIA PROGRESIVA», que tuve el honor de definir en este Augusto Recinto en la Memoria del año 39; «Ciencia Progresiva» que en la evolución escolar ha normado mi actuación hasta el último día de diciembre de 1940, con perspectivas hacia un mayor perfeccionamiento del hombre salvadoreño, por el sentido armonioso de la Filosofía, la Ciencia, y el Arte. Tal el lema del Despacho.»

En las anteriores palabras resume su responsabilidad espiritual, entrando después a hacer apreciaciones acerca del maestro, lo que significa ser maestro para la función de la enseñanza en los tres aspectos cualitativos, cuantitativos y positivos del hombre. Al enfocar al hombre-guía, fija con seguridad la función del ente integral, en calidad y cantidad y asienta así la valorización de la es-

cuela con respecto al maestro y éste con respecto a la escuela y al país:

«En la obra cultural que la Escuela Salvadoreña se ha impuesto, el encargado de esa función es el maestro; persona que perdió su carácter unilateral de enseñador para convertirse en el Hombre capaz de dirigir física y espiritualmente a los hijos de la Nación por los derroteros seguros del vivir intenso y constante; en efecto, desde el momento en que se extiende un nombramiento al maestro para que actúe al frente de los destinos de la Escuela, se tiene el propósito de enviar a un individuo capaz de comprender los problemas sociales y particulares de la localidad, en donde debe convertirse en un factor decisivo para el mejoramiento de la colectividad. Este es el criterio del Despacho de Instrucción Pública, y para que este criterio tenga vida en todo el país, es indispensable que las autoridades y nuestras clases sociales den al maestro el lugar que le corresponde en el desenvolvimiento de la Nación. Por otra parte, al Despacho competía iniciar cuidadosamente las investigaciones de las condiciones físicas, intelectuales y morales de quienes sirven las escuelas en el país, y empezar a dar a cada quien el lugar y categoría que le corresponde para que pueda desempeñar dignamente su cometido.

Pero cuando se trata de valorizar la cantidad y calidad en la actividad del hombre nos encontramos frente a dos grandes problemas: el uno interesa la personalidad del individuo objeto de la valorización, y el otro lo determina el cálculo del valorador. Estos problemas se resuelven ajustándose siempre a una base de legalidad o de respeto a los derechos de

las partes. El profesor es un trabajador que compromete los recursos profesionales y las condiciones espirituales requeridas para el ejercicio docente.

Los primeros son elementos que pueden objetivarse y someterse a cálculo; los segundos subjetivos, son escurridizos a la apreciación, se relativizan asombrosamente y sólo una legislación discreta puede reducirlos a una fórmula que garantice su ponderación. En este problema particular del profesor frente al Estado, nosotros hemos llegado a la solución ideal que, andando el tiempo, será la garantía de los intereses de las partes comprometidas: me refiero al Escalafón de Maestros.

Es preciso, sin embargo, que esta tabla de apreciación tenga el dato concreto del profesor, a fin de que señale ascenso o descenso en sus niveles valorativos. La labor escolar es diaria y acumulada a través de todo un año, y también de muchos años, ofrece un producto que demanda medida y precio. El maestro es también una unidad que trabaja y expone al cabo de cierto tiempo un resultado, el que puede someterse a un patrón, y considerarse su valía. De manera, pues; que la nación, por medio del maestro, está operando una labor que puede calcularse con una aproximada exactitud, en los efectos totales como en los efectos parciales. El trabajo particular del maestro, manifestado con un carácter dinámico en lo que toca a sus medios técnicos, de contacto social y de sentido ético, tiene una valoración que se lleva a su Hoja de Servicios. Esa valoración de ninguna manera es arbitraria.»

Se encarga después el profesor Orantes de sentar pie firme en el

terreno sobre que se mueven las fichas del educando y del educador. Es decir, el alumno y la escuela. Y aquí discrimina, sin recurrir a lo aleatorio o ilusorio, el ambiente, acentuando el ritmo diverso y universo en el recorrido de los valores: método y acción en el clima salvadoreño. Posesión de la verdad pedagógica dentro de la realidad. El alumno que recibe, el maestro que dá —y que al mismo tiempo recibe al experimentar—, y la escuela—función del Estado en función de cultura para perfección ciudadana—que acopla las diferentes acciones y que en ejercicio aplicado va propugnando medios para la perfección perseguida por el Estado, hogar supremo de todos los que en él están.

Nótase en las palabras del profesor Orantes, su anhelo de hacer más, de poner más volición, amor y espontaneidad en sus labores, y aprecia, conforme a su criterio, que también es el criterio de los que actúan en la escuela funcional, lo siguiente:

«En mi criterio, la Escuela del presente siglo, no es la célula estática de los pasados tiempos en donde se reunían: un sujeto que tenía por consigna «la letra con sangre entra» y unos seres condenados a repetir inconcientemente una serie de lecciones incoexas, arbitrarias, sin valor para su vida personal y social. La escuela es en nuestros días el laboratorio en donde se analizan las ideas, los planes y proyectos que los individuos y los pueblos deben desarrollar para cumplir su destino. Es una institución social en donde se busca solución a los múltiples problemas que a diario plantea la civilización moderna. Qué valor tiene para una Nación un grupo de niños

mál vestidos y desnutridos que exhiben un exagerado desarrollo intelectual, pero que no tienen un criterio exacto de lo que es el vivir? Ninguno, absolutamente ninguno.

Y si Instrucción Pública mantuviera un criterio de esta naturaleza, propiciaría una Escuela desfallecida, inerte, quieta; esa quietud anularía toda la savia jocunda que late en cada niño.

Hay Instituciones que anulan totalmente y por sus efectos, se llega a perder la esperanza en el hombre y la humanidad. El concepto de la Escuela Salvadoreña implica una función constante, la renovación de ella misma, en su acepción genérica».

*

«Tengo la pena de informaros que el edificio de la Escuela Salvadoreña está muy lejos de llenar su cometido de acuerdo con las aspiraciones de la Pedagogía moderna, en consecuencia, hay una necesidad imperiosa de edificar el aula en donde los hijos del país nutrirán su espíritu. Pero debemos construir no la casa de tipo extranjero que sirve de orgullo en las urbes europeas, sino la casa nacional que esté conforme con las demandas del medio y las posibilidades de la Nación, y ojalá que en día no lejano, tengamos en cada cantón y en cada pueblo la casa del niño salvadoreño. Basta revisar nuestro Presupuesto y ver la enorme cantidad que el Gobierno gasta en alquileres de casas inadecuadas, en muchas ocasiones anti-higiénicas; todavía no es posible alojar dignamente a quienes formarán los ciudadanos del futuro. Uno de los grandes ideales y actos del Gobierno, ha sido la organización de la

Defensa Social y si ella debe manifestarse más ampliamente, será en la construcción de la casa escuela».

Diciendo francamente el profesor Orantes, lo que aprecia respecto al aula, que requiere condiciones primordiales para la vida no sólo de la enseñanza, sino del alumno y del maestro, considera a continuación lo que a cuestión científica se refiere y en este sentido manifiesta:

«La parte científica incluye la exploración de sensaciones y percepciones, y la investigación de edades mentales.

Cuando expuse el concepto general de la organización de la Escuela Nacional, consideré los hechos centrales que caracterizan las tres Escuelas históricas de la Pedagogía. Hablé de la Intelectualista; de la simplemente Activa y de la Funcional. Hemos dicho que la última es la Escuela Oficial del país. Diremos todavía que el Despacho se apoyó en una razón científica para declararse por este Sistema en que se conjugan sujeto y medio ambiente por la acción del Maestro. Con esta base inamovible, las características urbanas, semi-urbanas y rurales se manifiestan enmarcando el desenvolvimiento del niño y la actuación del maestro, virtualizando así una interpretación determinante y saludable».

Se apropió en su reseña del aspecto pre-escolar y en este punto tiene fe en lo que hará la Asociación Pro-Infancia. Tiene fe y espera. Desde luego tiene su basamento en un por qué espera, ya que no se está trabajando sobre un plano de fantasía sino sobre realidad ambiente.

Abarco después lo que —si así puede decirse— más ha interesado

al señor Orantes: la escuela primaria. Porque la escuela primaria es la antesala del acontecimiento positivo del hombre. Porque si en el kindergarten se despiertan los sentimientos del niño, en la primaria se hace razón, se ejercita la razón y se hace funcionar la evolutiva de la conciencia individual, preparándola para la conciencia colectiva, patria y derivados de ésta: ya para un servicio eficiente adentro de ella o bien para un servicio fuera de ella en proyecciones trascendentes de cultura. Porque el hombre vive de relaciones y no puede aislarse de ellas. Y con estas relaciones funciona.

Conociendo esto el profesor Orantes dice en resumen, acerca de la primaria:

«Al decretar los Planes y Programas decíamos que la Escuela de El Salvador pretendía una enseñanza continua y correlativa. Estaba en mi deber recalcar esta continuidad y correlación técnicas. La he hecho al detallaros la clase de escuela y de Enseñanza conquistada en 1940.

Nunca será trivial repetir que el hombre necesita un sentido filosófico, un sentido científico y un sentido artístico en su evolución. Cuando uno de éstos falta o cuando se manifiesta separadamente, el hombre es incompleto. El mundo actual lamenta los fracasos de una cultura que no es integral. Las escuelas del sentimiento hicieron bandera y pretendieron llegar al fin, a base de emociones; las Escuelas Intelectualistas pretendieron abolir la delicadeza del sentimiento y forjaron hombres incapaces de sentir las maravillas de la vida y las escuelas absolutamente materialistas forjaron hombres máquinas, hombres que obran sin dis-

criminar sus pensamientos ni calificar sus vidas con sentimientos nobles.

La Escuela de El Salvador quiere un hombre integral, capacitado para todas las funciones naturales del espíritu, listo para cumplir las misiones que le corresponden a la vida corporal, digno de la interpretación de la naturaleza; un hombre que pueda buscar su causa, considerar su existencia y elevarse hasta Dios por un desarrollo constante y recíproco de sus capacidades.»

Y no queremos dar conclusión a esta información, sin que traslademos aquí el concepto que Orantes tiene de la enseñanza no sistematizada, lo que equivale a sentar métodos, o lo que es lo mismo a la actuación ordenada sin la palmeta ni el encarcelamiento que destruye en vez de construir, que aniquila en vez de impulsar y que somete en vez de liberar. Y a este respecto, dijo:

Enseñanza no sistematizada

No quedaría cumplido mi deber al relataros solamente el desarrollo de la educación no sistematizada. En el Salvador hay ansias espirituales que no las puede satisfacer una Institución sujeta a determinados Reglamentos. Es atendiendo a ello que debo detallaros aunque someramente la obra del Despacho en las otras manifestaciones de la Cultura Nacional.

El espíritu tiene tres grandes caminos para superarse: el científico, el filosófico y el artístico. El hombre consagra su vida a las difíciles investigaciones en los laboratorios, o sigue con paciencia virtuosa las causas y los efectos en busca de la verdad, en cualquiera otra dirección de la Sabiduría.

Voluntariamente el hombre se consagra a la reflexión y sus meditaciones profundas le llevan hasta lo inescrutable; se fascina ante las manifestaciones de una mañana de color, de una tarde arrebolada, de un mediodía candente, etc. Así, pues, el alma humana la podemos encontrar en una obra esencialmente científica, en un trabajo profundamente filosófico o en manifestaciones puras del Arte. Instrucción Pública segura de que su deber le llama a satisfacer todas esas ansias del espíritu de los salvadoreños, ha dado ayuda franca a las manifestaciones de cultura, con los medios económicos y morales de que ha dispuesto.

Cuando hablamos de cultura en estos términos generales, surgen en nuestra conciencia las tendencias antagónicas de diferentes Escuelas, las unas en sus fuerzas conservadoras, con pretensiones de limitar las almas jóvenes; las otras, con pretensiones futuristas irrespetuosas a la espiritualidad del ayer; y, ante esa disputa, Instrucción Pública abandonó su actitud pasiva e hizo que la acción culturizadora no solamente se desarrollara, sino que se orientara por rumbos vivos, destellantes de fe y esperanza; capacitando para pensar, sentir y actuar integralmente, por el Libro, el Arte y la Cátedra.

Nadie podrá negar que en esta hora del Mundo, todos los espíritus deben estar alertas a la conservación de los ideales más caros para el hombre. Parece que hemos llegado a un desajuste entre el individuo y los principios eternos que deben regir su vida, y por consiguiente, era y es oportunísimo predicar, enseñar, aconsejar e insistir por la conservación de los ideales que sustentan la Nación. Al nobilísimo ejemplo del

Jefe Supremo, General Maximiliano Hernández Martínez, siguió la voz de algunos Colaboradores de la Subsecretaría, de Instituciones particulares, de altas Autoridades Departamentales que convergieron a patentizar la doctrina de Paz y Amor, Libertad y Fe, que deben encender el espíritu de la Escuela. El que me permita informaros, Honorables Representantes, sobre estas actividades patrocinadas por la Subsecretaría con la devoción más honda, es motivo para que mi humilde condición de ciudadano se arogue el derecho a la satisfacción íntima y noble. La obra de divulgación espiritual que emprendió el Despacho por medio de la radiodifusión, fué intensa y constante. También las distintas Dependencias del Ramo se encargaron de popularizar nuestros ideales de Cultura, por medio de revistas y boletines que se distribuyeron hasta en los lugares adonde el radio y la cátedra no pueden difundir.»

Bueno... Y después se extendió en apreciaciones acerca de la Universidad, de los Institutos de comercio, dando después cuadros y fórmulas de actuaciones abarcadoras de la labor desarrollada, esquimatizando así la trayectoria de lo que es la enseñanza integral en el país, bajo la inmediata responsabilidad de Instrucción Pública.

Al referirse al ATENEO DE EL SALVADOR, institución que si bien tiene su autonomía en cuanto a sus afanes ateneistas de alta labor mental, es una dependencia de la

Subsecretaría del ramo en cuanto a una parte de lo económico, ya que por medio de Instrucción Pública el Gobierno ayuda a la Institución.

Acerca del ATENEO DE EL SALVADOR, expuso.

“Ateneo de El Salvador

Algunas Instituciones de Cultura en los últimos años, han tenido una propensión grande a permanecer alejadas. Su existencia sólo tenía una manifestación: el «nombre»; nombre que conquistaron en época de determinadas actividades que pasaron y no volvieron a manifestarse. El criterio del Despacho sobre Cultura está definido: es una fusión; la fusión del vivir.

El ATENEO DE EL SALVADOR se caracterizó en 1940 por esa fusión trascendente. No duerme, no está anquilosado, vive, y su vida ha sido rica en frutos, su semilla se regó desde la tribuna, desde las columnas del periódico y por medio del libro.»

Y de esta manera, el 3 de abril dió cuenta con sus labores en la Asamblea Legislativa, el Profesor José A. Orantes, Subsecretario de Instrucción Pública, quien fué felicitado por los miembros de aquel alto cuerpo del Gobierno y por particulares. En cuanto a ATENEO, envíale sus parabienes, con anhelos de que el adelanto prosiga, no importa que se reciban guijarros, recompensa para toda voluntad y buena intención.

LIBROS RECIBIDOS

RAFAEL MARIA BARALT y RAMON DIAZ, con notas de Vicente Lecuna «Resumen de la Historia de Venezuela» desde el año de 1.797 hasta el de 1.830. — 3 tomos — Brujas—París. Desclée de Brouwer. 1.939.

Es importante, desde cualquier punto de vista que se aprecie, conocer la existencia de una civilización, cultura, proyecciones de ésta, así como también la historia de un Continente, Nación Ciudad e individuo. De ahí que la preocupación por la historia sea natural porque con esta preocupación se llega al fondo desde donde arranca nuestro porqué existencial. Venezuela ha querido recoger hasta donde pueda la historia que abarca desde 1.787 hasta el 830 cuando Bolívar capitaneaba la integridad de las naciones americanas para el servicio de una fraternidad real, duradera y trascendente. Al amparo de la Academia Nacional de Historia de Venezuela, con motivo de su cincuentenario, se ha reimpresso esa historia de Baralt y Díaz, distribuyéndola a todas aquellas Instituciones y hombres de estudio para que vayamos formando conciencia de lo que ha sido y es cada una de las naciones americanas para que por ello conozcamos lo que vibra en posesión permanente en América.

Es indudable que en estos momentos las Instituciones de cultura de cada país están buscando desenterrar lo que ha habido, y en esta búsqueda presentar el valor de sus actuaciones, a fin de que ampliamente sean conocidas. Venezuela, país de grandes posibilidades económicas

y de cultura, toma su puesto y hace lo que le corresponde en tal sentido.

* * *

C. H. HARING, «EL Comercio y la Navegación entre España y las Indias en época de los Habsburgos.» — Academia Nacional de la Historia, Caracas, Venezuela—París, Brujas, Desclée de Brouwer, 1.939.

He aquí otro documento de gran significación para ese conocimiento de que veníamos hablando anteriormente. Son datos precisos con el respaldo histórico de nombres, acciones, sucesos y transiciones. Nótese cómo, tal como acontecía con Centroamérica, los galeones de España iban y venían en procura de material aurífero obteniéndolo por medios baladíes haciendo con ello fantásticas las ganancias. Venezuela, que como todos los países del Continente, estuvo bajo la dominación de una colonia regida por el Consejo de Indias sufrió las manipulaciones que se hacían por las autoridades dominantes en la Colonia.

En este libro se detallan hasta las tasas que eran impuestas fehacientemente por aquellos días y desde luego no se ha escapado al historiador documentarse con eficiencia a fin de poner con seguridad aspectos y lineamientos de tal comercio y de tal navegación entre España y las Indias en época de los Habsburgos. Desde luego reviste un gran interés esta serie de documentaciones que son aporte valioso para la historia del pasado continental.

* * *

C. H. HARING, *Los Bucaneros de las Indias Occidentales en el Siglo XVII. — París — Brujas. Descríbe de Brouwer, 1.939, 2a. edición hecha por la Academia Nacional de la Historia, Caracas, Venezuela.*

He aquí otro relato de acontecimientos desarrollados en ese Siglo XVII propicio al bucanerismo y que dio tanto quehacer en las aguas que bañaban los países del Continente. La mayor parte de episodios de que fueron testigos estos países se encuentran descritos en sobrio estilo por el Señor Haring. Allí los Dampier, los Jacques Sore, los Terrier, los Drake: figuran con todas sus estrategias, con todos sus asaltos, con todo el impulso de que fueron capaces para las fechorías del bucanerismo activo y piratería a la manera de un William Walker que quiso dominar a las repúblicas de la América Central.

* * *

MELVIN M. KNIGHT. «*Los Americanos en Santo Domingo.*» Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo. Imprenta Listín Diario, 1.939.

La protesta viril y justa de una raza domeñada encuéntrase en este libro documental. Se trata nada menos que de historiar la forma en que los hijos del Norte de América, penetraron a la República Dominicana, haciendo lo que demasiado conocido es, como demasiado documentado. En este libro está el relato patético de las formas en que los hijos de aquel país han vivido la dominación. Por lo tanto en este volumen la narración tiene vida y por ella el lector conocerá de que hay en

los hijos de aquel pueblo la suficiente energía para disponer de los destinos del país como de lo que en este país existe. Sin embargo el criterio ponderado debe de apreciar estas formas para cuando sea el momento oportuno, restañar heridas, curar dolencias y entrar en la existencia soberana a que todos anhelamos.

* * *

Dr. VICENTE DAVILA. «*Destrucción de Pregonero.*» Tipografía Americana, Caracas, Venezuela,— 1936.

Es un opúsculo que narra parte de la vida accidentada ocurrida en un lapso de la política efectuada durante el mandato continuado de Vicente Gómez, en Venezuela. El doctor Vicente Dávila es un eminente hombre público de Venezuela que se mantiene en actividad para servir a la cultura.

Este opúsculo es la reseña verídica de la forma en que fué destruido no sólo el derecho de algunos individuos, sino su forma de vida: lo que de ellos era propio con el derecho natural inmanente de todo ser humano. Pregonero es un lugar en donde se cometieron desaguisados por insurgencias en diferentes épocas de aquel tiempo en que dominó la hermana del sur el gobernante Gómez. Es un libro de información y como tal debe tomarse para la documentación histórica oportuna.

* * *

Dr. VICENTE DAVILA. — «*Labores Culturales.*» — Tipografía Americana, Caracas, Venezuela. 1936.

«En la reconstrucción física, moral e intelectual de Venezuela, debe

privar, como factor de primer orden, la Escuela para la enseñanza de todas las actividades de la vida nacional.

El niño, el pueblo primitivo y los países destruidos por la tiranía, necesitan conocer el orden y la disciplina, bajo la dirección de maestros competentes, en las diversas materias que abarca el programa de la libertad cívica».

Así se expresa el distinguido intelectual venezolano en la introducción de este volumen en que describe la forma en que debe proyectarse la cultura en sus diversos aspectos. Sugiere el modo, diseña el carril que ha de seguirse para la eficiente labor constructiva de una Venezuela nueva, y, aunque tratando de olvidar el pasado, no deja de sentar su mano fuerte sobre los sistemas que imposibilitaron el avance por los campos del pensamiento para el desparrame de ideas que deberían fecundar en eras propicias a futuros brillantes y firmes.

Ojalá que estas enunciaciones del Doctor Dávila, y sus comparandos, sirvan propiciatoriamente para encauzar las corrientes de responsabilidad en este hoy en que se está forjando la vida de nuestro propio espíritu continental.

* * *

ANDRES AVELINO.— *«Metafísica Categorical. — Editora Montalvo, Ciudad Trujillo. R. D. 1.940.*

Es un grueso volumen en que sitúa la posición del hombre partiendo de lo ontológico. Porque natural es que en la revisión de cualquier filosofía, aun la atómica a la que le agradecemos el funcionamiento de la investigación post-helena—porque

el atomismo ha seguido siendo en cualquier filosofía un amplio campo de experimentación, pese a los revolucionarios de sistemas y de métodos—; aun la atómica—repetimos—, porque hasta los neo-psicoanalistas han hecho derivaciones por las que deducimos que el atomismo no ha perdido nunca la fuerza que le dieron los creadores de la investigación óptica.

Quizá estemos un poco apartados de lo que llama el distinguido profesor Avelino que la metafísica categorial —valga el neologismo— es el único modelo de ciencia. Porque eso de querer limitar fronteras a la ciencia, es impedir a la energía el desarrollo de actividades que van en búsqueda de lo que está más allá y más acá de lo meramente científico. Científico, se entiende, desde el punto de vista comprobatorio, ya que la ciencia a últimos días ha entrado a campos fuera de la comprobación conservadora exacta, pues que ha invadido los éteres en donde la exactitud sufre y la inteligencia pareciera desquiciarse al sorprender que, lo que antes era un misterio, un imposible, mucho que no se podía descentrañar, es ahora tan lógico que nos quedamos paralizados al pensar hasta donde llega la inteligencia penetrando en los dominios cósmicos arrancándole sus secretos para el servicio de los hombres. Podrían ponerse muchos ejemplos; pero, sobre esta comprobanza, está la razón natural y la razón lógica y la razón humana, y sábase que la evolución es inmanente en el sér siendo imposible detenerla.

Volviendo a las categorías de que nos habla el Profesor Avelino, las situaciones no sólo se quedarían en lo móvil, en lo atómico, en lo cerra-

do, en lo radical, en lo positivo, sino que tendríamos que irnos más allá de lo óntico donde está flotando lo Absoluto, de donde advenimos para investigar en nosotros mismos la razón de nuestra propia existencia.

Los momentos son de investigación. Nuestra América está aportando en estos momentos con Romero, (argentino), con Carrillo, (colombiano), con Hernández, (ecuatoriano), con Argüello, (Nicaragüense), con Caso, (mexicano), con Vincenzi, (costarricense), con el Profesor Avelino, (dominicano) y con unos cuántos más hurgadores de esta razón de vida, que la palpitación de células concienenciales busca la identificación con principios emanados de lo posible, los cuales principios, aunque parezca una ilusión, (que ésta no existe), tendremos que vivirlos para conocer la realidad de lo teorizante.

Es un aporte valioso de información y de investigación esta *Metafísica Categorical* del Profesor Andrés Avelino.

*
**

JUAN FELIPE TORUÑO—
«Vaso Espifual» (poemas) e «Indice de Poetas de El Salvador en un siglo (1840-1940)» 114 páginas y 96,

respectivamente. —Imprenta Funes— San Salvador el Salvador 1941.

«Vaso Espiritual», de uno de los directores de esta publicación, salió en los últimos días del mes de enero del corriente año. El autor ha querido usar en tal libro el verso polirrítmico, el símbolo puro, la esencia pura que es poesía trascendente, salida de lo *realmente real* para mantenerse en la realidad ideal. Es un libro de Ideal, de ideal luminoso y único. Tal libro ha tenido acogida que satisface al autor, en cuanto al valor artístico de la obra.

En lo que corresponde al Índice de Poetas de El Salvador, publicada a principios de marzo, es un esfuerzo en favor de la cultura, una cooperación eficaz que lleva por fin indicar quienes fueron los hombres que existieron en el país desde el 1840 para acá y quienes existen en la época actual. Son apuntes rápidos acerca de características y definiciones de posición de este o de aquel poeta. No es una antología. Es comprimida información que ayuda a la docencia y lleva el dato a las mentes ávidas de conocer lo que hay en cada país. Tal libro fué aplaudido por el Ministerio de Educación Pública, habiéndolo recomendado a los profesores y alumnos de castellano, lenguaje y literatura del país.



INFORME DE LAS LABORES DEL ATENEO DE EL SALVADOR DURANTE EL AÑO DE 1940

Leído en el Acto de la Toma de Posesión de la Nueva Junta Directiva, el 18 de Enero del Año en Curso en el Paraninfo de la Universidad Nacional

La Secretaría del ATENEO DE EL SALVADOR a cargo del que habla, quiere hacer una exposición sucinta de las labores de la Institución en el año 1940, tal como lo estatuyen nuestras Leyes.

Se creía y quizá con razón que el ATENEO más que muerto, estaba enterrado. Espíritus pesimistas presuponían que con nuevos elementos podría dársele vida a la Institución que, en otros días y en otros años supo, como lo está haciendo ahora, concentrar actividades y ser centro propicio para la divulgación de principios en el alto y trascendente sentido de la cultura. Sin embargo de esos prejuicios, puede decirse que son los mismos elementos de antaño los que han hecho —en su mayor parte— la labor desarrollada en este lapso de 12 meses de 1940.

Debe hacerse notar que la Subsecretaría de Instrucción Pública a cargo del Profesor Don José Andrés Orantes, Miembro Honorario por su cargo y Miembro Activo que lo será, al ser incorporado hoy como tal, en nuestra Institución, ha sido la que estimuló energías y propugnó aspiraciones de elementos que quisieron dar de sí todo aquello que puso en funciones las actividades de cultura del ATENEO DE EL SALVADOR.

Como principio de la jornada, se

incorporaron a la Institución 26 Miembros Activos en el lapso del 14 de Enero de 1940 al 8 de Junio del mismo año, con la recepción última en este recinto, de la Universidad Nacional, en honor del Excelentísimo y Reverendísimo Arzobispo Luis Chávez y González. En ese lapso vibraron los pensamientos en este recinto y proyectaron principios acerca de diferentes aspectos que engloba la cultura y que convergen a la perfección del conocimiento humano. Aquí el docto, aquí el milite, aquí el profesor de grandes responsabilidades y que es, puede decirse, sobre el que descansa el futuro de la patria, cualquier patria que sea; aquí el artista, que hace emerger vida del pentagrama, de la paleta o del verso; aquí el sacerdote de Cristo que suma cualitativa y cuantitativamente propósitos de amor, de respeto y de veneración; aquí, en fin, el hombre que con su pluma lleva la idea para que en fuerza de acción, pueda plasmarse en hechos que rijan índices para un mejoramiento colectivo nacional y continental. Y desde el médico hasta el jurista, y desde el sacerdote hasta el poeta, y desde el profesor hasta el milite, han hecho funcionar la cátedra del conocimiento para que de ella se aprovechen los que andamos en busca de la verdad.

Desarrollados temas varios en ese lapso, se tuvo como un acuerdo tomado en Junta General, la republicación de la revista del ATENE O, que tanto fuera solicitada en el extranjero y que tan buena acogida ha tenido siempre en los lares en donde se apreció y justipreció la labor desarrollada por el ATENE O DE EL SALVADOR.

Es así que en Mayo salió el número 147 —cuatrimestralmente— de «ATENE O», órgano de la Institución. En ella han palpitado las entrañas mentales y sentimentales de los ateneístas exportándose de esta manera el sentir del pensamiento Salvadoreño.

El 14 de Enero—fecha en que fueron recibidos los distinguidos Profesores, egresados de la Universidad de Chile, Señores Celestino Castro y don Manuel Luis Escamilla—en tal recepción se otorgó como premio a su merítisima labor de más de 20 años en favor de la Institución; premio acordado desde cuando fuera Presidente el Señor Don Francisco Gavidia y que consiste en el «Ollín de Oro», que simboliza en la teogonía egipciaca la proyección de la luz del sol en el momento de salir para iluminar a los humanos, a un Miembro Activo. Esa condecoración fué otorgada al Dr. Don Francisco Funes Pineda, en esos días Síndico de la Institución.

Sugerido por la Subsecretaría de Instrucción Pública, un Plan a desarrollar, fueron movilizados Miembros activos de la Institución, para ciclos de conferencias en diferentes lugares de la República, como contribución directa al esfuerzo encausado por aquella Subsecretaría, y con el laudable fin de empujar los métodos educacionales a una Escuela Activa

en función integral. Así, cúpoles a los siguientes Miembros tomar parte en esa cruzada: Doctor Aristides Palacios; Doctor Lisandro Villalobos; don Celestino Castro; don Manuel Luis Escamilla; Presbítero Doctor Vicente Vega y Aguilar; don Alfonso Mejía Robledo; don Agenor Argüello, y el que habla. Estas Conferencias de índole encauzativa para una mejor actividad de vida, se dieron en la ciudad de Ahuachapán, en la Sociedad de Empleados de Comercio de ese lugar que ha venido siendo como ágora en donde se discuten las más variadas ideas y en donde está latente un anhelo vivo de superación; en la ciudad de San Miguel, en la Escuela Normal de Maestras España, en la Escuela Militar y en la Escuela Normal de Varones.

Como el ATENE O DE EL SALVADOR tiene una copiosa relación internacional y teniendo que salir doña Victoria Durán de Arango, Miembro Activo de la Institución para Estados Unidos de Norte América, se le extendió credencial de representación a efecto de que fuera recibida en aquellos centros estadounidenses de lo cual ella ha informado de la forma conque fuera atendida en Universidades y Academias. Asimismo, con motivo de la muerte del Miembro Correspondiente Dr. Santiago Argüello en Nicaragua, fueron nombrados para que representaran a esta Institución, los Miembros Correspondientes, Señores Don Mariano Barreto Portocarrero y don Ulises Terán. Habiendo invitado el Ateneo de Masaya Nicaragua para la coronación del Poeta Doctor Manuel Maldonado, eminente orador, fueron nombrados representantes a ese acto, habiendo asistido en calidad de tales, los Miembros

Correspondientes Doctor don Salvador Mendieta y don Hernán Robleto.

Existiendo en el plan ya dicho la forma de intensificar hasta donde más se pudiera la divulgación de ideas y principios científico-literarios, ya que los ATENEOS han dejado de ser en concreto instituciones para las cosas de arte, en la Radiodifusora Nacional YSS, para colaborar con la Sección de Extensión y Cultura de la Subsecretaría de Instrucción Pública, nuestra Institución ha venido radiando desde el 20 de Septiembre del año próximo pasado y cada martes, de las 20 horas y media en adelante, una Hora de Proyección de Cultura, en las que han tomado parte los siguientes Miembros: Presidente del ATENEO DE EL SALVADOR, Doctor Arístides Palacios; don Manuel Alvares Magaña; Doctor Lisandro Villalobos; Doctor José Ciro Brito; Profesor José Lino Molina; Profesor Ricardo Fuentes Meléndez; Profesor Celestino Castro; Profesor Manuel Luis Escamilla; Profesor Francisco R. Osegueda; Profesor Baudilio Fuentes; Presbítero Doctor don Vicente Vega y Aguilar y Miembro Correspondiente, Presbítero Miguel Román Peña; Doctores Joaquín Jule Gálvez; Salvador Aguilar; Ingeniero Simeón Angel Alfaro y el Secretario que ha tenido a su cargo la organización de tales actos. Habiendo sido inaugurada esta hora de Proyección de Cultura, por el Señor Subsecretario de Instrucción Pública, Profesor don José Andrés Orantes, ha colaborado en esta labor el Señor J. Rodolfo Marroquín, empleado de la Secretaría de la Institución.

El ATENEO DE EL SALVADOR ha tenido que lamentar el fallecimiento de sus siguientes Miem-

bro Activos y Correspondientes: doctor Francisco Funes Pineda, Miembro Activo, que desempeñaba el cargo de Síndico, Profesor don Pedro Flores, Miembro Activo; doctor Santiago Argüello, Miembro Correspondiente; don Miguel Pinto, Miembro Honorario y Activo y doctor José Dolores Corpeño, quien fue uno de los tres primeros Miembros Fundadores del ATENEO DE EL SALVADOR allá por el año de 1911,

En su labor de servicio, la institución ha remitido a colegios y entidades que solicitaron, unas, y que podrían hacer buen uso de ellas, otras, 73 envíos de Colecciones de la Revista, que suman un total de 1750 ejemplares. Asimismo remitió 850 Circulares, 152 Oficios y 8 Cartas bilingües contestando a consultas que se hicieran sobre datos históricos, científicos y literarios del país.

Como había necesidad de actualizar más el movimiento de la Institución y como Estatuto y Reglamento presentaban restricciones limitadoras de tales actividades, fueron reformados Estatuto y Reglamento en tres sesiones consecutivas. Aprobados por Junta General y sancionados los Estatutos por el Ejecutivo, fueron publicados el 3 de Diciembre de 1940 en el Diario Oficial.

Ahora bien: como no sólo se quiere quedar en esto, en la última Sesión del 18 de diciembre pasado, conocida la sugerencia de Instrucción Pública, se ha dispuesto ensanchar las actividades en un mayor beneficio público y nacional; de ahí que se han girado circulares a Instituciones del país, así como a particulares, para que aporten datos necesarios acerca de los aspectos diferentes de El

Salvador, los que serán dados a conocer, ya sea por medio de la radio, por medio de conferencias o por medio de publicidad en periódicos y revistas. Se quiere con esto hacer una eficiente labor en provecho de los intereses nacionales; se quiere dar a conocer lo que el país tiene, lo que ha sido y lo que puede ser en sus diferentes expresiones: científicas, artísticas, literarias etc.

Espera el ATENE O DE EL SALVADOR que esa cooperación le llegue, a fin de poner en práctica lo que se ha proyectado, mediante comisiones que tendrán a su cargo tal trabajo.

Atendiendo a la invitación hecha por la Unión Panamericana al ATE-

NEO DE EL SALVADOR, fue nombrado para que asista como representante de nuestra Institución al Cuarto Congreso de Bibliografía y Biblioteca el Miembro Correspondiente de nuestra Institución, doctor Leo S. Rowe.

Es pues, de esta manera, que la Secretaría del ATENE O DE EL SALVADOR, informa suscintamente de lo ocurrido en el año social que acaba de terminar,

Ahora va a tomar posesión la nueva Junta Directiva que fuera electa en la Sesión General del 18 de Diciembre, con la asistencia de 30 votos, habiendo sido citados 48. Tal Directiva está compuesta por los siguientes Miembros Activos:

Presidente	Doctor	Lisandro Villalobos
Vice-Presidente	Doctor	Nazario Soriano
1er. Vocal.....	Profesor	Manuel L. Escamilla
2o. Vocal.....	Doña	María de Baratta
3er. Vocal	Señor	Julio César Escobar
Tesorero	Profesor	Baudilio Fuentes
Síndico	Doctor	Aristides Palacios
Secretario	Don	Juan Felipe Toruño
Pro-Secretario.....	Profesor	Francisco R. Osegueda
Bibliotecario	Don	Manuel Alvarez Magaña

En esta misma sesión del 18 de Diciembre, fue aceptado para Miembro Activo, el profesor don José Andrés Orantes, quien como Subsecretario de Instrucción Pública, goza del privilegio de ser Miembro Honorario. Quiere él estar más en contacto con la Institución y de ahí que venga a ella para contribuir con mayor servicio personal a lo que se ha impuesto el Ateneo de El Salvador.

Sean pues, estas líneas, una somera exposición de las labores desarrolladas en el año de 1940 que dan pie para un mayor ensanche en las de 1941, toda vez que los Miembros Activos del ATENE O DE EL SALVADOR contribuyan a darle impulso a lo ya propuesto. Esos son nuestros anhelos.

Ubi Scientia, Ibi Patria

J U A N F E L I P E T O R U Ñ O

SECRETARIO